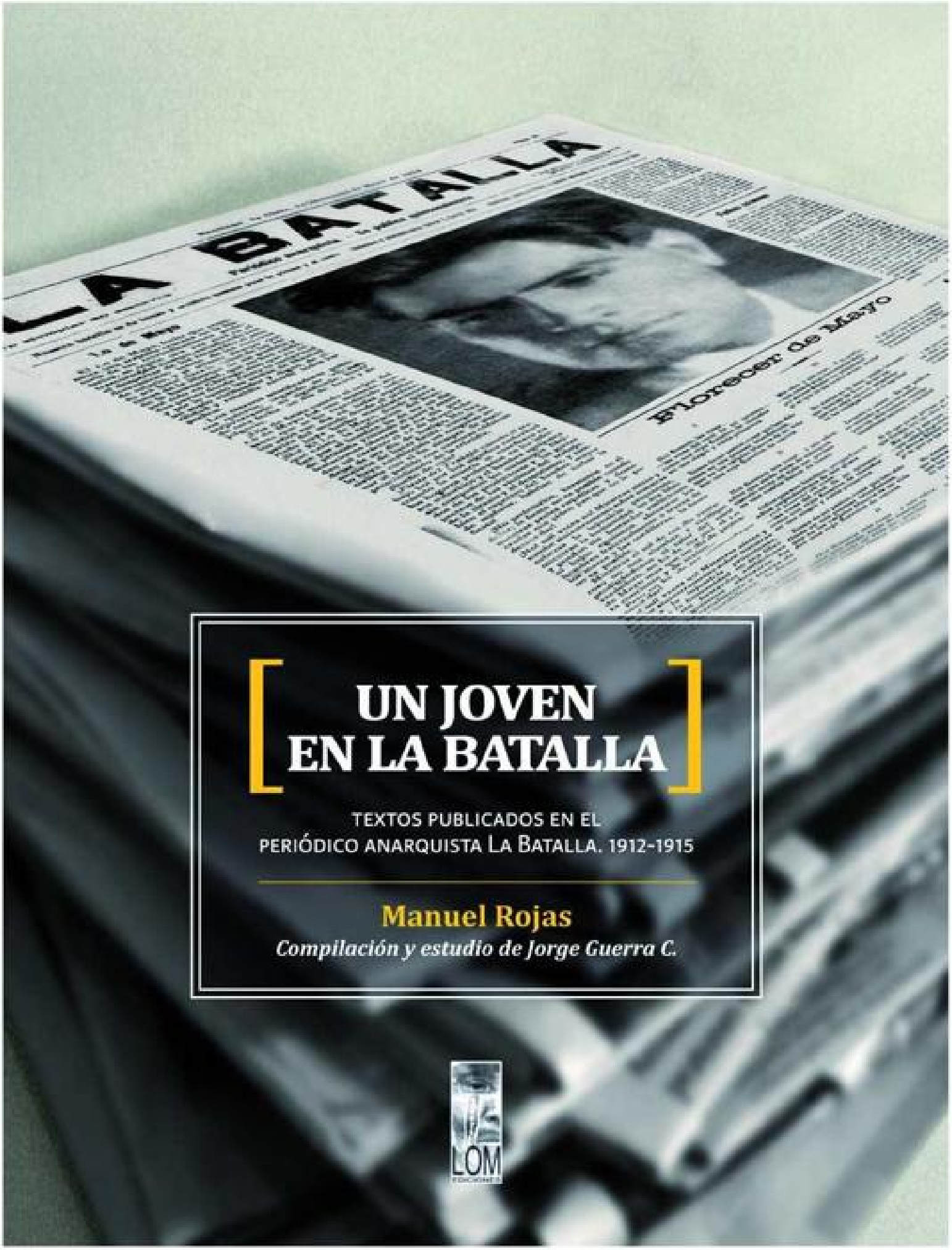

UN JOVEN EN LA BATALLA

TEXTOS PUBLICADOS EN EL PERIÓDICO ANARQUISTA LA BATALLA. 1912-1915

Manuel Rojas

Compilación y estudio de Jorge Guerra C.

LOM

LA BATALLA
UN JOVEN EN LA BATALLA
TEXTOS PUBLICADOS EN EL PERIÓDICO ANARQUISTA LA BATALLA, 1912-1915
Manuel Rojas

LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA **SOL**

© LOM Ediciones

Primera edición, 2012

ISBN: 978-956-00-0325-6

Diseño, Composición y Diagramación
LOM Ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

Fono: (56-2) 688 52 73 • **Fax:** (56-2) 696 63 88

www.lom.cl
lom@lom.cl

MANUEL ROJAS
Compilación y estudio de Jorge Guerra C

Un joven en La Batalla

Textos publicados en el periódico anarquista La Batalla 1912-1915

A Marcela y su paciente compañía

Presentación

La presente recopilación del total de textos de Manuel Rojas publicados por el periódico anarquista *La Batalla,* entre los años 1912 y 1915, no solo posee un valor documental por constituir los primeros escritos de nuestro autor, sino que testimonia su inicio y búsqueda ideológica. Como él mismo señalara: "No sabía gran cosa de anarquismo y mi credo revolucionario se reducía a algunas consignas o slogans... pero la idea de pertenecer a una redacción –en donde no sabía qué iba a hacer– me fascinó...". Tal vez de calidad literaria dispar para las miradas rigurosas del crítico y académico, estos textos en prosa y verso son tempranos intentos por dar a conocer sus inquietudes sociales como atento observador de su mundo proletario de infancia y juventud.

Vivimos hoy en un ambiente de desconfianza y rechazo a las gastadas, y a veces enmascaradas, formas institucionales imperantes. Grupos de "indignados", que se sienten al margen de los supuestos beneficios de la modernidad, protagonizan acciones concertadas y movilizaciones masivas de protesta y, en estas nuevas actitudes antisistémicas, se renuevan ciertas posturas libertarias. Hoy las pancartas demandan igualdad de género y sexo, respeto medioambiental, reconocimiento y valorización de los pueblos originarios y niegan, muchas veces, la institucionalidad política y religiosa.

Hace ya cien años un joven Manuel Rojas llegaba a Santiago tras una travesía cordillerana desde Mendoza. A la Fundación que lleva su nombre le ha parecido oportuno recordar ese momento, contribuyendo a la comprensión no solo del origen del oficio literario del escritor, de sus primeros brotes en aquel "árbol siempre verde", sino además aportar al análisis del actual escenario social y político que vivimos (o padecemos) no solo en Chile, sino en gran parte del planeta.

Fundación Escritor Manuel Rojas

Introducción

El periódico quincenal *La Batalla* fue un órgano muy eficiente en la difusión del pensamiento anarquista entre los años 1912 y 1916. Administrado por el panadero catalán Moisés Pascual Prat, se destacó por permanecer en circulación un tiempo prolongado, algo poco común para ese tipo de periódicos, a pesar de la persecución policial ejercida hacia sus colaboradores, la que incluso se extendió a quienes lo distribuían en la vía pública. En 1916, cuando se deja de publicar, se retoma su edición en Valparaíso con otra administración, sobreviviendo hasta 1926. El vacío que provocó su interrupción en Santiago fue llenado por la aparición de *Jerminar,* un fugaz periódico que habría promovido el surgimiento de la Agrupación La Batalla, entidad santiaguina de apoyo a la publicación libertaria, ahora porteña. Manuel Rojas conoció a Pascual recién llegado de la Argentina.

> En aquellos años –señala– Moisés Pascual era un anarquista activo, componente de un grupo más bien revolucionario, opuesto a otro, de tendencias reformistas. Llegó un momento en que la institución u organismo –informal–, que los dos grupos constituían, desapareció, mejor dicho se dividió. Pascual, cabeza visible del primero, decidió sacar un periódico que se llamaría "La Batalla"... Me invitó a formar parte de la redacción y yo acepté encantado. No sabía gran cosa de anarquismo y mi credo revolucionario se reducía a algunas consignas o slogans... pero la idea de pertenecer a una redacción –en donde no sabía qué iba a hacer– me fascinó... Pascual estuvo un tiempo en Santiago, luego se fue a Valparaíso; anduvo embarcado, tuvo buenos trabajos, procuró siempre conservar su independencia y dignidad... Ya con algunos años, se instaló en Santiago, en donde se ha defendido con los trabajos que hace en su propio taller, un taller en el que es el único obrero.[1]

Pascual aparece también mencionado en la novela de Rojas *Punta de Rieles* (1960) como un individualista y esquivo carpintero anarquista de gran oficio, contrario a compartir su trabajo con ayudantes y aprendices. Rojas también colaboró vendiendo ejemplares del periódico, como consta en varias de las rigurosas cuentas y balances que se incluían en la última página de cada publicación. Precisamente esta función le provocó un altercado con un compañero anarquista, Teodoro Brown, quien le reclamó por la cuenta de una de las ventas que Rojas no pudo entregarle. Esto determinó que Brown le pidiera dejar la pieza del conventillo que compartían.[2] *La Batalla* mantuvo

una amplia gama de contactos internacionales a través de numerosas corresponsalías. José Santos González Vera, uno de sus colaboradores, recuerda las visitas que hacía semanalmente a la casa de Pascual "para revisar los impresos llegados en el último correo. Agradábame sobremanera ver un periódico anarquista de Cantón escrito en chino y esperanto".[3] El periódico se caracterizó por mantener posiciones radicales, sólidas e intransables. En el amplio y variado horizonte del pensamiento anarquista que distingue a esta corriente en Chile, legitimaron el uso de la violencia, no solo como recurso para el boicot y el sabotaje, sino también como forma de protesta y represalia hacia acciones del Estado que consideraban injustas. En sus páginas se encuentran escritos del poeta Gómez Rojas, del ya citado González Vera, de Manuel Rojas y de una serie de autores que militaron activamente en las filas anarquistas. Algunos, como los mencionados, fueron reconocidos ampliamente a través del tiempo, pero muchos han sido rescatados del olvido gracias a recientes estudios historiográficos.

Los textos seleccionados, cronológicamente agrupados de acuerdo a la fecha de publicación, corresponden a la totalidad de los que Manuel Rojas escribió para el periódico.[4] Con el seudónimo de "Tremalk Naik" aparece el primer escrito que se le conoce, publicado en el ejemplar del 1 de noviembre de 1912, cuando Rojas tenía solo 16 años y había llegado a Chile desde Mendoza en abril de ese mismo año, luego de cruzar a pie la Cordillera de los Andes. El texto se titula "Efraín Plaza Olmedo" y constituye una encendida y apasionada defensa del acto perpetrado, en pleno centro de Santiago, por un individuo de ese nombre ¿Por qué ese personaje, protagonista de una acción considerada delictual –hoy se diría "terrorista"– , alentó en el joven Manuel un deseo reivindicativo? Acaso la historia de Efraín, quien había optado por automarginarse socialmente, despertó en el incipiente escritor un profundo y auténtico sentimiento de solidaridad por los perseguidos e indefensos, actitud que Rojas mantendría a lo largo de su vida y que, "sacándole el cuerpo" a la obviedad panfletaria, recreará magistralmente en prácticamente toda su obra.

El anonimato de la novelesca vida de Plaza Olmedo se rompe la tarde del sábado 13 de julio de 1912, en la calle Huérfanos, pleno centro de Santiago, cuando un individuo dispara a los transeúntes hiriendo de muerte a dos jóvenes. La policía lo captura con la ayuda de los horrorizados paseantes y

es conducido a una comisaría. Al ser interrogado, se identifica como Efraín Plaza Olmedo, carpintero de 26 años, y explica su acción por el odio que siente hacia la burguesía ante el abuso de ésta con la clase obrera. Su indignación habría crecido al ver la indiferencia de la clase gobernante frente a una reciente tragedia ocurrida en el mineral de El Teniente, donde murieron más de cuarenta obreros. La explosión de un polvorín, cercano a cocinerías y lugares de reunión de los mineros, tuvo, por parte de las autoridades, un reconocimiento tardío de la gravedad de lo acontecido y una tardía y negligente reacción. En los interrogatorios siguientes a su detención declara que el revólver usado lo habría adquirido con el propósito de matar al presidente Pedro Montt y a algunos jefes militares involucrados en la matanza ocurrida en la Escuela Santa María de Iquique en 1907. Ninguno de esos objetivos los cumplió; Montt moriría en Europa en 1910.

Estos antecedentes sorprendieron a la prensa reaccionaria, que califica el acto como obra de un "loco y un degenerado". Sin embargo los exámenes no arrojaron ninguna alteración mental en Plaza Olmedo, ningún rasgo delirante en su personalidad. Incluso el acusado decide llevar adelante él mismo su defensa.

A mediados de mayo de 1913 se dicta un fallo que lo condena a 40 años de reclusión, 20 por cada uno de los asesinatos; sólo su "irreprochable conducta anterior" lo libró de la pena de muerte. En una entrevista concedida tras las rejas, señala: "Sí. La anarquía ordena no matar; pero por ahora es necesario que caigan muchas cabezas, hasta que la sociedad, aterrorizada, conceda por la fuerza lo que no quiera otorgar por la razón" ("El horrendo crimen de calle Huérfanos. Una entrevista con el reo Plaza Olmedo", *El José Arnero,* 29 de julio de 1912). En tres oportunidades, desde su prisión, Plaza Olmedo usaría las páginas de *La Batalla* para expresar las razones que movieron su acto. A un año de los acontecimientos, se publica con su firma un artículo titulado con una interrogante: ¿Dónde está la culpabilidad? (*La Batalla*, 1ª quincena agosto, 1913). Plaza Olmedo responde que la culpa está en los privilegios, o más bien en los *privilegiados,* aquellos sustentados por una masa trabajadora que es mantenida en sumisión e ignorancia, con sus fuerzas mermadas por el alcoholismo y reprimida por el Ejército cada vez que, guiada por destellos de conciencia, desea rebelarse.

Plaza Olmedo era ajeno a cualquier militancia organizada, su accionar era

asimilable a la de un anarco individualista. Los escritos de Max Stirner eran el referente ideológico para los anarcoterroristas de Europa y América que criticaban los movimientos sociales y la acción de masas organizadas. Estas acciones individuales solo obedecían a la propia conciencia y en el caso de Efraín Plaza Olmedo se sumaba a un rencor que se venía gestando a partir de una temprana experiencia de su infancia. A la edad de ocho años, a fines de 1894, había ayudado a salvar a unos pequeños de la muerte por inanición, situación extrema provocada por un pariente de los niños para apoderarse de la herencia de éstos. Aquella experiencia traumática, llena de detalles escabrosos y crueles, fue para el niño Efraín determinante en las decisiones de su vida futura. Su acto de la calle Huérfanos se entendía como una venganza ante a la indiferencia de un Estado insensible frente al sufrimiento de los más desposeídos y del inmovilismo de la burguesía que, de espaldas a las injusticias, no se ocupaba de quienes hacían posibles sus privilegios.

El encarcelamiento de Plaza Olmedo se verifica primero en la Cárcel, donde su conducta rebelde obliga a aislarlo en varias ocasiones. Se oponía a ciertas obligaciones de la reclusión, como oír misa dominical, llegando incluso a insultar al sacerdote.

Posteriormente, confirmada su sentencia, pasa a la Penitenciaría y comienza un periodo de abandono donde su figura aparece en la prensa en contadas ocasiones. Un último artículo firmado por él se publica en *La Batalla* de octubre de 1914. (*Mirajes al mundo* en *La Batalla*, 2ª quincena de octubre, 1914). En él condena la manipulación ejercida hacia el pueblo por las burguesías del mundo, obligándolo a combatir en los campos de batalla defendiendo sus intereses patriotas y nacionalistas. Hacia 1922 su situación carcelaria es difícil, ha pasado más de cuatro años sometido en una celda de castigo del patio llamado “de la Siberia” hasta que Carlos Vicuña Fuentes, abogado, político y escritor, intercede por él ante Fernando Alessandri, hijo del Presidente, para que el reo sea trasladado a la cárcel de Talca, donde el régimen carcelario era más tolerable. Se suceden luego varias manifestaciones sindicales que buscan la libertad de Plaza Olmedo.

Hacia 1925 surge de las filas de la Unión Sindical de Panificadores, liderada por miembros de la agrupación con bases anarquistas IWW (*International World Workers*), un importante manifiesto invitando apasionadamente a unir fuerzas para lograr su libertad definitiva y llamando

a una serie de manifestaciones callejeras concertadas para conseguirlo. Por fin, a fines de febrero de ese año, se anuncia el indulto, que es recibido con regocijo por los sectores sindicales que se vuelcan a las calles de Talca y se dirigen a la Cárcel para celebrar la noticia. A las pocas semanas se formaliza la libertad de Plaza Olmedo, quien es esperado en las puertas del recinto carcelario por un par de miles de personas que lo reciben y escuchan el discurso afectuoso con que lo despide el Alcaide. La celebración continúa en la Plaza de Armas de la ciudad, donde se suceden discursos de dirigentes sindicales y finalmente un ovacionado Efraín Plaza Olmedo agradece su liberación y las manifestaciones de apoyo. La solidaridad hacia él prosigue y se reúne dinero para facilitarle vivienda y alimentación. Sin embargo, poco después, la tarde del 27 de abril, a un costado del polvoriento camino a Conchalí y bajo un sauce es encontrado un cuerpo inerte con un balazo en la sien: era Efraín Plaza Olmedo. Para sus compañeros se trataba de un asesinato, ya que no habían visto señales en él que lo llevaran a un suicidio. La conmoción de su muerte llegó incluso a sectores de la prensa que, años atrás, lo habían condenado sin restricción. El 29 de abril, desde la sede de la IWW, salió su cuerpo rumbo al Cementerio escoltado por un cortejo de varias cuadras.

Con este artículo de Manuel Rojas, como se ha dicho su primer escrito publicado, se definía la postura de *La Batalla* frente a los que apostaban por la violencia. Mientras algunos anarquistas la condenaban, éstos adherían a ella y destacaban las figuras que la ejercían, como fue el caso de Efraín Plaza Olmedo.

El mismo Rojas, 50 años más tarde, lo recordaría en su novela *Sombras contra el muro* (1964). A través de su *otro yo* literario, Aniceto Hevia, expresa una postura discrepante con aquella figura y la temeraria acción que exaltara en su juventud:

> –No sé qué decirle. Si se tratara sólo de robar, sería pasable, no me voy a asustar porque alguien comete un robo, pero los franceses han matado a varias personas y eso no me parece tan bien. Un anarquista que mate a un verdugo, al responsable de una masacre, llámese Silva Renard en Chile, Falcón en Argentina, Canalejas en España, Perico de los Palotes en otra parte, pase, además arriesgan su vida y su libertad, son como apóstoles, apóstoles de sangre, es cierto; pero matar a un empleado de banco, a un policía, a un cliente, sólo con el pretexto de robar, ya no me gusta tanto. Plaza Olmedo mató a un joven que no conocía sólo porque deseaba manifestar su disconformidad con la justicia y la moral burguesas; eso me parece absurdo: pudo matar a su madre, disparó al bulto.

Súbitamente, Aniceto calló. Se dio cuenta de que se transformaba en latero; había hablado más de lo que tenía por costumbre.

–¿Conoció a Plaza Olmedo?

–Estuve una vez con él.

–¿Qué le pareció? Es el primer hombre que protesta en esa forma contra una matanza de obreros.

–Lástima que lo hiciera así. Me pareció un ser sombrío y habló, como todos, de los burgueses, de los verdugos del pueblo, las palabras de siempre.

–Bueno, no hay otras. Dicen que es hijo natural de un hombre de buena posición.

–Tal vez, no sé.

(Manuel Rojas, *Sombras contra el muro*. Santiago: Zig Zag, 1964, págs. 189 y 190)

Poco tiempo después, en su novela *La oscura vida radiante* (1971), relata un episodio donde Aniceto Hevia conoce de una maniobra concertada para rescatar a Plaza Olmedo:

... Efraín Plaza Olmedo... avisó desde la Penitenciaría que en tal día y en tal hora sería llevado a declarar al juzgado del crimen; se conocía el recorrido, lo describía en la carta, y alguien, tal vez Voltaire (Argandoña), *dijo que era la oportunidad para librarlo: aún no había sido condenado: se consultó con mucha gente y cada uno dio su plan, ingeniosos unos, brutales otros... hasta que el Chambeco dio el que parecía más factible: pimienta a los ojos a la pasada, ¡puf!, un puñado, un algodón con cloroformo en las narices y listo... y el día en que Plaza Olmedo pasó, con su gendarme al lado, por la calle Teatinos, en marcha al juzgado, un grupo de jóvenes anarquistas lo vio pasar y él los vio también y los saludó con la mirada: ¡Salud, compañeros, salud y revolución! El Chambeco no estaba allí: había caído preso, por lo menos eso contó después.*

(Manuel Rojas, *La oscura vida radiante*. Santiago: LOM, 2007, pág. 188)

El relato de este acto fallido, planificado con cierta dosis de ingenuidad, no sabemos si es solo fruto de la imaginación o corresponde efectivamente a un intento de rescate verídico por parte de un grupo de anarquistas que solidarizaban con Plaza Olmedo.

Estos trabajos literarios iniciales de Rojas están acompañados por textos de otros autores que tratan temas relacionados con episodios significativos en la vida de Manuel Rojas, como la muerte del carpintero Ernesto Serrano y la del argentino Daniel Antuñano, episodios que sirven de base para el escrito que cierra esta compilación.

El resto de los artículos pertenecen a individuos vinculados al autor de *Hijo de ladrón*, especialmente el español Teófilo Ductil y el propio Antuñano. El primero fue compañero de oficio de Rojas como pintor de carruajes y casas; Antuñano, cercano a Rojas por la aproximación intelectual al

pensamiento ácrata[5] que ambos compartieron, la que se materializó en la difusión de las ideas a través de escritos como los que aquí se incluyen.

En algunos casos se ha mantenido la ortografía y sintaxis original a pesar de ciertos errores que se deben, a veces, a faltas tipográficas. Esto permite apreciar el valor documental de los textos y situarnos en el momento en que se escribieron.

Se han insertado notas al pie de los escritos que informan sobre el contexto histórico y entregan antecedentes sobre las situaciones, los personajes y los propios autores lo que permite comprender mejor el contenido de los artículos.

Jorge Guerra Carreño

[1] Manuel Rojas. *Antología Autobiográfica*. Santiago: Ercilla, 1962, pp. 246 y 247, LOM, tercera edición, 2008.

[2] Rojas señala que "como no rindiera a Brown una cuenta muy estricta de la venta de unos periódicos que me había dado a vender entre los compañeros, me pidió que dejara su casa –era una sola pieza, que daba a la calle, en un conventillo que iba desde Andes hasta Mapocho–... Me fui, sin guardarle rencor, a la pieza de otro conventillo..." (*Antología*... op. cit.). En el balance N° 8, aparecido en *La Batalla* de la segunda quincena de mayo de 1913, se indica que de la lista N° 4, a cargo de Manuel Rojas, "no publicamos números por no tener la lista en nuestro poder". Este dato podría corresponder al hecho que distanció temporalmente a Rojas y Brown.

[3] José Santos González Vera. *Cuando era muchacho*. Santiago: Nascimento, 1969, pp. 143 a 161 y "Los Anarquistas" en *Babel, revista de arte y crítica*, año X, Vol. xii, Nº 49, Santiago, Chile, 1949.

[4] Por esos años Manuel Rojas fue corresponsal del ya centenario periódico libertario *La Protesta* de Buenos Aires, que inicia su circulación en 1897 contando con la colaboración de destacadas figuras, como Antonio Pellicer, Alberto Ghiraldo y Pietro Gori. También escribe algunos artículos para la revista anarquista *Numen*, en la cual trabajaba como linotipista, y en la década del veinte con *Claridad*, la heterodoxa revista de la Federación de Estudiantes de Chile. Algunos de esos escritos fueron compilados por Carmen Soria en el libro *Letras Anarquistas*, editorial Planeta, 2005.

[5] La acracia, como doctrina política, pretendía y compartía con el anarquismo la desaparición del Estado y de sus organismos e instituciones representativas y defendía la libertad del individuo por encima de cualquier autoridad. Destacan como pensadores y difusores de ese pensamiento: Kropotkin, Bakunin, Proudhon y Steirner, entre otros.

Efraín Plaza Olmedo[1]

Tremalk Naik[9] (Manuel Rojas)
1º de noviembre de 1912, páginas 1 y 2

Cayó. Pero su caída equivalió a su triunfo. Gritó en contra de las injusticias sociales y su grito repercutió en los horizontes oscuros de los desiertos áridos del salitre. Su estremado amor por los de abajo prevaleció y su odio para los de arriba esplotó rabioso por la negra boca del revolver. Fue un vengador, y la venganza más que venganza es equidad.

Los histriones harán de él lo que quieran pues está en sus manos. Son muchos o todos los que piden su muerte. Y ahora cabe una pregunta: ¿Qué son esas lociones que os atruenan los oidos de cuando en cuando y esas gotas de sangre que os salpican el rostro, comparados con los arroyos de sangre derramados, en todos los tiempos y en todas partes, por la canalla militar?¡No son nada!

Quizás ahogarán en sangre sus palabras, pero su figura y su jesto quedarán impunes, grabados en el corazón de las multitudes hambrientas y en nuestras mentes que no saben de odio sino para los de arriba. Muchos preguntan ¿héroe o apache?[2] Y yo les digo: se puede ser héroe y apache al mismo tiempo. ¿Pruebas? Aquí van: Bonnot, Garnier, Vallet y Dubois.[3] La sociedad les armó el brazo transformándolos en apaches. El héroe surgió por si solo ¿se puede pedir cosa más hermosa? Jesto y palabra, idea y acción.

Otros (libertarios) dicen: Plaza no es anarquista. La anarquía no admite crímenes.

¡Alto ahí! Plaza es tan anarquista como el que más. Porque si es cierto que la anarquía no admite crímenes, también no es menos cierto, que al verificarse uno lo justifica en toda su amplitud y no rechaza al que lo efectuó. Ella sabe que es una víctima de la actual sociedad. Y lo sabemos todos, porque ella nos lo enseñó.

No hai que asustarse por esos dos, caídos a manos de Plaza, porque... ¡Iquique! ¡Chicago! ¡Buenos Aires! ¡La alameda!, aun están ahí, en todo su

horror, chorreando sangre que arrancó el machete del sayon del cuerpo del paria.

Ese hermano amaba y odiaba más que muchos. Y sigue donde está, amando y odiando. Odio de paria ¡Odio de oprimido! Jamás tuvo un pecho donde reclinar su cabeza cargada de ideas en flor. Flor de humanidad. Flor de Libertad. ¡Flor de Justicia! Nunca, ¿lo oís? Nunca unos labios rojos y ardientes besaron los suyos, donde el grito pugnaba por salir. Grito de rebelde. Grito cargado de venganzas. ¡Grito de hermano! Y sus ojos solo vieron horrores y llagas por todas partes. Llagas gangrenosas. Llagas que hai que sanar. ¡Llagas podridas!

Y vosotros ¡Oh sarcasmo! ¿Quereis esperar de ese individuo, jemidos, lamentaciones y ruegos? ¡No! De ese hombre y de muchos más, solo esperad rujidos, salivazos y acción.

¡Hermano! Te llaman asesino los idiotas y nosotros te llamamos justiciero.

¡Arriba los corazones! ¡Salud al precursor!

Notas

1 Más detalles de la vida, juicio y encarcelamiento de Plaza Olmedo se pueden encontrar en Jesto y Palabra, Idea y Acción. La historia de Efraín Plaza Olmedo de Alberto Harambour R. en Arriba quemando el sol. Editorial LOM. Stgo., Chile. 2004. págs. 137 a 193 y en La Tiranía en Chile de Carlos Vicuña Fuentes. Edit. LOM, Stgo. Chile, 2002. págs 97 a 99.

2 El término “apache” se usaba en Francia para nombrar a los autores de atentados anarquistas a quienes había que exterminar como a los apaches de Estados Unidos.

3 Jules Bonnot fue un anarquista francés que encabezó una banda integrada, entre otros, por Octave Garnier, Jules Dubois y Rene Valet. Realizaron numerosos asaltos y hurtos a mano armada cuya violencia dejó varios muertos. La vida trágica y violenta de esta banda ha servido de inspiración para varias películas como *La Bande à Bonnot* (Francia, 1969) y *Les brigades du Tigre* (Francia, 2006). El 2006 la serie de la TV francesa *Histories de Marne* dedicó su primer capítulo a esta ya legendaria banda.

Gritos de combate

Tremalk Naik[1] (Manuel Rojas)
2ª quincena de noviembre de 1912, página 1

Como ola que ataca, como roca que no cede. Luz y lójica. Músculo y cerebro. Eso somos. Y anarquista siempre. Luchando contra las injusticias sociales. Contra las sombras infamantes que ahogan a los pueblos. Contra el baluarte de la esplotación. Contra la tiranía gubernamental. Y contra todas las vallas que se opongan a la realización de nuestros ideales.

Como siempre marchamos adelante. La cara a pleno sol. Siempre con la aurora del porvenir delante de los ojos. Incólumes. Íntegros. Nuestro dilema en la lucha por la emancipación es de hierro. Triunfaremos en la lucha o sucumbiremos luchando. Y como hierro somos. Duros. Rudos. Inflexibles. Luchando contra el enemigo perverso, hemos dejado al amigo cobarde. Firmes como rocas, ante el derrumbe infame que pretende aplastarnos. Ante la testarudez de los gobernantes, ola avasalladora que ataca sin cesar. Incansables. Impávidos ante el aluvión de arbitrariedades. Sin echar paso atrás en la brecha que nos hemos abierto, con nuestros robustos brazos de luchadores de férrea voluntad e indomable energía.

¡Atrás los privilegios! Nuestra bandera trae por lema: ¡Igualdad!

¡Atrás las sombras fatales! Como Goethe gritamos ¡Luz, más luz![2] y alumbramos con la tea e incendiando al mismo tiempo, lo viejo, lo carcomido, lo que ya huele a cadáver. Destruimos. Y destruirán.

Notas

1 El seudónimo corresponde al nombre del compañero bengalí de Sandokán. En la ciudad de Rosario, Rojas se inicia en las lecturas de ficción y aventuras con las novelas de Salgari, lo que explicaría, en parte, la adopción de este seudónimo. La certeza de que éste corresponde a Manuel Rojas se desprende de una nota de *La Batalla* donde se informa de las actividades realizadas en una velada del Centro de Estudios Sociales Francisco Ferrer. En ella se habla de lecturas de poesías y otros escritos con pausas amenizadas por un pianista. Y se agrega: “A continuación insertamos párrafos del trabajo titulado ‘Patria’ del compañero M. Rojas (Tremalk Naik) definiendo de una manera clara y concisa la falsedad y convencionalismo de esa frase y los que las explotan…”

("Las Conferencias del Centro de Estudios Sociales Francisco Ferrer" en *La Batalla,* 2ª quincena de enero, 1913, p. 2*)*. Con este artículo dedicado a Plaza Olmedo, Rojas da inicio a su colaboración con el periódico *La Batalla*.

[2] Se dice que el escritor alemán habría exclamado estas palabras poco antes de morir.

Patria[1]

Tremalk Naik (Manuel Rojas)
2ª quincena de noviembre de 1912, página 2

El gran sociólogo Hamon,[2] autor de grandes y científicos libros, tiene en uno de ellos (*Socialismo y Anarquismo*) un artículo titulado "La evolución de la idea de la Patria", en el cual el autor demuestra cómo se ha hido desarrollando ese amor al terruño, desde la tribu y el clan, hasta la más grande ciudad o metrópolis. Hamon dice que su principio fue éste; se formó primero, y las que las constituyeron pensaron en hacerla poco a poco más grande, que su comercio y su industria, fuera haciéndose más estensivo a otros clanes o a otras tribus, a otra ciudad, a otra metrópolis hasta que al fin hacerla Internacional, universalizarla.

Pero el pueblo desconoce esos conceptos que debieran formar su verdadero amor, no lee esos libros, desconoce en absoluto esa opinión, y para él no hay más amor a la patria que actos; darle de balazos al individuo que no ha nacido en su país: eso es todo.

¡Mirad! mi (un) rico propietario quiere robar a otro un pedazo de terreno, se arma una discusión, un ministro insulta a otro, se arma un grave conflicto entre dos naciones, se declara la guerra y el pobre Juan Pueblo paga los platos rotos[3]. Se arma al pueblo, que va ciego a defender la patria, mirad pasar a esos robustos campesinos, con el arma al brazo, metido el varonil cuerpo en un ultrajante uniforme, arrastrando los cañones, montados a caballos, con la lanza presta a atravesar el cuerpo de un semejante.

Van a la guerra, allá en un repliegue de terreno, en un bosque, en un monte, las descargas de fusilería se suceden sin interrupción, la metralla con su tétrico y tranquilo girar, cercena piernas, corta brazos, destroza cuerpos, el cañón ruge vomitando muerte y exterminio por doquier.

¡Ah! De esos puños férreos, hechos más para manejar el mazo en el taller, la pala en el campo, solo quedan los muñones horriblemente mutilados, piltrafas sanguinolentas de esas piernas que se afirmaban en la tierra

empujando el arado, trozos de carne de esos cuerpos fornidos. Esa es la patria, ese es el patriotismo, la sangre, la muerte, el asesinato común.

Entre nosotros, anarquistas que bregamos por la desaparición de las fronteras, y a pesar de nuestras convicciones siempre subsiste ese amor al pedazo de tierra que nos vio nacer, el amor al trozo de cielo que vimos por vez primera; ahí están nuestros padres, nuestros hermanos, ahí conocimos y amamos a nuestra primera novia de ojos de cielo y de cabellos más rubios que la barba del choclo, pero también ahí están los que por primera vez nos explotaron y nos robaron nuestros sudores y acordándonos de esto nos olvidamos de la novia, del cielo, del terruño y solo queda en nosotros el odio para los que nos explotaron cuando debido a nuestra condición de desheredados de la vida vendimos nuestras fuerzas en flor, al que se había acaparado y monopolizado todos los medios y útiles de producción.

En fin: el patriotismo, la religión, la moral burguesa, todas esas grandes virtudes de ayer, hoy se tambalean, pierden pie y se derrumban ante la ruda crítica de los hombres conscientes.

Dejad que el pueblo siga matando, cuando se le hable de patria, dejad que siga esa rutina, y laboremos nosotros demostrando a los más videntes todo el absurdo de la patria, todo el absurdo de las fronteras, todo el absurdo sangriento de la guerra, todo lo absurdo de sus vidas que transcurrieran siempre en la más cruel miseria.

Trabajemos sí, con alma, por borrar las fronteras, pero ante todo por borrar los tiranos, y veremos que pronto se borran cadenas que tienen atado al pueblo en la ignorancia y a la esclavitud. Hemos de acabar con todas las patrias chicas o grandes y fundar luego la patria universal, sino como dice Pacheco el gran País universal.[4]

Notas

1 Extracto del texto leído por Manuel Rojas en el Centro de Estudios Sociales Francisco Ferrer el día viernes 10 de enero de 1913 –Rojas acababa de cumplir 17 años– y publicado en el periódico bajo el título “Las conferencias del Centro de Estudios Sociales Francisco Ferrer”. En él se dice: “Insertamos algunos párrafos del trabajo ‘Patria’ del compañero M. Rojas (Tremalk Naik) definiendo de una manera clara y concisa la falsedad y convencionalismo de esa frase y los que la explotan”.

2 Agustín Hamon (1862-1945), sociólogo, historiador y militante anarquista francés. En 1894 publica

Psicología del socialista-anarquista y *Patria e Internacionalismo* (1896). Promovió principalmente la unidad trabajadora y, hacia el fin de su vida, se hizo militante del Partido Comunista.

3 Juan Pueblo es el nombre de un personaje ficticio, un gaucho rebelde cuyas andanzas y anécdotas eran publicadas en la revista libertaria *Martín Fierro* de Buenos Aires, que se editó entre 1904 y 1905, derivando en suplemento semanal del periódico *La Protesta*. Era dirigido por el destacado escritor Alberto Ghiraldo y entre sus colaboradores se cuentan relevantes figuras de las letras, como José Ingenieros, Rubén Darío y Alfredo Palacios. Otros autores militantes fueron Edmundo Bianchi, Félix Basterra y Julio Molina y Vedia.

4 Manuel Rojas se refiere al pensamiento y postulado del escritor argentino Rodolfo González Pacheco (1882-1949). Dramaturgo, orador y periodista anarquista, fue editor del periódico *La Antorcha* y fundador del "Teatro de Ideas". En 1906 fundó, junto con Federico Gutiérrez (un ex-policía pasado a las filas anarquistas), el periódico satírico *La Mentira*. En 1908 fundó *Germinal* con Teodoro Antillí; ambos dirigirían *La Batalla* de Argentina en 1910. Fue a partir de esos años colaborador de *La Protesta*. En 1911 editó el periódico *Alberdi* con Apolinario Barrera. En ese año fue encarcelado unos meses en el penal de Ushuaia. Viaja a España durante la Guerra Civil Española de 1936. Allí dirige la revista *Teatro Social* y junto con Guillermo Bosquets fundó la compañía del Teatro del Pueblo. En 1938 editó sus *Carteles de España*. Regresó a la Argentina luego de la derrota republicana.

Es autor de numerosas obras dramáticas, entre ellas *Hijos del Pueblo,* que se estrenó en 1921 en el Teatro Boedo de Buenos Aires. Se le considera, además, pionero del cine argentino.

Visión roja

Tremalk Naik (Manuel Rojas)
1ª quincena de mayo de 1913, páginas 1 y 2

Rumor:

Rumor sordo, que va creciendo tempestuoso y amenazante, como un torrente de mina.

Rumor de parto, clamoroso y terrible, que anuncia el nacer de la fuerza.

Rumor de lucha, grito formidable que eriza como un cárdeno relámpago por sobres las tinieblas pavorosas, grito de amenaza, que pone temblores en las piernas burguesas, grito de rebelión iracundo y airado como el gesto de Manlio Romano.

Rumor, rujido, grito, visión roja. Mirad la visión que pasa, hermanos.

Visión del porvenir, visión de gloria redentora.

Primero un alba que es pálida al nacer.

Luego un río de manos y de cabezas que aguardan la aurora, de cara al sol.

Se colorea el cielo lentamente.

Y el rumor, crece, formidable y huraño.

¡Mueve las cadenas, bestia! Despierta que la aurora, avanza.

Y por sobre la turba de famélicos y miserables rebaños, la palabra del profeta y del luchador, vibra airada, como un clarín de combate, que anuncian el choque de la Plebe. Contra la Aristocracia.

¡Allá va la visión! ¡Qué hermosa es! ¡Cómo tremolan, gallardos y altivos, sus pendones de batalla!

Todos unidos, en un connubio inmenso de almas doloridas, van cantando en coro triunfal, la Marsellesa redentora y grandiosa.

Todos juntos sin separarse, sin más que una ambición: llegar al punto donde empezará una vida nueva; tender sus ojos triunfales, sobre el mundo nuevo.

Y siguen.

Y sus gritos, son poderosa y estentórea esplosión, que pregona, que el arroyo que nació en la cumbre se ha hecho río al llegar a la llanura, y al llegar al mar, se ha hecho ola que golpea, furibunda y tremenda, contra la roca de la explotación, que tiembla en sus lares de violencia, ante la eclosión de otras violencias.

Y la visión aumenta, majestuosa. Y el mundo se estremece de angustias, los reyes tiemblan en sus tronos de oro y púrpura, las iglesias, esas centinelas oscuras de la ignorancia, se tambolean, el dios oro ríe que vá a ser derrocado y sin embargo no teme su derrota son sus lacayos y adoradores. ¡Malditos sean!

Y la bestia ruje, el rumor de catástrofe va *in crescendo*, y las banderas de revuelta, son coloreadas por el sol que nace.

¡Hermanos!

Estamos en plena aurora, preparad las picotas y entonad conmigo la carmañola de las venganzas trájicas.

¡Hermanos!

La hora de la revuelta, ha sonado.

¡De cara! Todos al frente, fuertes con Anteo, firmes como robles.

¡Hermanos!

Esta es la aurora.

Rebeldías líricas[1]

Manuel F. Rojas (Manuel Rojas)
1ª quincena de mayo de 1913

Con el título que me sirve de epígrafe para estas líneas, hechas con apresuramiento, ha aparecido el opúsculo de poesías de D. G. Rojas, nuestro buen compañero de redacción.

La poesía que me dedica en el libro y los datos de amistad y de lucha que me unen a él, me imposibilitan, casi, para hacer un juicio crítico del libro.

Sin embargo –y haciendo a un lado a esta señora parcialidad que a toda fuerza quiere colarse en este artículo– diré algo de lo malo que le encuentro al folleto.

1º Lo que más afea a la obra son los dibujos, que –dicho sea en engrandecimiento de la verdad– son bastante malos.

2º Luego viene esa manía de Rojas de que a todos los que les dedica poesías, los hace comulgar, sino con una persona, con un algo.

"A Jilberto que comulga con Federico Nietzsche; a Guevara que comulga con natura; a Silva que ha comulgado con las muchedumbres".

Esa dedicatoria a Silva y a Lillo yo no la habría puesto, aunque me la hubieran pedido.

No es porque Silva y Lillo sean más grandes, como me dijo alguien (y si han ido más lejos, fue, porque empezaron primero), sino porque no les importa nada de lo que diga Gómez en su folleto.

Al decir de D. Rojas en las poesías que ha escrito Silva últimamente, como esa "Oda a la bandera", "Romancero Naval", no se ve en ellas el mismo nervio, ni la misma sinceridad que en el autor de "La Nueva Marsellesa", "Bajo el sol de la Pampa", o "El derrotero".

Lillo, ese cantor de una raza como le llama Rojas, y cuando la matanza de Forrahue, no fue capaz de protestar (¿por qué?), es un patriota y uno de los que creen que el progreso, la civilización y otras mentiras son buenas y

verdaderas.

Y Rojas rompe lanzas en contra de las patrias, el progreso y la "edad moderna".

Y se comprende que no estará muy de acuerdo con él.

Eso es todo lo malo que encuentro en el opúsculo de poesías de Rojas, nuestro buen compañero de redacción.

Si en las poesías hay forzamiento en el ritmo, no lo sé. Me parece que no.

Si en los temas hay poca originalidad, tampoco lo sé.

Solo sé que grandes poetas como ser: Chocano, Rubén Darío, Bórquez Solar[2] y otros, han escrito todo sobre el mismo tema variando solamente la métrica, el ritmo y las palabras.

Se objetará que esos grandes poetas. ¡Que lo sean! No por eso estarán exentos de faltas.

Por lo demás a Rojas lo creo un poeta, del cual se esperan buenos frutos.

Sus gritos del alma, son sinceros. Quizás lo sean demasiado. Varios han dicho que su rebeldía es vaga, sin razón y éste demuestra muy poca sicología en el que lo dice. Poco conocimiento de la vida y de las almas.

Yo que he visto muchos que fueron más rebeldes y que lo son, sin haber sufrido mucho, niego eso.

Yo me quedo creyendo firmemente que Rojas llegará a ser buen poeta.

Rojas me parece un concepto muy simpático. A los que estimen su crítica, les diré que no hay que ser verdugos con las flores que nacen.

¡Y allá va un grito de aliento para el hermano que dentro de poco, se unirá más y más a mí, que hoy digo lo malo que tiene su libro!

Eso es todo lo que tengo que decir del libro de Rojas, nuestro buen compañero de redacción.

Notas

1 En su libro *Rebeldías Líricas,* José Domingo Gómez Rojas dedica el poema "En el hospital" al "bohemio argentino" Manuel Rojas. La primera edición de este libro se realizó en 1913; ese mismo año Gómez Rojas cruza la cordillera a pie con la intención de llegar a Buenos Aires y encontrarse con Alberto Ghiraldo, poeta, editor de la revista literaria *Ideas y Figuras* y personaje destacado en el ambiente anarquista argentino. Sin embargo, solo llegaría hasta Mendoza, ciudad en la que permanece algún tiempo, haciéndose conocido entre los libertarios chilenos

residentes. Gómez Rojas entabló amistad probablemente el mismo año 13 con Rojas, quien recuerda que lo vio por primera vez en una velada cultural en el Centro de Estudios Sociales Francisco Ferrer: "Cuando apareció en el salón... Chumingo, como le llamaron después sus amigos, produjo asombro: No era frecuente ver por allí individuos que lucieran cuello de pajarita y corbata negra de lazo de rosa. Menos aun era escuchar a alguien declamar, con la desenvoltura y el énfasis con que lo hizo... poesías originales". Gómez Rojas lo estimula para que escriba: "Sus conocimientos literarios eran –agrega Rojas– muy superiores a los míos y me dio consejos, que me parece no haber aprovechado, animándome a seguir un camino que a él le fue cortado en plena repechada". Gómez Rojas muere encarcelado, víctima de la persecución oligárquica de 1920. Aparece con el nombre de "Daniel" –Gómez Rojas usó el seudónimo de Daniel Vásquez– en las novelas de Manuel Rojas *Sombras contra el muro* y *La oscura vida radiante*.

[2] Antonio Bórquez Solar (1874-1945), poeta y prosista chileno que inicia su trayectoria con el libro de versos *Campo Lírico (Primera Siega) poético* (1900), obra que tuvo cierto impacto en la intelectualidad de la época. Trajo a las letras nacionales la influencia de modernistas franceses como Baudelaire y Verlaine, tal como lo hiciera Darío y Santos Chocano. Otras obras del mismo autor son: *La fiesta de los leones* (1907), *Dilectos decires* (1912), *Belleza del Demonio* (1914) y numerosos otros títulos de la prolífica producción de este autor. Varios de sus poemas se incluyeron en la completa antología *Selva Lírica* (1917) de Julio Molina y Juan Agustín Araya (*O. Segura Castro*). En esa publicación se menciona a Manuel Rojas en el capítulo dedicado a los "Poetas Acráticos"; se dice de él: "Salió de la obscuridad de los barrios arrabalescos y de un golpe se conquistó un puesto honroso entre nuestros líricos jóvenes. Despunta como un poeta delicado y cuidadoso de la forma" (*Selva Lírica*, Santiago de Chile, Sociedad Impresora y Litografía Universo, 1917; LOM, reedición, 1995).

Algo sobre arte[1]

Manuel F. Rojas (Manuel Rojas)
2ª quincena de mayo de 1913

En Arte existen dos grandes escuelas que tratan y esponen teorías que quieren hacer triunfar.

La primera escuela, la de los Naturalistas persigue "la fiel interpretación de la naturaleza objetiva".

La segunda escuela, la de los Idealistas persigue "la plasmación del mundo objetivo, bajo el prisma de la belleza ideal".

Toússenel,[2] al definir el Arte, dice como idealista: "El Arte es la encarnación del Ideal".

Taine, más naturalista, dice: "La Naturaleza desparrama la Belleza, el Arte la reconcentra".

Tolstoy, como un gran positivista (casi Naturalista) dice que "Arte es todo lo útil".

Eça de Queiros, armonizando las dos tendencias, define de la manera más poética, diciendo que Arte es: "La verdad desnuda, adornada, por el diáfano manto de la fantasía".

Zola, más sabio que Eça, y más personalista, dice: "Arte es la verdad, vista a través de un temperamento".

Fuera de los Idealistas y de los Naturalistas, hai otra tendencia (o Escuela) la *Realista.*

Los Realistas van más allá que los Naturalistas en su tendencia a reflejar la Naturaleza y conciben el Arte como "el retrato fiel de la Naturaleza, así en lo deforme y vil como en lo noble y hermoso".

Hai más todavía. El Naturalismo se divide en dos ramificaciones: Naturalismo profano y místico.

En pintura son fieles retratos del Naturalismo profano: Rembrandt, Jordanes,[3] Rosa,[4] Caravaggio y otros; y del Naturalismo místico son: Murillo,

Zurbaran, Rivera y otros.

Independiente de toda escuela o tendencia, creo tan solo en el Arte libre, porque ante todo el Arte debe ser sincero y en esto creo con Zola que debe reflejar la verdad, y todo el Arte para ser sincero, antes que todo, debe ser libre.

Creo tan solo en el Arte libre, porque ante todo el Arte debe ser bello, y en esto creo con Taine que Arte debe reconcentrar la belleza que desparrama la Naturaleza, y para ser bello, antes que todo, debe ser libre, porque lo que carece de libertad carece de belleza ideal.

Creo tan solo en el Arte libre, porque ante todo el Arte debe ser humano, íntegramente humano y en esto creo con Zola que debe ser la Verdad vista a través de un temperamento, y todo Arte para ser la verdad vista a través de un temperamento, debe ser íntegramente humano porque un temperamento que no es íntegro no puede ver a través la verdad, la verdad íntegra, y un temperamento no puede ser íntegro si carece de libertad, he ahí porque creo tan solo en el Arte Libre.

Creo que el Arte universal de todos los tiempos –producido por el hombre o plasmado por el hombre– es relativamente Arte Libre, íntegro, bello, amplio y sincero.

El hombre para producir Arte Libre debe ante todo ser libre y en todos los tiempos el hombre ha sido esclavo; he aquí porque digo que el Arte producido hasta hoy día por el hombre apenas llega a ser Arte relativamente libre, íntegro, bello, amplio y sincero.

En el número próximo continuaremos esplayando estas observaciones bajo el título que encabeza lo que precede.

Notas

1 No se cuenta con la segunda parte de este escrito, ya que la única colección que existe del periódico no incluye el número correspondiente. Este texto le generó a su autor, como él mismo cuenta, "la más encarnizada y largas de las discusiones que haya debido sostener en mi vida. En ese malhadado artículo yo, militante anarquista, cometí la herejía de propugnar la teoría del arte por el arte. Un anarquista español, Teófilo Dúctil Pastor y Amado, conocido por el sobrenombre de Fiolín... me persiguió durante meses para discutir las ideas que expresaba en aquel engendro. Jamás me he arrepentido de haber escrito algo, excepto esa vez, en que el anarquista asturiano me dejó reducido a escombros".

En el mismo periódico, Teófilo Dúctil refuta la opinión de Manuel Rojas con un escrito titulado *Mi*

concepto de Arte, aparecido la 2ª quincena de noviembre de 1913.

2 Alphonse Toussenel (1803-1885), escritor y periodista francés, considerado como un utopista socialista discípulo de Charles Fourier, destacó por su antisemitismo. Sus estudios sobre Historia Natural le sirvieron para fundamentar sus ideas políticas. Entre sus libros sobresale *El espíritu de las bestias. Cacería francesa y zoología pasional* (1847).

3 Jacob Jordanes, pintor holandés del periodo barroco, discípulo de Rubens.

4 Salvatore Rosa (1615-1673), pintor, poeta y grabador italiano. Es considerado como un proto romántico. Su carácter rebelde e innovador lo llevó a rivalizar con maestros como Bernini. En su autorretrato incluyó una inscripción que dice: “Cállate o di algo mejor que el silencio”.

Ernesto Serrano[1]

M.R. (Manuel Rojas)
1ª quincena de julio de 1913

Murió. El día 23 de junio miró por última vez el rostro de su compañera que lo acompañó en horas de tristeza y de alegría...

Su muerte acaecida en la cama de un hospital pobre, fue para muchos una revelación. Serrano, no era lo que pensaban muchos.

Muchas veces, aun unos pocos días antes de morir, se dudaba de él.

Y mucho antes también, en voz baja se le había llamado... ¿para qué decirlo? No importa. A pesar de eso él no había decaído en la lucha. Un deseo de ver la realización de sus ensueños revolucionarios. Y por eso, a pesar de muchos, siguió de frente. Impertérrito.

El día 25, gris y triste, bajo la sombra melancólica de los olivos, fueron enterrados sus últimos pedazos.

Quedó allí. Va a servir de alimento a las semillas que pugnan por mostrar su cara al sol.

Quizás suba a robustecer los olivos.

Y quizás, después, obedeciendo a las leyes biológicas (sic) de Natura, salga su substancia de materia corrompida convertida en aceite. O en aceituna. O en tornasoleada mariposa.

Deja una compañera y dos hijos. Ellos quizás cuando sean grandes, levantarán la misma bandera que, sobre su cabeza de perseguido vagabundo del ideal, hizo ondear, al pregonar con todo el entusiasmo sincero de su corazón, el advenimiento de la Anarquía.

Y por fín. El mejor recuerdo que de él podemos hacer es proseguir la obra que él empezó.

Y basta.

Notas

[1] Ernesto Serrano Saavedra, carpintero anarquista, casado con Hortensia Quinio, muere el 23 de junio de 1913. Aparece como "Serrano" en la novela de Manuel Rojas *Sombras contra el muro*. Es posible que los días finales de este carpintero hayan sido la inspiración para el primer cuento de Rojas. Este relato, inédito y desconocido, trataba de un ácrata acusado de soplonaje por un grupo de compañeros.

Los críticos

Manuel Rojas
2ª quincena de diciembre de 1913

A los que le duelan los latigazos, que aguante o conteste.

¡A los serios, los graves, los equilibrados críticos!

Se colocan sobre su nariz un anteojo de seriedad napoleónica, disfrazan su morro con un gesto de escepticismo y mirando la obra ajena con un *sans facons* despreciativa, dejan caer sus fallos abrumadores, aplastantes, pero siempre huecos, inofensivos.

Entre nosotros hay muchos. No son lo suficiente para formar una plaga, pero son bastantes para que sean lo que son, un estorbo.

Hay que combatirlos haciendo obra.

Hay que dejar a un lado del camino en que vamos a esas flores enormes, pero secas, llamativas, pero sin perfume, muertas. Equivalen a parásitos intelectuales. Nunca hacen nada y sin embargo todo lo critican, todo lo hallan malo.

Para ellos, todos los ladrillos que entusiastamente vamos poniendo uno encima de otro, para formar la "casa grande", están colocados sobre cimientos falsos o están hechos con material frágil. Y después de largar este fallo se quedan a donde mismo. Encerrados en su mutismo de apócrifos pozos de ciencia y meneando la cabeza dicen apenas: malo, malo, malo.

Y así hay alguno que encontrando también malo el ladrillo lo cambia por otro más firme, cuando todos esperan que el nuevo fallo será favorable, vuelven a menear la cabeza y murmuran invariablemente: malo, malo, malo.

¡Oh, los grandes abismos de ciencia que aquellos poseen! Lástima que sean tan profundos que no se les vea el fondo.

Claro, si no tienen.

Y siempre con esa risita idiotesca que le es peculiar dan opiniones, fallos, conceptos, falsos siempre y que carecen en absoluto de sinceridad.

Cuando se incendian las hogueras de la represión burguesa-policial estos hombres-libros desaparecen por encanto. Y cuando ha pasado el chubasco que a nosotros azotó, ellos aparecen de nuevo siempre lo mismo, sin cambiar de opinión. Y si se les interroga por su ausencia citan a Nietzsche, a Storner o a otro de esos grandes filósofos y dicen:

La plebe, la chusma, la masa, no merece que nos sacrifiquemos por ella.

¡Oh, el individualismo de pacotilla!

Si Nietzsche, aquel filósofo grandioso, que cantó a los vientos de la tierra la aparición del súper-hombre resucitara, de vergüenza, al ver que estos súper-monos, nada más que en la boca, las huellas de su filosofía profunda, que ellos no entienden, se volvería a morir de pura rabia.

La juventud y todos los compañeros, especialmente los jóvenes, deben abominar de estos faros sin luz propia, porque la luz se la damos nosotros al reconocer en ellos alguna inteligencia o capacidad. Dirijamos nuestra barca por otros rumbos. No necesitamos de maestros, de consejeros, ni de reglas. Que cada cual haga lo que crea mejor. Antes de hacerlo, examínelo, analícelo, péselo, mida su valor y cuando esté seguro de que su plan le dará buenos frutos, que lo haga sin atenerse a fallos ajenos.

Y el que no se encuentre capaz para hacer esto que reconozca su inferioridad mental y que estudie libros o que se estudie a sí mismo para averiguar qué es lo que le falta para ser capaz. Si lee, que lea concienzudamente, analizando lo que lea. Que no haga como aquel burro que porque se había comido varios libros que encontró, se creía un sabio. Y cuando quiso hablarles de ciencia a otros burros, por más esfuerzos que hizo, solo consiguió, con la consiguiente estupefacción, rebuznar detestablemente. Que no nos pase lo del burro. Y abandonemos a los graves, a los serios, a los seudos críticos, ¿o es que todavía no somos capaces de emanciparnos del yugo?

Salud, salud, salud!

Manuel Rojas
1ª quincena de enero de 1914, página 1

Cronos, el viejo Cronos de la leyenda, ha dejado resbalar por el orificio de la vida otro granito de la arena de los siglos y el calendario infinito del tiempo ha marcado un nuevo año. Un año que se va con sus estaciones varias. El invierno con sus fríos, el otoño con su calidez variada, la primavera con sus flores exuberantes de perfume y el verano con sus frutos maduros y su sol de incendio. ¡Un año!

¿Y qué es un año? Apenas un suspiro, la mirada diamantina de una estrella, un pétalo viejo sin perfumes que se va camino de la patria grande.

Ha pasado un año. Un año que nos deja la triste impresión en los cabellos y en la frente. Un año que se va con su historia trájica de recuerdos. Los que murieron. Los que se fueron con su leyenda trágica de héroes. Pardiñas,[1] Bonnot, Garnier, Lacombe,[2] ¡tantos otros!

¡Bah! No nos apuremos porque la vida se va, porque también se van los hombres. Vendrán otros años y otros hombres. ¡Envejeceremos, claro! somos hombres. Debemos morir. La tierra nos llama. Cuando lleguemos a viejos, encorvados, nos sentiremos jóvenes cuando en tropel confuso, los recuerdos aleteen en nuestra mente, como una bandada blanca de gaviotas marinas. ¿Todo se va en la vida como se va el aroma? Decía el poeta sintiendo que había llegado el momento de ir hacia el reinado de Virgilio. Sí desgraciadamente, o quizás, eso felizmente todo se va en la vida como se va el perfume. No nos apuremos porque corra la barca. Es necesario. Además ¿qué importan los hombres, a los hechos quedan en la historia firmes como voluntades anarquistas? solo la vida es joven. Nosotros apenas somos unidades de un guarismo inmenso. Un mantón de enerjías que mañana ante el sepulcro solo serán “algo que perteneció a un problema”. No arruguemos el entrecejo, porque Cronos ha dejado caer el último granito de arena de un

año. Consolémonos pensando en que vendrán otras jeneraciones, más sanas. Consolémosnos pensando que nosotros enjendramos esa sana robustez en cuerpos y en almas altivas como robles y en los nervios el jesto rebelde de los que se fueron: Garnier, Bonnot, Lacombe, Pardiñas... Consolémonos, persistiendo que la idea, flor hecha sangre fecunda en nuestros corazones, es inmortal, es la evolución misma de los hombres hacia una integridad moral más amplia. ¿Todo se va en la vida como se va el aroma? Sí todo se va en la vida como se va el humo de un populachero cigarrillo que he ido fumando ante la impasibilidad de las cuartillas blancas que se han ido llenando de rayas negras que los hombres llaman letras. Y ante el año que se va, ante este nuevo paso que da la vida sobre el abismo, pienso que también la idea anarquista ha dado un paso más. Alegrémosnos y besando las frentes de las compañeras, frentes más blancas que lirios y más puras también, saludemos la nueva jeneración de hombres sanos. Salud.

Notas

[1] Manuel Pardiñas Serrano, pintor decorador anarquista nacido en España (1880-1912). En una acción violenta de carácter individualista, dispara y da muerte al Jefe del Gobierno español, José Canalejas, el 12 de octubre de 1912. Al verse acorralado por la policía, se suicida.

[2] Es probable que Manuel Rojas se refiera a Rose Lacombe, destacada activista de la Revolución Francesa.

Salutación![1]

MANUEL ROJAS

2ª QUINCENA DE FEBRERO DE 1914

A Pedro Ortúzar[2] *estas*
estrofas, este soneto, ramillete
de flores aurorales.

Salud, buenos muchachos! En mi estrofa sincera
–que es el penacho blanco de mi fe vencedora–
quiero que vuestro grito, canción de primavera
sea clarín vibrante, anunciatriz de aurora.

Peregrinos dolientes. Soberbios trovadores
Quijotes sin escudo y también sin diamante!
pero Quijotes siempre!... Bravos ensoñadores
hermanos en la idea y en el sueño jigante.
Salud, bravos, salud! En mi verso sonoro
nuestro grito de guerra, será rima de oro
con perfumes nostáljicos de florido rosal
Será rubia quimera y azul ensoñación
será de primavera la pagana canción
y será eternamente, marsellesa triunfal!

Notas

1 Soneto publicado junto a poemas de otros autores reunidos bajo el título de *Flores Revolucionarias*.

2 Pedro Ortúzar, de oficio zapatero y conocido como el "Negro", fue un destacado orador anarquista, con una activa participación en mítines y una de las cabezas más relevantes de la IWW durante los años 20. Tempranamente se sabe de su intervención en el acto del 27 de octubre de 1912, organizado para repudiar la matanza de Forrahue (Departamento de Osorno), perpetrada por

carabineros el 19 de octubre en medio de una disputa entre latifundistas y mapuches, dejando el trágico saldo de 15 mapuches muertos. Ese mismo año, en la manifestación del 1º de Mayo, que contó con una concurrencia inédita para Santiago, figuró entre los oradores, representando a la Unión de Resistencia de Zapateros. En 1913 participó en el Comité pro Primero de Mayo en Valparaíso, que estaba integrado por destacadas figuras anarquistas, como Juan Chamorro, José A. Valencia y Modesto Oyarzún. Sergio Grez señala que "los 15.000 asistentes ovacionaron a los oradores, especialmente al joven ácrata José Domingo Gómez Rojas, representante de *La Batalla* santiaguina, que pronunció una arenga lírica". En la novela *La oscura vida radiante*, es uno de los zapateros anarquistas que el protagonista Aniceto Hevia conoce en Valparaíso. Manuel Rojas lo describe así:

> ...era un hombre delgado y moreno, de bigote, con un rostro un poco huesudo, el pelo ondulado; tenía la pasión de la oratoria, arte al que concedían, como anarquistas, un gran valor. Pensaba y decía que todos los anarquistas deberían ser grandes oradores, oradores de rico lenguaje y de gran capacidad de razonamiento, de modo que ningún burgués pudiera hacerlos callar con palabras o con razones... Era muy atildado en el vestir, tal vez como correspondía a un orador revolucionario; su capa negra, con cuello de terciopelo, era famosa, casi tanto como sus frases oratorias.
>
> (Manuel Rojas, *La oscura vida radiante*. Santiago: LOM, 2007, pp. 94 y 95)

Ortúzar gozaba de un especial prestigio dentro del gremio de zapateros, no solo por sus dotes de orador, sino porque se especializaba en hacer y reparar zapatos de mujer. Según Rojas la perfección de su trabajo superaba la construcción de sus frases poéticas inspiradas en Vargas Vila o en la prosa lírica de los ácratas argentinos Rodolfo González Pacheco o Teodoro Antillí, a quienes admiraba. Rojas describe el minucioso y prolijo trabajo artesanal de Ortúzar:

> ...el tratamiento que daba al cuero y a la suela, el corte y el descarne con el afilado y pequeño cuchillo, el martilleo y el lijado, la delicadeza de la perforación de la lezna y el tino con que daba cera al hilo y apretaba la costura, denotaban un maestro cuidadoso y conocedor de su oficio, a un hombre que podía, usando aquellos elementos, alcanzar casi una categoría estética... (Manuel Rojas, Op cit., p. 95).

El mismo Rojas le asigna una imagen revolucionaria teñida de cierto romanticismo de suburbio:

> ...Era en esos días casi el orador oficial del Puerto, aunque había otros, no tan oficiales pero empeñosos, y cuando hacía y regalaba a una mujer un par de zapatos con taco Luis XV era casi seguro que esa mujer caería en sus brazos: él la envolvería en su capa y juntos irían a comer a alguna cocinería (Manuel Rojas, Op cit., pp. 95 y 96)

En uno de los escasos documentos sobre su persona, una entrevista que le realizara Pedro Nolasco Arratia Urrutia para *La Voz del Gráfico*, órgano oficial de la FOI (Federación de Obreros de Imprenta), Ortúzar recordaba:

> Fui rebelde desde niño, creo que desde la cuna, desde la inconsciencia de los primeros años... Me gustó la calle. Odiaba el encierro de las cuatro paredes de cuarto. Me gustaba el encanto andariego con los chicos del barrio. Ir al río, a la montaña, escalar el monte y extasiarme en la contemplación maravillosa e infinita de la cordillera, valle y mar. Pelearme por mis ideas de niño, y por el amor de una muchacha. Escalar murallones, o dejarme llevar por la corriente de los canales y pasar a los huertos y saciarme de fruta jugosa y prohibida. Volver al atardecer del día cuando el sol se encendía en el horizonte de

fuego, y arrojarme jadeante, palpitante el corazón a los brazos de mi madre, y cubrirla de besos y martillar sus oídos con palabras cariñosas.

(Citado en *Pedro Ortúzar: El Negro,* por Ignotus, periódico *El Surco*, Santiago, región chilena, Año III, N° 31, Nov.-Dic. 2011, pág. 9)

Hacia 1928, ante la persecusión de la dictadura de Ibáñez, Pedro Ortúzar emigra a Argentina junto a los anarquistas Jorge Tamayo Gavilán y Primitivo Vargas. La policía de Chile informa sobre él a su homóloga argentina:

> En Valparaíso es afiliado a la Unión Local de la IWW; es el orador más preparado de este puerto. Es de una facilidad de palabra realmente admirable, siendo a la vez un profundo conocedor de las distintas doctrinas de carácter social. Habla por lo general de una a dos horas en las plazas públicas, no desmidiéndose nunca en el lenguaje y usando de preferencia literatura y filosofía para el desarrollo de su ideal. Fue nombrado delegado de los obreros de Valparaíso en la convención de Talca. Es zapatero, viudo, dos hijos (< www.alasbarricadas.org>).

Allí continúa su despliegue oratorio y, en abril de ese año, comparte tribuna en la Casa del Pueblo con Luis Armando Triviño, otro destacado orador y escritor libertario chileno, miembro de la IWW. Participan además en este concurrido acto César Godoy Urrutia y el célebre argentino González Pacheco, quien se referiría a él como "un hombre macanudo". Al año siguiente, nuevamente junto a Triviño, representa a la región chilena, según la denominación ácrata que

no reconoce las patrias estatales, en la constitución de la Asociación Continental Americana de Trabajadores (ACAT), organismo anarcosindicalista creado en Buenos Aires que aspiró a ser referente continental del sindicalismo revolucionario (Ver *Armando Triviño: Wobblie. Hombres, ideas y problemas del anarquismo en los años veinte,* de Víctor M. Muñoz C. Santiago: Quimantú, 2009, pp. 42 y 43).

Arratia Urrutia confirma que, en sus años finales, la vida de Ortúzar se encaminó hacia la soledad y el desamparo y, a pesar de que su capacidad como obrero del calzado le habría permitido instalar un taller con varios operarios, rechazaba esa posibilidad porque "No deseaba ser explotador. No quiero convertirme en señor, en patrón que extorsione la labor del obrero. Mi vida limpia y luminosa, mi moral vertical gravita en mi estimación, en mi mundo interior, en mi yo. No puedo prostituirme en la explotación de mis hermanos así como no encharqué mi pureza en la política" (Ibíd.).

Pedro Ortúzar fallece en 1944.

Florecer de mayo[1]

Manuel Rojas
1ª quincena de mayo de 1914, página 1

I
Hoi florecen las rosas...
–las rosas del rosal de mi quimera–
como una rejia floración de ensueños
en una alegre y rubia primavera.

Rosas de mi pasión, rosas que han sido,
rimas en mis poemas triunfadores,
que en vérjeles blancos de mi vida
son una roja floración de amores.

II
Hoi florecen mis rosas... y mis odios,
odios que serán rosas de amargura
cuando cante mi vida sus poemas
en mis rosales llenos de locura.

Odios que son benditos, porque fueron
ejendrados de mis glosas
que abonaron la hermosa primavera
de mis ansias, mis triunfos y mis rosas...!

III
Mis odios y mis rosas... Y tu, pueblo,
–que estás al yugo eternamente atado–

¿no sientes florecer tus primaveras?
¿o es que ya tus rosales se han secado?

No sientes en tu alma –pueblo hermano–
que florecen las flores de tus iras,
que tus odios entonan carmañolas
en los cordajes broncos de tus iras?

Levanta la cabeza... En tus jardines
no cantarán poemas tus rosales,
pero tus odios cantarán conmigo
marsellesas heroicas y triunfales!

Si es que ya tus jardines no dan rosas
que formen con tus odios dos poemas
yo te daré mis flores –en mis glosas–
y glosaré tus odios en mis jemas...!

Y así juntos tus odios y mis flores,
tus odios y mis flores de ensoñares
cantaremos al alba de este Mayo
el supremo Cantar de los Cantares...!

Oh, Primero de Mayo, en que mis flores
cantan su primavera florecida...
y hai una rejia floración de amores
en los vérjeles blancos de mi vida.

Notas

[1] Poema publicado bajo una ilustración que muestra a un trabajador que empuña un hacha y unos laureles con su mano derecha y con la izquierda sostiene una cadena rota. Bajo uno de sus pies yace una bolsa con dinero, un código legal, una espada (el Ejército) y una cruz católica; como telón de fondo aparece un ave negra con las alas desplegadas. La ilustración está firmada por G. Courtis, MCMX.

Gestos policiales

Manuel Rojas
1ª quincena de junio de 1914

La policía es pródiga en gestos. Desgraciadamente (y no puede ser de otra manera), casi todos son exponentes claros de su brutalidad. Y no es de extrañarse. En este país, donde las libertades de un hombre están escritas en las plumas de los mandones y donde la vida de un individuo está a merced de un sayón, no es lógico extrañarse por un crimen o una salvajada. La policía es la cúspide de la justicia. Aquí el policía es juez, verdugo, carcelero y todo. Juez, verdugo y carcelero, lo que equivale a decir: criminal, cómplice y alcahuete.

Y es así como la policía es pródiga en gestos que ponen de relieve su brutalidad.

A un compañero, un buen muchacho que lo único malo que tiene es que no es juez, verdugo o alcahuete, porque el Primero de Mayo habló en contra de los crímenes que comete la policía, los mandones que gobiernan Chillán mandaron a los verdugos que le aplicaran una paliza. Y los verdugos cumplieron. No podía ser de otra manera. El compañero no es un borrego y como la policía a todos los que no son borregos le tiene ojeriza, vale decir odio, le pegó.

Y el compañero, Eduardo Aravena, anota en sus recuerdos un gesto policial y una afrenta que vengar.

Sí, lo decimos nosotros: la policía es pródiga en gestos.

Pero en estos gestos, lo único que merecen son, cuando no una bofetada, otra cosa más convincente.

La Batalla 1912-1914[1]

MANUEL ROJAS
1ª quincena de septiembre de 1914

"La Batalla" cumple dos años de vida.

Los que la vimos nacer, anémica y mustia, los que hemos velado por ella, los que hemos seguido paso a paso su vida accidentada, sabemos lo que estos dos años significan: lucha, acción, movimiento, ¡todo menos inercia!

Se afirma que el movimiento se demuestra andando y nosotros sabemos que andando se va hacia delante y yendo hacia adelante se llega y cuando se llega se triunfa, hemos andado, andado...

Hemos afirmado el aserto.

A veces, perdidos en los hoyos de los caminos, solo se han divisado nuestros brazos deslujando amenazas otras, nuestros pendones, como un montón de proclamas rojas, han ondeado sin que se vieran nuestros brazos, y otras, solo se han oído nuestros gritos lanzados con fuerza de peñascazos, contra la frente de alguna injusticia.

Pero hemos salido de los hoyos y subidos ahora en la roca de nuestra locura, alumbrados por el sol de nuestro triunfo, extendiendo nuestras miradas más allá de las cuestas y de las hondonadas, vemos surgir la ciudad blanca de nuestro ensueño.

Queremos llegar pronto, una ansia de impulsión nos echa hacia delante, estiramos nuestros brazos... pero ¡ay! Nuestros anhelos se quiebran como flechas de cristal en las rocas del camino. No podemos volar, somos humanos. Para llegar, hay que atravesar los hoyos, las cuestas, las repechadas...

¿Pero qué? ¿Nos detendremos? ¡No! Iremos a pie. Destrozaremos nuestros pies en el camino, nuestras manos, a fuerza de empujar las rocas que obstaculizan el sendero, chorrearán sangre.

Notas

[1] El primer ejemplar conocido de *La Batalla* es del 1 de noviembre de 1912. Es posible que su aparición oficial sea anterior a esa fecha, sobre todo si se considera que este artículo conmemorativo se publica en septiembre, al cumplirse el segundo aniversario.

Orfebres[1]

Manuel Rojas (Joyel de oro viejo, para José Pica)
1ª quincena de noviembre de 1914

Hay orfebres y orfebres...

Unos burilan con sus manos artistas y ligeras de oro. En los joyeles, sus manos útiles engarzan, como en un verso una rima, los rubíes y las esmeraldas que lucirán en la garganta de alguna reina sus cambiantes de luz en un soñar de prismas, donde, al decir de alguien, están los glóbulos de la sangre que faltan en las venas de los proletarios.

Maravillosos artistas... Ponen algunas en las gemas que minian su ansia de belleza. Su raudal de fantasía se desborda en las miniaturas que cincelan, en una fiebre de volcar su alma en el grabado, donde el perfil de alguna burguesa muestra sus líneas, en un resaltamiento idealizado por el sueño del artista del oro...

Pero... al fin son esclavos... Sus gemas adornan gargantas que no son las que él preferiría. Sus joyeles embellecen rostros para él desconocidos y los cambiantes de luz de sus miniaturas dan fulgor a las carnes, que él soñó, cuando su buril dibujó el perfil de un rostro en el pequeño disco de oro.

Hay orfebres y orfebres...

Los otros, ¿los conocéis?

Sus buriles mágicos pulen el oro sucio de las conciencias y engastan sus dedos, el diamante de la idea en los regios joyeles de la vida. Sus manos a veces rudas y violentas, pero siempre reservadas por las aguas mansas del pensamiento, saben elegir los rubíes y las esmeraldas para ensayarlas en las gemas que adornan la frente de su ensueño.

Maravillosos buriladores de almas... Todas sus ansias de simplificarse, todo su raudal de fantasía, todo el fuego que arde en sus venas, están palpitando, como un ritmo en un alejandrino, en sus joyeles donde grabó el perfil de un alma libre de su buril perfilador de sueños.

Son los orfebres del ideal: ellos bajan hasta el fondo de las minas de la

desolación donde el eco de los espíritus aún duerme su sueño sin luz en los pilares de la miseria y lo pulen, lo minian, lo burilan, engastan en sus grabados los diamantes del ensueño y lo exponen al sol, orgullosos con su orgullo de artistas interiores...

Hay orfebres y orfebres...

Aquéllos: esclavos. Estos: libres.

¡Nosotros!

Notas

1 Este artículo está dedicado a José Lejo Pica, anarquista argentino de oficio panadero que, al igual a otros compatriotas suyos, llega a Chile a difundir el pensamiento libertario después de pasar por Italia y Uruguay. González Vera lo describe como "vigoroso, pequeño, muy corto de vista, rosado, con anteojos de anciano... Su pensamiento secreto quizás fuera el de hacerse escritor. Poseía una decena de gruesos cuadernos en que anotaba sus ocurrencias con letra clara y redonda".

Un telegrama

Manuel Rojas
2ª quincena de abril de 1915

Toma lee:

Y me pasó un telegrama. Lo abrí y leí:

Daniel Antuñano ha muerto por un tren. Y nada más. Seis palabras. Una muerte, un fracaso de vida, una vida joven, potente, una vida que se habría dado al ideal toda entera.

Lo conocí hace más o menos dos años. Tenía la frente grande, rubio, fornido, ojos serenos de apóstol. En la tribuna su voz convencía. No era un gran cerebro, era una gran alma. Cuando le conocí y le oí discutir comprendí que no era un gran convencido, era un gran entusiasta, un entusiasta que no convencía con razones fuertes y lójicas (sic) sino que convencía con sus ojos serenos. Oyéndole hablar, un poeta me dijo que el alma de Cristo se había repartido entre las almas grandes haciéndolas más grandes aún y que Antuñano tenía un pedazo de esa alma. Cosas de poeta que no convencen pero que entusiasman. Así era él: un entusiasta, una gran alma, un buen corazón.

De su vida no sé nada. No sé donde nació. No se me ha ocurrido preguntar a una de esas aves vagabundas donde nacieron. De ellas no se sabe más que el sitio donde murieron.

Hizo un viaje. Recorrió las costas del Pacífico hasta Panamá. De allá volvió como siempre; siempre anarquista, siempre apóstol. Y ahí en Viña del Mar concluyó su viaje del ideal. Le han hecho un entierro. Al lado de él muchas voces hermanas entonaron cantos de amor y fraternidad. No merecía otra cosa. Cantos, cantos porque también él fue un cantor del ideal, un cantor de alma grande que convencía con sus serenos ojos de apóstol, con su sonrisa de ingenuo.

Y al finalizar este artículo me vienen a la memoria un recuerdo de él. En un mitin lo tomaron preso y lo condujeron a la comisaría con las manos

amarradas. Y él iba sonriendo y diciendo a los estúpidos burgueses que lo miraban aterrorizado:

—No se asuste amigo, aquí llevan a la verdad presa.

Y cantaba:

Hijo del pueblo te oprimen cadenas.

Pedrea

Manuel Rojas
2ª quincena de junio de 1915, página 1

Parece que únicamente supiéramos apedrearnos.

Mientras el enemigo nos apedrea los jardines, destrozándonos a veces un rosal, nosotros –sin tomar en cuenta las piedras que vienen del otro lado de la tapia– solo nos ocupamos de contestar las pedradas de los amigos. Siempre hay una mano que arroja la primera piedra e inicia la pedrea. Y no es porque sea esa mano la verdaderamente digna de arrojar la primera, no; es que no sé que oculto afán de estar siempre en desarmonía, no sé que deseo de perturbar nuestra vida, tan perturbada de por si, nos mueve a estar siempre apedreándonos. Mientras tanto, más de una rosa cae bajo las piedras extrañas. Y nosotros no lo tomamos en cuenta. Pero yo, que sé que las piedras enemigas pegan más fuerte que las fraternas, yo que a la pedrea de un compañero, contesto con una pedrea de rosas, os digo: hermanos, guardad nuestras piedras para arrojarlas al otro lado de la tapia, no desperdicies nuestras fuerzas apedreándonos mutuamente. Cuidemos nuestro sembrado de las piedras estrañas y guardemos las piedras que nos arrojamos para hacer más alta la tapia de nuestros jardines. Y veréis que cada día serán menos los rosales tronchados y menos nuestras ansias de apedrearnos.

Varios problemas[1]

Daniel Antuñano[2]

2ª quincena de noviembre de 1912, página 2

Hay varios problemas que reclaman una solución, a los cuales estamos estrechamente ligados, sean estos morales o materiales; de los cuales conocemos la forma en que se desarrollan, forma por la cual no se espera ningún resultado favorable, puesto que hoy reconocemos su existencia tras una valla que franquearemos luego de luchar valientemente.

Esta valla, son las circunstancias en que nos vemos sumidos, y no hay nada más importante que romper las cadenas que nos sujetan para poder poner en práctica las teorías solucionantes que ya hemos concebido para los problemas de más necesidad. Nuestra capacidad es suficiente para pedir un cambio material justificado por las leyes inmutables de la naturaleza, pero nos vemos imposibilitados de introducir estas mejoras de carácter radical en tanto prevalezca un estado de cosas en el cual todos los hechos han de estar conformes a las leyes gubernamentales.

El problema de la Educación resuelto por Francisco Ferrer, una vez generalizado en la práctica diaria en un tercio de siglo los resultados más favorables para la especie, puesto no solo se llevaría a cabo la gran revolución, si no que después de la conquista tendríamos hombres sanos y suficientemente educados para armonizar una sociedad de hombres preparados para adquirir y difundir los mejores conocimientos, exentos de perjuicios y sin los rudimentos que aún nosotros tenemos. Tenemos un segundo problema, susceptible de resolverse aún a pesar del actual orden de cosas.

Hay pesimistas que afirman ser antinatural preservarse en cierto grado de la procreación, alegando la razón de que es ir en contra de las leyes biológicas, pero hombres menos pesimistas y más prácticos, deducen que siendo su jornal escaso es menester no crearse nuevas necesidades, y estas nuevas necesidades las ven, en una prole de seis u ocho hijos, por lo tanto se

concretan a los que puedan sostener, bien comidos, vestidos y educados en la mejor forma que puedan, sin exponerlos a que sufran diariamente envidia, cosa tan común en los niños.

En esta forma los padres que para mantener la familia se ven precisados a ejecutar rudas y largas labores, cuando llegan a su casa fatigados, en presencia de uno o dos niños que lloran de hambre, ni son sus vestidos un montón de harapos y ante una compañera que tiene el suficiente tiempo para educarse y asearse dando a la casa un aspecto agradable y risueño, no hay duda que este hombre experimentará una sensación de placer, y borrará de su mente una parte del desaliento que le produjera la labor diaria.

Lo contrario que el compañero con cuatro hijos o cinco hijos que faltos de desarrollo por el hambre, mal vestidos y sin esperanza de una regular educación, hacer de la compañera una esclava alejada de toda sonrisa, y la causa de que el compañero encuentre poco placer y mucho disgusto en una pieza donde no haya placer ni reposo.

Cuidando este factor de miseria en la sociedad actual, seguramente llegaríamos a buen resultado directamente, por lo menos todos los compañeros que lo estimaran necesario y la burguesía no tardaría en sufrir trastornos al verse frente a un proletariado robusto de cuerpo y cerebro y sin tanta necesidad de demandar trabajo, aboliendo la competencia que se establece entre padres e hijos.

Mas hoy los mismos hombres que están libertados intelectualmente viven supeditados bajo el régimen económico impuesto y sostenido por la mayoría estúpida.

El comunismo que solo dista dos pasos de nosotros, es así mismo un tópico que debemos considerar como secundario teniendo sinceramente que prescindir de toda exclusividad dedicándonos a emanciparnos fraternalmente, reconociendo que para ser individualistas o comunistas, aún no hemos dejado de ser esclavos con lo cual no podremos ser una cosa *ni la otra.*

Con lo que dejo dicho compañeros creo poder prescindir de otras ramas del problema social con el objeto de tratar sobre nosotros.

Para luchar por la humanidad nos basta considerar injusta la desigualdad entre los hombres.

Esto nos prueba que los aquí presentes tenemos una voluntad noble acerca de lo cual debemos meditar y tratar por todos los medios de que nuestras fuerzas se unan basadas en una cultura altruista o bien de formar entre nosotros lazos de amistad los cuales sean suficientemente sólidos para no desvanecerse a la presencia de motivos simples. Cuando un compañero sincero concurre a este local con el fin de exponer sus estudios y se nota que en algún punto se aleja de la verdad, creo de interés general que se haga una aclaración a fin de que la luz sea más radiante. Pero esto lo debemos hacer atendiendo a su dignidad la cual no debe ser ofendida con una crítica que borre el entusiasmo de su compañero.

Un día que logremos estimarnos lo suficiente y seguros que nuestra unión será fuerte si alejamos la crítica malsana, no solo atraeremos con nuestra prédica, sino que nuestra misma armonía servirá de atractivo, y no habrá fuerza que pueda turbar la conducta de un grupo estimándose entre sí; exterioricen ese mismo amor a todos los seres.

Esta será pues nuestra obra al formar este Centro, justificando el estudio que siéndonos beneficioso a nosotros lo sea para toda la humanidad.

Notas

1 Texto leído por su autor el 10 de enero de 1913 en un acto realizado en el local del Centro de Estudios Sociales Francisco Ferrer, ubicado en Tocornal 638. En esa misma ocasión Manuel Rojas leyó su texto titulado “Patria”.

2 Anarquista argentino nacido en la localidad campesina de Lobos, provincia de Buenos Aires. Viajó por algunos lugares de Latinoamérica difundiendo el ideario ácrata, lo que le costó ser expulsado del Perú. Alrededor de 1913 llega a Chile; escribe artículos que se publican en el periódico *La Batalla* y contribuye a la creación de una escuela racionalista promovida por la Agrupación “Defensa y Despertar de la Mujer” en Viña del Mar. Precisamente en esa ciudad, en el paso a nivel de Caleta Abarca, muere trágicamente atropellado por un tren en marzo de 1915.

Ernesto Serrano[1]

Leonardo Vogel

Rectificación a una crónica de *El Productor*

1ª quincena de agosto de 1913

No sé si me equivoco, pero me parece, que es el último número de "El Productor", en el que aparece una crónica anunciando la muerte del compañero Serrano, fallecido en ésta el 23 del mes próximo pasado. Dice textualmente: "Fue el camarada Serrano un ardiente y entusiasta propagandista de nuestras ideas, pero su obra se esterilizó debido a la enajenación de criterio que embarga a muchos de nuestros compañeros".

Esto, como lo demostraremos más adelante, es completamente erróneo: falso, vil, y por consiguiente, es absolutamente hostil a la verdad de los hechos.

Porque E. Serrano, no era un estraviado, ni muchos menos un loco, "que su obra se esterilizó debido a la enajenación de criterio" como cínicamente lo afirma "El Productor".

De Ernesto Serrano, podríamos decir sin temor a equivocarnos, que con su actividad moral, física y pecunaria y en cooperación con tres o cuatro inteligentes y activos camaradas, han sido uno de los que ha contribuido en mayor grado al desarrollo de nuestra propaganda en estos últimos tiempos.

Es cierto que su nombre no tiene mucho fulgor intelectual.

Pero esto es debido a que nunca tuvo la injénua como pretenciosa ambición (que otros han tenido la debilidad de confesar) de escribir, para ver publicado su nombre con letras de molde en los periódicos revolucionarios, o salir a las "tablas" a recibir los aplausos que se cosechan con cualquier incipiente divagación.

No; Serrano era un gran rebelde. Un éter descontento. Y sabía muy bien que no con pláticas y sermones se van a vengar las injusticias, las barbaries, las infamias y los ultrajes que a diario son víctimas sus hermanos de miserias: los esplotados.

Su obra como revolucionario –que por cierto no es para describirla aquí– es bastante conocida y apreciada por todos los anarquistas de verdad.

Ernesto Serrano era de un espíritu estoico. Enérjico. De temperamento activo y laborioso. Impertérrito e incansable propagandista de las ideas que sustentaba. Jamás le vimos retroceder ante el rudo azote del destino que había puesto sobre él el ignominioso sello del estigma.

¡Por qué le calumniaban! ¿Quiénes? ¿Todos? ¡No!

Le calumniaban los débiles, los medrosos, los eunucos del alma, los incurables enfermos del ánimo, esos miopes del espíritu, que no ven o no quieren ver más allá de las narices, y no pudiendo ni siquiera admirar la obra de los fuertes, de los sanos, de los íntegros, se complacen con calumniarlas y mancharla con el lodo de la pusilaminidad.

¡Claro! Es explicable que en un ambiente así –pusilánime y medroso– haya encontrado los mayores obstáculos en los mismos por quien él luchaba. Porque en más de una ocasión les hizo palpitar con más violencia la incolora sangre que batía sus pasivos corazones.

Pero ahora que hubiera sido noble y honroso, que hubieran confesado orgullosamente en el vergonzoso error en que estaban ¿por qué se complacen insidiosamente en escarnecer su nombre? ¿Acaso no es suficiente, con condenar moralmente a vivir una vida llena de oprobio de perfidia a un individuo que nunca se le ha visto delinquir? ¡Cobardes!

A Serrano no le temieron ni le han temido nunca porque fuera pesquiza. Le temían porque... era demasiado abnegado.

“Al estampar aquí las verdades, frutos sinceros de los latidos del corazón, que repercuten en la punta de la pluma queremos hacer triunfar la razón a través de todos nuestros actos, etc.”

¿Qué hipócrita! ¡Esto es el colmo de la hipocresía! ¿A que nombrar la sinceridad si se odia los sinceros? ¿Para que pronunciar con los marchitos labios de la hipocresía el pulero nombre de lo bueno, de lo bello?

Menester será decir que esta palabra en boca (o en pluma) de ciertos individuos produce el mismo efecto que el “pudor” en los labios de una ramera...

Que deja una compañera y tres hijos –uno en jestación– y que “ahora toca a los compañeros demostrar prácticamente la solidaridad para salvarlos de

la miseria...”

Bien. ¡Estamos de acuerdo! Socorrámosla. Es humano.

En estas breves líneas (dicho sea de paso) escritas en honor al esclarecimiento de la verdad, hemos querido dar aunque pálidamente esbozado algunos de los rasgos más característicos de la personalidad moral de este gran compañero; que en un día túrbido y glacial acompañado de la tristeza que se separó de nosotros y de los seres que más amaba para ir a morir inofensivamente en medio del ambiente de la sala del hospital.

¡No murió como un rebelde! No como él hubiera querido; pero sus amigos y su compañera supieron hacerle honor a su nombre al acompañar sus restos al retorno a la tierra.

Sobre su cadáver no hubieron discursos ni coronas.

En su tumba no se sintió más ruido que el que produce la piqueta del sepulturero al escarbar la tierra que ha de convertir en polvo los restos del compañero querido, del camarada leal, del luchador abnegado que acaso por ser demasiado sincero se llegó a dudar de su sinceridad...

Deja una compañera y dos hijos dignos de defender su nombre.

¿Lo defenderán? ¡Esperemos! ¡Salud!

Nota.- La muerte de este compañero como es sabida obedece a móviles bastante conocidos por unos y difícil de esplicar por otros. Aun estando en la agonía sus torturadores se complacían en amenazarlo con anónimos y otras cosas tan absurdas como esta.

Notas

[1] Ver nota 20.

*Ciencia social**

Daniel Antuñano
1ª quincena de octubre de 1913

CIUDADANOS: Siéntome altamente congratulado, al verme en una reunión de hombres, los cuales en nombre de una necesidad de vida, se reúnen a un mismo acuerdo, sin otra aspiración que elevar por medio de obras, a esta entidad al hombre. Siempre los que marcharon a la vanguardia del progreso tuvieron, tienen y tendrán que ser un número reducido de hombres de cuyas existencias nada vulgares, dieron siempre motivo a dudas, y constantemente fueron víctimas de las costumbres en que yacían sus contemporáneos.

Ciertas circunstancias en la evolución de la materia, nos conducen a la caducidad de nuestra forma, en un lapso de tiempo relativamente corto, en el cual nos desarrollamos hasta la vejez, tiempo suficiente en el cual, después de pasar los instantes de la dicha, podemos reflexionar sobre el fin que nos espera.

Siempre el mismo, lo que toma una forma nueva, la pierde cuando envejece.

Así los seres, estamos acostumbrados a considerar las cosas, según el estado en que nos encontramos; hay ciertos momentos en la vida que damos un valor grandemente elevado a los hechos y que en otras circunstancias no cedemos un ápice al mismo asunto.

Esto es la síntesis en el cerebro individual, mas no es así en el colectivo que es de lo que se trata en estos momentos. La humanidad es joven, recién principia a alborar en el horizonte esa aurora a cuyos rayos batirán palmas al unísono todos los pueblos de la Tierra. La humanidad como un solo hombre, pletórico de dicha tendrá un solo dolor. Ya se dejan sentir las argentinas clarinadas de un porvenir risueño y feliz, en que todos los pueblos de la Tierra correrán unidos a libar en las fuentes de la dicha, el néctar que ambicionamos todos los seres de la Tierra. Ya distinguimos esas auroras del porvenir, ya sentimos las argentinas clarinadas, las brisas nos conducen sus

aromas, ¡pero vedla allá ciudadanos! Y su avance es lento para nosotros, el hombre así lo quiere.

Cuán solo estamos! Se desliza nuestra existencia por el mundo, semejante a las bellas mariposas perseguidas por un sinnúmero de aves carniceras, bogamos en un mar de piratas que no quieren prescindir de sus costumbres maléficas para formar una sola familia y tan solo aspira a la felicidad general.

Así es la humanidad joven.

Valiéndose del injusto prescindir del presente a que estamos acostumbrados, recurro a las palabras de una dama bien preciada que dijo: véase que en tanto que unos seres caminan con pasos propios del siglo XXII, otros caminan con pasos propios del siglo XVIII; y esto es verdad ciudadanos, tan verdad es, que en esta misma reunión no creo aventurado decir: o todos los presentes no conocemos la importancia de la confraternidad continental o universal o nos ha reunido la influiencia de dolores morales y físicos; voy a explicarme: no puede haber confraternidad continental ni universal en tanto existan fronteras, en tanto existan clases; voy a recurrir a algo más sencillo aun, a algo que es de segundo orden aunque no lo parece; no puede haber confraternidad continental o universal mientras la fraternidad no exista en el seno de los pueblos, en el seno de las grandes colectividades.

En nombre de la misión que he venido a cumplir, digo; no puedo prescindir de decir una verdad por aparentar decir otra.

Es un acto temerario de hoy día pretender la confraternidad de aunque sea dos países.

Dado el carácter hostil de nuestro trato, toda confraternidad es ficticia, de suerte que hoy podemos ser buenos y francos amigos sin prejuicios de que mañana nos batamos a muerte aunque más tarde las relaciones se estrechen nuevamente. Tan evidente es en lo que a costumbres me refiero, que el más simple ciudadano puede prevenírnoslo.

No es por ley natural que los hombres se unen formando colectividades, por la necesidad sí.

Esto lo vemos claramente en las dos clases de hombres; el que produce y el que no, el primero vive sufriendo, el segundo satisfecho.

Estamos poco acostumbrados a presenciar la fraternidad entre la clase elevada de dos países, no tienen necesidades y no se preocupan de ellos; en cambio los productores sí, constantemente se ven hechos en un país, que solo responden al mejoramiento de los productores de otros, y así como antes dije que la confraternidad no podría existir mientras haya fronteras y clases, los productores para llevarlas a cabo, han prescindido de la patria y han prescindido de dios. La humanidad es joven, y en cualquier fecha de la transición le corresponde más jerarquía al joven adolescente que al decrépito anciano. El respeto se ha de dirigir al progreso y no solo a las canas. La juventud siempre reposa alto en el árbol de los siglos.

Es tal la situación en que estamos colocados los hombres que estudiamos estas cuestiones, que difícilmente podríamos acumular responsabilidades por los grandes trastornos que se sufren, y cuando la ciencia llega a este punto, cuando la ciencia dice claramente que no se puede acumular cargo a los seres porque los seres somos los intermediarios entre una causa y un efecto ¿qué nos resta por pensar? Algo muy horrible, algo que unas veces se manifiesta con espasmo de amor, otras como cóleras irascibles y en la extensión que esta avalancha corre derriba y derribará hasta que un equilibrio se efectúe.

La humanidad es joven, al terminar esta noche cuyas sombras aun nos rodean, vemos cómo se interpretan los distintos hechos que el hombre no puede evitar en tanto nuestra inteligencia no supere el estado actual; y esto que es una cadena de sufrimientos, al contar sus eslabones se hace así; el fuerte oprime al débil, viene la miseria, después la prostitución y el robo, luego la mendicidad y para apagar ese incendio que devora todos los hogares, la mente pequeña aún del hombre edificó dos palacios que son el resumen al cual se hayan sujetos aun, son estos: una cárcel y un asilo.

Una cárcel y un asilo que hicieron pensar y decir a un escritor: “—No parece sino que la sociedad se divierte en hacer criminales para luego ensañarse con ellos”. Ahora no me resta más que decir que: el único bien que puede recibir el pueblo es pan y educación y que la confraternidad chileno-peruana se presenta como un edificio de cuyos ladrillos agita la tierra, las profundas olas del mar.

Notas

* Este trabajo, leído por su autor en Lima (Perú) a la llegada de la comisión Chilena Oficial de Obreros de Leva y políticos traficantes, debía haberse publicado en el número 14, lo cual no se hizo por habérsenos extraviado.

(N. de la R.)

Mi concepto del arte[1]

Teófilo Ductil[2]
2ª quincena de noviembre de 1913

Algunas discusiones, adjetivos mal dirijidos, concepciones mal formadas, y, por último, un artículo publicado en "La Batalla" es lo que me ha impulsado a escribir estos párrafos.

Ante todo, no es mi intención atacar a dicho artículo, en su fondo (Grito Anárquico) sino protestar por el concepto del arte que tiene el autor. Aunque la publicidad de ese artículo no sea reciente, incitado por nuevas discusiones y desafíos quiero defender mi concepto del arte visto a través del prisma revolucionario.

Una advertencia: mi crítica ha de ser a Grito Anárquico haciendo ver que la definición que del arte hace el autor es mala, poco revolucionaria.

Si este pequeño artículo exita alguna polémica contéstele con el mismo espíritu que ha sido escrito el primero.

Bueno, ¿qué es el arte? No sé qué decir. Pero el autor dice que el verdadero arte es místico.

El arte de Poé como el de Tolstoy es místico.

Pero ¿hai quién piense (entre los revolucionarios) que solo este es el arte verdadero?

Conteste el articulista ¿quiere un conflicto entre el arte y la ciencia? ¿No acepta que "La ciencia moderna" no es el más bello de los poemas?

Cierto que su misticismo se palpa, que llama misticismo a las moléculas sensitivas que nos transportan el aroma de una flor y las vibraciones de una cuerda, pero así pensando y llamando a esos misticismo, no lo comprendo.

Moleschott, Buchner,[3] Letorneau[4] y otros que Ud. tanto cita, le harán ver –si tiene el gusto de leerlos– que el arte moderno se unifica con la ciencia y si hasta ahora, hemos sido mistificados por las bellas artes, esperamos que con la misma ruta de Arte y Ciencia seamos manumitidos.

Esta es la revolución en el arte, este es el arte verdadero.

No encontraremos en los lagos ninfas ni sátiros, pero en el exótico átomo que circula, ya en la cima de una montaña, ya en la honda cima de un abismo, hay la historia más bella que concebirse pueda.

En la gota límpida de una cascada cuyo cuerpo se refleja el iris también hay belleza; ora toma parte en potentes fuerzas hidráulicas, ora inofensivamente se posa en el borde de una hoja y más tarde cae hecha vapor sobre las inaccesibles montañas. Las artes de Doré, Dante, Poé quedarán como bellas fantasías hijas de las religiones.

Moleschott, Reclus[5] y Büchner hicieron el arte nuevo, experimentaron la belleza, la hicieron real. Mientras que el arte espiritual tiene sus últimos profetas en los que atávica atraen en sí, los residuos *místicos.*

Notas

1 Es probable que este escrito haya sido motivado por otro, aparecido bajo el título "Algo sobre Arte" en el ejemplar correspondiente a la 2ª quincena de mayo de 1913, cuyo autor era Manuel Rojas. La segunda parte de ese artículo no se conoce, ya que no existe ese ejemplar de *La Batalla* en la única colección existente de ese periódico. Rojas reconoció que lo que ahí afirmaba le costó una encarnizada polémica con Teófilo Dúctil que lo llevaría a arrepentirse, por única vez en su trayectoria de escritor, de un texto escrito por él.

2 Teófilo Dúctil Pastor y Amado, anarquista español, conocido por el diminutivo de Fiolín o Filín, fue compañero de aventuras de González Vera y Manuel Rojas. El primero señala que Dúctil era miope, … "sus cabellos colorines avanzaban sobre su frente a modo de visera. Poníase el sombrero en la nuca… Vino de España a la Patagonia, en donde fue pastor… Hizo algunas economías y vínose a Punta Arenas, pagó un año de pensión y leyó a su regalado gusto". Sobre su formación intelectual agrega: "Fiolín leyó todas las obras editadas por Sempere y cuantas publicara la editorial "Razón y Fuerza", fuera de algunos centenares de otros libros profanos. Sabía de todo. Pronto empezó a colaborar en periódicos anarquistas… Formó un grupo para estudiar esperanto y continuó echándose libros al cuerpo. Transcurrido un tiempo, lo ganó el deseo de irse a aventurar a Buenos Aires. Allí aprendió francés en un par de meses y tradujo obras de Romain Rolland. Más tarde ofreciéronle un puesto de redactor en un diario de Mendoza. Luego, de vuelta en Santiago, entusiasmado y conmovido por la Revolución Rusa, trató de incentivar a sus compañeros pero, según González Vera, "los ácratas rechazaron su invitación a fraternizar con los bolcheviques. Odiaban la autoridad, detestaban el Estado y no querían ninguna dictadura, por transitoria que fuese y aunque se ejerciera en nombre del proletariado… Fiolín, muy triste partió a Mendoza, en donde siguió de periodista… Al parecer, falleció unos quince años más tarde".

Por su parte, Rojas compartió con él el oficio de pintor de carruajes y casas. Precisamente a fines de 1912 viajan, junto a otros anarquistas, al balneario de Cartagena para trabajar pintando casas. Dormían en el suelo, lo que llevó a que Teófilo Dúctil bautizara el lugar como "La sucursal de los

cien mil paletoes", ya que, en vez de frazadas, usaban sus chaquetas para abrigarse. Es uno de los personajes de su novela *Sombras contra el muro* donde aparece como Filín: un individuo que "no veía automóviles ni las mujeres, no le interesaba la ropa y solo quería dinero para comprar libros". El relato informa que durante un tiempo compartió una pieza con dos pintores: Abelardo "Pachín" Bustamante (18?-1937) y José Prida y Solares (1886-1985). El primero miembro de la llamada Generación del 13, bautizada por Neruda como la *Heroica Capitanía de Pintores,* y el segundo llegado de España para ingresar a la Escuela de Bellas Artes en 1910. El aragonés Prida volvería muy pronto a su tierra natal, en 1913, donde más tarde será encarcelado durante 20 años por la dictadura franquista acusado de cartelista político. En aquella pieza Dúctil satisfacía su gusto obsesivo por la

lectura "sentado sobre su pallasa, alumbrado por una vela y las narices metidas entre las páginas de un libro de Moleschott o de Reclus…" Sobre su aspecto Rojas indica: "sus zapatos siempre se veían torcidos, cortos sus pantalones, despeinado su cabello. Trazando filetes sobre los costados o en las puertas de los coches, era, en cambio, una maravilla: todos les salían rectos, seguros. Empezó a aprender el oficio en España, terminó de adquirirlo en Chile…"

Teófilo Dúctil era un activo participante en reuniones de grupos anarquistas y fue detenido en un allanamiento, el 8 de noviembre de 1913, junto a otros integrantes de esa corriente. Se le acusaba de participar en un atentado al Convento de las Carmelitas, ubicado en calle Independencia, ocurrido la noche del 21 de diciembre de 1912. Después de casi 50 días de reclusión, de los cuales 12 fueron incomunicados, recuperó su libertad. De sus últimos años de vida no existen antecedentes. Es probable, como señala González Vera, que haya fallecido en Mendoza.

3 Jacob Moleschott y Ludwig Büchner, médicos y filósofos que, junto a Karl Vogt, integran el triunvirato con mayor influencia en los inicios del pensamiento nihilista. Moleschott (1822-1893) destaca como una importante figura del pensamiento materialista fundado en la ciencia. Su libro *La circulación de la Vida* abre el debate entre espiritualismo y materialismo. Büchner (1824-899), por su parte, logra reunir la sustancia del materialismo en su libro *Fuerza y Materia* (1855).

4 Charles Letourneau realizó diversos estudios etnográficos. Entre sus obras destacan *Psicología Étnica* y *Ciencia y Materialismo.*

5 Elisée Reclus, geógrafo francés (1830-1905), miembro de la Primera Internacional anarquista; sus tratados de geografía humana y económica se encuentran entre los más destacados de estas ciencias

Educación racionalista

Daniel Antuñano
2ª quincena de diciembre de 1913

Es imposible pretender, en la actualidad, que en nuestros hijos sean vertidos los principios que requiere una buena educación y una buena instrucción.

Los actuales centros de enseñanza carecen del ambiente necesario a la niñez; no solo en las instituciones religiosas donde se principia por obstaculizar el desarrollo del cerebro infantil, con dogmas de fé, sino que también en las escuelas fiscales, y hasta en los liceos particulares donde la enseñanza se inculca por métodos. Los métodos y los ritos van contra la actividad del cerebro del niño, cuya constante manifestación es la de variar asuntos; el método pronto se hace monótono y el niño deja de prestarle atención. Lo que más impacienta al mal maestro es el principal elemento de enseñanza; que es sin duda alguna el asedio de preguntas. Una explicación superficial no le basta a un niño que ha sido impresionado por cualquier fenómeno, si el maestro por evadirse lo engaña, deja de obrar como tal.

Pero los maestros de hoy día tienen otra excusa, y es manifestar que ya llegará el tiempo que lo sepa cuando vaya ascendiendo en el estudio.

El niño no aprende sin querer, todo lo que es forzar su voluntad da mal resultado, es necesario recurrir donde su tendencia íntima se inclina.

Es totalmente inútil forzar su voluntad con la vana idea de que por fuerza aprenderá; lo que más se logra con esto es que se pierde el tiempo y se le hace desarrollar el odio al estudio, que inculcado en forma racional lo aceptaría gustoso.

Muchos hombres de hoy han seguido la carrera que por fuerza se les quería inculcar, por esto se debe que al estar libres, han escogido el rumbo que mejor les parecía, entonces cuando comprueban la ineficacia de los maestros tenidos, hombres torpes que no sabían recurrir a ser intérpretes de la voluntad del alumno. Es muy considerable el número de padres que se satisfacen viendo seguir sus hijos por las huellas de abuelos y bisabuelos,

pero quien quiera ver sus hijos con un desarrollo intelectual bien proporcionado, no se debe dirigir nunca donde al niño se le imponga la voluntad del maestro, o que de lo contrario sufra largas penitencias.

El niño, por su afán de conocer, se asemeja al viajero que llega a una ciudad desconocida; su afán es recorrerla en todas direcciones procurando solazar su espíritu, pero si toma un guía, y este lo lleva a sitios apartados donde no encuentra atractivos, se retira prontamente fatigado, manifestará deseos de cambiar de lugar yendo donde los objetos le proporcionan placer.

Así los niños, cuando concurren a la escuela, quisieran conocer ciertos objetos figurados que, propios para la instrucción se exhiben en la pared, y que hasta se dedicarían gustosos a su estudio, pero el aspecto serio, poco accesible e impropio del maestro es suficiente para disipar tal idea. En esto se diferencia del viajero, en que por ser débil, tiene que sujetar su voluntad a lo que el maestro hable y mande.

La jerarquía del maestro, se asemeja a la del Rey; los niños salen del colegio hechos vasallos en vez de salir instruidos. Y es que los señores preceptores, bien encartuchados en su gabán y tiesos como columnas de soporta cielo, no han aprendido aun que no hay mejor enseñanza que la que se une al deleite.

Y hoy, esta desgracia es general. Ningún hombre será un maestro en cuanto haga prevalecer su autoritarismo sobre las preguntas del niño, en tanto no sepa explicar los hechos, en la forma que más le agrade al oyente, de lo contrario, hablará al vacío. Pero hay tantos desvelos en la vida, de los cuales no están exentos los maestros, por lo cual es más cómodo hacer un par de cruces en los libros y dejar los niños que se atrofien la vista ante los signos negros, en tanto que permanentemente sentados y en orden, se les va atrofiando el sistema óseo; en el cual tiempo, puede pensar en sus intereses particulares.

Así el niño no hace más que pasar y repasar lecciones inútiles; pues todo esto es materia maquinal que por falta de asunto se esfuma de la mente y pregunten cuáles son los niños que más méritos adquieren en estas escuelas; no será nunca el que más pregunte por el afán de saber, sino aquel que aprende lo que el señor maestro le quiere enseñar.

El magisterio actual no tiene ni siquiera una preparación mediocre, a cualquier asno se le concede título, basta que tenga diplomas y

recomendaciones, como si diplomas y recomendaciones fueren amor a las generaciones nuevas y vastos conocimientos.

Así, no solo pasa con los hombres sino que con las mujeres también, que para educar e instruir niños es suficiente conocer cuatro puntos gramaticales, cuatro de aritmética, cuatro puntos cardinales y cinco continentales; sin que importe nada, el que estos pseudos maestros no conozcan ni lo más rudimentario de la biología y psicología, que es la piedra angular del maestro de escuela.

Eminentísimos resultan ser esos niños que educan las señoritas, las cuales están más preocupadas cuando dan una lección, de lo que pasa a través de vidrios que de sus niños. Así se pasan estos 4 a 5 años en el colegio, recorriendo otros tantos grados, con lo cual los padres se forjan un mundo de esperanzas, les parece que esos grados son señalados por un barómetro infalible y, cuando el niño deja de ir al colegio, es cuando se prueban los conocimientos adquiridos en tanto tiempo que por lo general no sirven más que para leerle el diario al papá.

Si así como un niño pasa 5 años estudiando para no aprender más que vagamente algunas nociones, con el mismo tiempo una escuela racionalista, adquiriría un sinnúmero de conocimientos; no solo en letras y números, así mismo en astronomía, aprendería a estimar lo que es nuestro globo estudiando por separado Ríos, Lagos, Montañas, Flora y Fauna y todo aquello que al niño se le ocurriese preguntar, no una vez, sino todas las que viniese en gana.

El magisterio actual no es competente para dedicarse a una educación que compense los años que los niños pierden con tan irrisorios resultados.

Es necesario que prescinda de esa soberanía que ejerce cuando se representa ante los niños. El maestro ha de ser un compañero, un amigo de juegos que pasará el día entregado a dar distintas explicaciones sobre distintos objetos, manifestando sus propiedades y a la influencia que están sujetos.

Empapar al niño en las leyes de la evolución que es el orden de toda forma, y así obrando, tras de pocos años de estudio, el colegial será un joven de vastos conocimientos capaz de ingresar a la vida social sin temor de que por ignorancia sea guiado a las escabrosas sendas por donde se deja guiar hoy.

La lei de residencia

Daniel Antuñano
2ª quincena de noviembre de 1914
Iquique, octubre 9 de 1914

Compañeros de La Batalla.

Salud.

Tengo el agrado de comunicarles que nuevamente me encuentro en Chile y como siempre firme en la lucha de conquistar nuestro porvenir.

Al gobierno del Perú no le ha parecido *prudente* mi permanencia allí puesto que me había empeñado en la obra de organizar obreros campesinos que cruzan por una esclavitud inconcebible y por tal me destierra a esta rejión; cosa que como vosotros sabéis me es indiferente porque la propaganda aquí como allá se lleva adelante a pesar de todos los obstáculos que nos quieran oponer.

Sin otro particular y enviando mis saludos para todos los compañeros, me despido con un viva a la Revolución Social.

Lo que estamos viendo

Daniel Antuñano
1ª quincena de febrero de 1915

Estamos en época de los anacronismos, en la temporada de los reveses, en el preciso momento del examen tranquilo.

Los hechos que se suceden hoy, no son una casualidad, no son de esos que llamamos abortos de la naturaleza; es la consecuencia lógica a la que se llega después de educar a un pueblo como se le ha educado, como se le sigue educando.

Tienen el hábito, casi la totalidad de gobiernos constituidos, de inculcar en la juventud el odio, ya en la escuela como en el cuartel, en la iglesia como en la tribuna; todo tiende al odio, ya de raza, de nación, de culto, de clase y así sucesivamente.

El odio no engendra caricias, engendra discordias, cruentas luchas, incuba rencores, hace perdurar el salvajismo con el cual perecen las concepciones del progreso, al igual que desaparece una fuente cristalina lamida por un fuerte vendaval.

Educar a la juventud para que luego se extermine sin dejar otro producto de su lucha que un enorme osario.

Perfeccionar armamentos y adquirirlos a porfía cuando se tratase de poseer un medio más favorable para nuestra tranquilidad, y emplearlos luego más tarde en destruir la juventud, las ciudades, los campos sembrados, arrasando con todo lo creado para mantener la vida, cuando si una casa, una joya, una planta, muchas vidas y alegría del goce materno, tuviese algo de odiosos, algo de perjudicial para el género humano.

Mientras aquí el hambre va segando vidas, aniquilando para siempre tiernos enemigos; mientras que un pueblo laborioso y bueno se hace temerario por las noches y mendigo por el día, allá, en el corazón de Europa, cae la juventud acribillada por la metralla; juventud que recién en las primeras gradas de la vida, cuando aun el cálido regazo de la madre no se ha

disipado por completo, es empujada delante de otra juventud que sin saber por qué, apunta y dispara sobre los cuerpos que se ven en lontananza, luego más cerca ya cuerpo a cuerpo, clavan sus bayonetas en el pecho, en la cara, en el vientre de los que están delante y en ese frenético impulso donde el cuerpo parece obedecer a una corriente eléctrica, desgarran carnes, ultiman moribundos, machacan los rostros conmovidos por el dolor, con la culata del Mauser y el tropel furioso saltando y tropezando entre cadáveres la juventud jadea frente al espectro de la muerte que con el gesto ceñudo y la bayoneta calada avanza a paso ligero buscando pechos que herir.

Es el nirvana, el culto a muerte predicado por los que no irán a la pelea.

Es el favor que le hace a un pueblo un parlamento, un poder ejecutivo, que hoy y mañana renovado, se interesa poco en que al pueblo, a ese pueblo que no pisa los congresos, ni los clubs, ni pasea en automóviles y vive fuera del radio de las academias y centros de sports, le suceda lo que le sucede.

De la hecatombe, de la ráfaga mortífera, podrán quedar en la cumbre los que se arrastraban en el abismo, venga pues la revuelta, venga el hecho irresponsable, matamos miles de seres, quememos los archivos, que después, los unos muertos, los otros heridos y los derechos anulados, vendrán las águilas, los cuervos, los búhos que hoy, durante la contienda escondidos en sus guaridas, dejan que la masacre aumente, que el furor recrudezca, que más sean los que abandonen sus bienes y menos los que reclamen, que después al tenue claro de luna, el epílogo de la obra mientras los heridos narran en sus casas las horribles tragedias, otros, los que hoy, observan y meditan solo, irán como los judíos, acopiando lo que otros, los engañados, los ignorantes, abandonaron en nombre de una causa que le da al pillo, lo que quita al generoso.

Pueblos que se queman, naciones que se aniquilan, corazones que se agotan lacerados por el infortunio; hoy es allá, mañana será aquí, pasado será acullá, pero eso no es óbice. Traigamos armamentos, fortifiquemos, hagamos severa la disciplina, castigo con el que quiera explicarse tal fenómeno, y no importa que las protestas del cariño se redoblen, mientras el pueblo siga creyendo, mientras el pueblo haga lo que se le manda, mientras el pueblo no sepa distinguir lo bueno de lo malo, chupémosle la sangre, arrebatémosle lo que nos puede servir. Si algún día despierta, qué nos importa, lo esencial es que nosotros, a fuer de filántropos y patriotas

vayamos, como la gangrena progresando a costa de su salud.

Hoy Chile reniega porque el hambre lo muerde, maldice al Emperador, al Zar y al Presidente porque la guerra los hace purgar faltas que no cometieron, ojalá que mañana, cuando una Cámara decrete la ruptura de relaciones con otro país sepa hacer lo que los pueblos escandinavos: ir a la frontera a hacer una romería entre ambos ejércitos, y obligar a sus reyes a que se batiesen a palos.

De las deduciones lójicas

Daniel Antuñano
1ª quincena de marzo de 1915

La paz por la guerra y la guerra por la paz

Así como ha habido hombres que han luchado la mayor parte de su vida por la libertad, ha habido también los que han luchado otro tanto por la paz. Esto nos hace pensar que algún día será un hecho la armonía entre los hombres e implícitamente está comprobado.

A pesar de los trastornos pasados y presentes que ha sufrido y sufre la humanidad, es evidente que nuestra especie puede vanagloriarse de haber llegado a desarrollar tanto la inteligencia, cuanto hoy podemos hacer uso de ella. No en otra forma hubiéramos llegado al resultado actual; todo ha contribuido: guerras, cuya ferocidad indómita no puede ser narrada, porque el lenguaje imaginado nunca alcanza las proporciones de los hechos; oligarquías, cuya tradición repugna al sentimiento cultivado; contrastes avasalladores, nacidos en los conceptos de organismos predadores que jamás soñados fueron con horror sufridos y siempre, y más que todo, los armónicos contornos, aunque fugaces de aquellos que prometieron justicia y fidelidad para poder ser pastores.

Cuántos huérfanos de tamiz necesario por el cual han de pasar los que no defraudaron aspiraciones ajenas, han comprobado y demostrado a sus adoradores la sutil propiedad del medio ambiente que pulula, viaja y torna allá en el arcano donde aún el microscopio no ha hecho más que presentir.

Al fin, las evoluciones del mundo orgánico son tales que bien puede abortar lo mui deseado y jamás conseguido, en gracia a lo cual no nos debemos cansar ni perder la esperanza.

Agatócles, siendo tirano de Siracusa, proclamó la abolición de las deudas y la repartición de la tierra en partes iguales entre ricos y pobres.

¡Ay! Pero, si queréis saber de lo que son capaces los hombres, privaos de vuestra libertad y concedédsela a ellos incondicionalmente. Entonces, y solo

entonces, sabréis cómo rebota y serpentea el instinto convertido en pasión.

Hai ojos que ven mucho en el presente y poco en el pasado y el futuro, otros que son su antítesis; el Emperador y el profeta nos dicen de esto, pero cuantos ignorantes no se han contado y se cuentan dentro de este círculo.

¿La paz? sí, empuñemos las armas en nombre (de) ella y *combatamos* siempre por sostenerla; impongamos un rito, fabricado de antemano en nuestra mesa y luego, quieras que no, sométete a él.

¿Qué vive en paz conforme a ritos que, fluctuando allá en Babilonia, fueron a sentar sus reales a millares de kilómetros de donde yo estaba? Pues la guerra será con vosotros.

Hasta hoi, ha sido necesario que la paz sea una mercancía monopolizada y cotizable por los ritualistas.

¿La libertad? ya lo creo; sin ella el concepto de la vida es pésimo; sin ella solo la muerte tiene perspectivas halagadoras, es el único *fiat* al alcance de los mortales. ¡Cuánta sangre no ha sido vertida en holocausto de la libertad! Sin embargo cuánta envidia malsana, cuánta hiel nos hace paladear, el espectáculo de que algunos sean más libres que nosotros.

La libertad, tantas veces proclamada, jamás duró más de un día. El día de la hoguera y la orgía, en el cual un César se convertía en pasto con sus cruces, derrotado por otro César que al día siguiente, fustigando los lomos del pueblo, preparaba su caída, propiciando otro grito de –Viva la libertad– y así sucesivamente.

La Paz y la Libertad, en tanto penda, como la felicidad de Adán y Eva, del *árbol del huerto*, será un mito irrealizable.

La Libertad y la Paz reinarán donde el amor sea recíproco. La educación que nos han legado nuestros abuelos es de odio y no de amor; es necesario desterrar este factor que anida en nosotros; es necesario decir y hacer como dicen los chinos: busquemos el mal hallémosle y extirpémosle.

La guerra siempre trajo la paz propenza la guerra. La libertad de los libertadores siempre trajo el estancamiento en la fe. Felizmente, gracias a esos frecuentes desengaños, la humanidad ha abierto mejores brechas.

Preliminares del amor

Daniel Antuñano
1ª quincena de abril de 1915

Para decir algo de la mujer, hay alguien que la llama "Anjel"; tal vez el mismo que no desdeña en aminorar sus ternuras. Tales son los casos que hay que desoir las manifestaciones de agrado de los hombres y concretarse por entero a los hechos, los cuales tienen una elocuencia superior que las palabras no logran desdecir.

Quien dijo que "el hombre se le había estudiar en su casa" sentó un axioma; el hombre en su hogar puede como el tirano desde su asiento desarrollar su actividad de compañero y padre con entera libertad, y sus actos son justos o arbitrarios, de ahí se deducirá el concepto que encierra en sí.

No es de caracteres pueriles o extraviados formar un hogar libre, es decir, donde la mujer y el hombre gocen de su voluntad sin que el compañero ponga obstáculo o se disguste; es necesario tener alma y corazón grandes, es necesario ser capaz, es necesario gozar de un concepto que sin inmutarse abarque el mundo con todas sus manifestaciones para que estas no vengan indirecta o directamente a constituirse en escollo para la tranquilidad. ¡Cuántos se han esquivado pensando que unidos a una mujer (no) serían capaces de sostener el equilibrio requerido para cimentar desde luego el altar del amor!

¡Cuántas mujeres han sufrido también decepciones por lo mismo! y es, que por desgracia pocos hombres conocen a las mujeres, y pocas mujeres conocen (a) los hombres.

Cuando pensamos en la mujer (y viceversa) tenemos derecho a procurarla conforme a nuestra necesidad de plenitud y si nuestro pensamiento es suficiente amplio para individuo del sexo opuesto indudablemente procuraremos que estas mismas necesidades queden satisfechas en él; esta base, fuera de los verdaderos casos raros en que por coincidencia

espontánea se encuentran dos seres afines, es la base de la tranquilidad para el hogar.

El egoísmo simple aconseja exijir al compañero tantas manifestaciones cuantas son necesarias a nuestros desvelos, olvidando tal vez originarnos contrariedades, las cuales dicho sea de paso suelen pasar desapercibidas, mas, originan cierta frialdad en la otra parte porque el amor requiere satisfacción constante y las molestias mutuas son falta de afinidad.

La miseria, la escasez, cuando esta ejerce presión tiránica en los individuos, suele significar el mástil del barco, sobre el cual se han de concretar las actividades, y suele bastar la afinidad de caracteres para que exista conformidad recíproca; más cuando se pone por mástil el corolario del amor; cuando las manifestaciones converjen a él limpias de influencias que provengan de fuera el radio que abarca los sentimientos, entonces, las miserias y todo el factor externo, no será suficiente para menguar, para debilitar el lazo tendido entre dos seres.

Mas, para fin tan hermoso, es necesario conocer ciertos preliminares como puntos de partida; ellos solos pueden hablarnos muy claro de las cualidades culminantes de aquellos en quienes fijamos las miradas y estos preliminares, en su parte más simple, significan el conocimiento de los instintos individuales, y luego la repercusión que tiene en estos individuos ciertas influencias esternas. Conocido esto, y de acuerdo con que es necesario satisfacer, para gozar de tranquilidad, todas las necesidades que experimentamos, la sorpresa, el imprevisto, no serán óbice para que el mutuo cariño continúe.

Alguien dirá que tales reticencias son un obstáculo para encontrar placeres ansiados, mas no se trata de placeres que es necesario satisfacer en una u otra forma, sino que lo necesario es encauzar por una misma pendiente las aspiraciones de dos, para lo cual es necesario que ambos tiendan particularmente a deslizarse por el mismo sitio.

Estos conocimientos amplían el horizonte, dan a la vida tal intensidad que sería imposible colocar un jalón en su límite pues solo el mezquino podría en tal caso, conocer hasta dónde llegan sus afectos.

El hogar libre, donde los individuos aspiran a un porvenir despejado de las brumas que la ignorancia sobre la sociología tiene puestas, no debe desconocer estas flaquezas de la condición orgánica, porque no es halagador

ser sorprendidos por desagrados que solo la imprevisión nos lo presenta contradictorios, lo cual llega a sumar el vasto conjunto de anormalidades que son suficiente a imprimir un carácter áspero y desagradable en aquellos que solo pensaron en un principio, unirse, tras lo cual, todo lo demás no merecía consideración.

De Valparaíso

DANIEL ANTUÑANO - S. LEJO PICA[1]
2ª quincena de abril de 1915.

Como flor tronchada en lo mejor de su existencia batalladora ha caído el que fué hasta ayer, Daniel Antuñano. Cayó destrozado al cruzar el paso a nivel de Caleta Abarca víctima de un tren que le despedazó las partes superiores del cuerpo. Debió ser un instante horrible aquel en que nuestro querido compañero Antuñano cruzó las vías del ferrocarril; un tren que llega a todo vapor lo detiene, lo hace retroceder; en ese momento, la figura monstruosa de otro tren aparece en sentido contrario y él, tal vez sin darse cuenta de lo pavoroso del minuto sigue retrocediendo... los trenes se cruzan... y la catástrofe se produce; desconcertante y aterradora. Tal ha sido el epílogo de una vida que desde muy jóven dedicó a la magna obra de redención social. En la flor de su juventud exuberante y llena de ensoñaciones, cuando su cerebro amplio y luminoso, equilibrado por un desarrollo racional y armónico de todo su ser, prometía dar nuevos y más bellos frutos, si cabe, al Ideal Libertario he ahí que cae víctima de un progreso nefasto. Modesto y franco con una grandeza de alma propia del luchador y del apóstol, en sus viajes de la ciudad de Lobos (Provincia de Buenos Aires) donde naciera hasta Panamá, todos los compañeros que tuvimos el placer de conocerlo en vida, hemos sentido verdaderamente la pérdida enorme que significa para la propaganda anarquista su desaparición inesperada y prematura.

Su carácter franco y abierto, sus escritos demoledores y su palabra clara y convincente hízolo peligroso al gobierno del Perú, durante su residencia, y fue deportado sin más formulismos que el antojo de la policía y de los capitalistas de ese país. No hacía mucho que se hallaba aquí nuevamente entre nosotros por lo tanto, y con un entusiasmo grande se apasionó por la enseñanza racionalista y dio impulso a la pequeña escuela racionalista que las entusiastas compañeras que integran la Agrupación “Defensa y Despertar de la Mujer” de Viña del Mar habiendo fundado bajo su hábil dirección ¡Entre adultos y niños de ambos sexos contaba la escuela ya con veinte

alumnos! Y las adhesiones continuaban...

Sin embargo y a pesar de comprender las dificultades con que se tropezará para hallar un nuevo Antuñano, esperamos que los compañeros y compañeras de Viña no se desanimen y prosigan en la bella y fecunda obra que él con tanto amor iniciara.

Será una prueba evidente y palpable del cariño y aceptación que se tiene a la noble y sana idea del maestro...

Un grupo de compañeros de Valparaíso al saber la fatal noticia nos reunimos al anochecer de ese día dirigiéndonos a Viña. Nuestra sorpresa fue grande al penetrar en el salón de la Federación Local y ver que en la mesa donde se hallaba posado el ataúd habían colocados varios candeleros con sus tradicionales velones encendidos al igual que si el nuestro no hubiera sido un compañero sino un inconsciente cualquiera. Despertándonos del abatimiento en que nos hallábamos sumidos, el compañero Oyarzún nos hizo comprender claramente la estupidez y rutina del velorio.

En efecto el compañero estaba en lo lógico por lo cual habló a los allí reunidos lo mismo que el compañero Agurto, el que suscribe y otros demostrando a todos los presentes, la inutilidad del ceremonial fetichista del velorio; en fin. Si bien es cierto que una veterana con su rosario, y dos o tres niñas más se fueron al parecer escandalizadas por el acto razonable que se iba a efectuar, no lo es menos que la inmensa mayoría de los concurrentes aprobaron tácitamente las razones de los compañeros que hicieron uso de la palabra en aquella emergencia. ¿Era posible tolerar una ofensa semejante hecha a un compañero tan hombre, tan desprejuiciado como lo fue Antuñano que pocos días antes de la catástrofe había estado de controversia con un socialista parlamentario de la localidad rebatiéndole victoriosamente sus teorías legalitarias con la rotunda afirmación de que: *todo hombre que fuera al parlamento diciendo ir para la defensa de los intereses del pueblo o era un pillo o era un tonto?*

A la noche siguiente, un numeroso grupo de compañeros de Valparaíso concurrimos al entierro de los despojos del ex compañero cuyo acto se realizó en el cementerio de Caleta Abarca. Las 8 P.M. eran cuando el largo cortejo de más de quinientos compañeros y compañeras se ponían en marcha, precedidos de antorchas un grupo de compañeros bien desprejuiciados formando en columna detrás del carro fúnebre entonaron

ante la admiración de los transeúntes las vibrantes estrofas de la Internacional y del Hijo del Pueblo, y otros himnos revolucionarios; luego ya en el cementerio comenzaron los discursos y entre compañeros y compañeras desfilaron por la tribuna unas diez o doce personas entre los cuales algunos hablaron de la necesidad imperiosa de proseguir bregando por la continuación de la obra racionalista en Viña del Mar. Tal vez con dicho propósito loable se organice muy en breve en este puerto una Liga Racionalista.

Sería una obra noble y digna que todas las personas conscientes deben recordar en bien de todos, puesto que entonces los hijos de los compañeros en vez de ser enviados a las embrutecedoras escuelas del Estado podrían concurrir a los pequeños embriones racionalistas que formaran una infancia desprejuiciada y libre. También se piensa fundar un Centro de Estudios Sociales cuya falta se nota entre los compañeros.

Además, para conmemorar la histórica fecha del 1º de Mayo la Federación Obrera Regional piensa dar una función y conferencia en la Unión de Sociedades sin contar el mitin, naturalmente.

¡Que la convicción nos acompañe a todos los compañeros, y entonces nuestra obra será fecunda!

VALPARAÍSO, 1, 4 DE 1915.

Notas

1 El nombre corresponde al anarquista argentino José Lejo Pica (ver nota 28).

Daniel Antuñano

Emilio Meza
2ª quincena de abril de 1915

Murió...murió trágicamente, destrozado por un tren. Un compañero me llevó la noticia adonde me encontraba trabajando.

Lo sentí mucho, muchísimo.

Fue mi grande y buen amigo allá por la alborada de nuestras vidas luchadoras y batallistas...

Le conocí en Santiago cuando recién llegaba de la Argentina y casi cuando también recién se consagraba por entero a esta magna labor de propagandista de un ideal de redención.

Hace de esto algunos años.

Por eso ahora, ido él, lector amigo, permíteme que te relate, no como un recuerdo ni como un elogio, sino como un ejemplo de vida y la obra de este gran hombre.

Fue, ante todo, Antuñano, un rebelde, un valiente, un combativo, un sublevado siempre.

Edificó con amor y fustigó con ira. Iras rojas, iras santas, iras sublimes.

Acción e idea. Luz que alumbra y hacha que destruye.

Eso era.

Demoledor implacable de rutinas y prejuicios, sembró con dulzura ideas y amor en muchas flores que mañana darán al mundo su perfume sulvariso...

Era uno de esos cerebros de luz que pasan por la vida, como un astro luminoso alumbrando la noche de la ignorancia en la conciencia de los hombres y los pueblos.

Su muerte ha sido como un escupitajo de sombra lanzado a la bella luz de una preciosa existencia. De una existencia consagrada por completo al servicio de una tan noble causa.

La Parca, inexorable y fatal, ha venido a tronchar en pleno florecimiento

intelectual, una inteligencia hermosa, una actividad y una energía bien difícil de igualar, en estos tiempos de apatia y vacilaciones.

Nos ha arrebatado en mitad del camino, en plena jornada, cuando aun no había visto coronada con la aureola del éxito la más bella aspiración de la vida: ese vergel de educación racionalista que con tan risueñas y halagadoras perspectivas había fundado.

Grande es, para el proletariado, su pérdida; pero no menos grande es su obra.

Y si bien es cierto que cuanto realizó no fue siquiera una ínfima parte de su inmenso programa de labor, no es menos cierto tampoco que esa semilla exuberante que sembró a manos llenas en el corazón de los niños y de las mujeres de las cuales fue compañero y maestro durante su breve estadía en Viña del Mar, ha fructificado y fructificará todavía más abonada por el recuerdo de la ausencia de su precursor.

Los que le conocimos, los que admiramos sinceramente este gran luchador y las bellas cualidades morales e intelectuales que le adornaban, no podemos dejar de reconocer en este lamentable suceso la pérdida de un propagandista útil a nuestra causa, de un camarada leal y de un amigo sincero que por acordarse de todos se olvidó hasta de él mismo.

Y bien. ¿Se estancará por esto la propaganda? ¿Nos sumiremos nuevamente en nuestra habitual apatía? ¿Volveremos, después de haber asomado la cabeza un poquito para mirar hacia el futuro, a cubrírnosla con el estúpido ropaje de la indiferencia?

No; aun quedan un puñado de muchachos que comulgan con sus ideas y que, por sobre obstáculos y prejuicios, van sitibundos de amor y de justicia, con las pupilas cuajadas de infinito, a la conquista de el Porvenir zahareño, de ese porvenir tan lejano, tan imposible, pero tan nuestro...!

Ahí van Ashaverus de ensueño, camino de la Anarquía!

Paso a los conquistadores!

¡Salud!

Nota: No es un panegírico necrológico, ni siquiera un elogiástico artículo “in memorian”. Ni el muerto lo necesita ni la pluma gusta en prodigarlos. Es una impresión sincera de la admiración que me merecen el talento y el alma de este magno luchador. El único, acaso, por lo menos en esta tierra de mercantilismo y renunciaciones, que merecía, como alguien ha dicho, el bello y dulce nombre de

ANARQUISTA.- E.M.

Lecciones de un carpintero solitario y de un orador errante

Jorge Guerra Carreño

> *¿Qué es el anarquismo, qué es la anarquía?, tal vez nada más que un deseo, como el de la muerte o como el del cielo, quién sabe si nunca será una realidad, aunque puede llegar a serla. ¿No has visto a Wagner?, mientras jugamos o nos bañamos va hacia las rocas, se sienta, pone una mano tras una de sus orejas y canta, tiene la voz muy suave, ¿qué siente al cantar así, en soledad, sin que nadie lo oiga porque no quiere que nadie lo oiga?, desciende de alemanes y ha trabajado en Collahuasi, tiene el torso como de toro, es muy fuerte; morirá de repente, sin embargo: tiene malo el corazón y él lo sabe y morirá pronto y va hacia las rocas, se sienta, pone una mano detrás de la oreja y canta con voz muy dulce. Debe llegar un instante en que la dulzura de su voz se encuentre, dentro de él, con el deseo de libertad y tal vez de amor que sale del corazón humano, por enfermo que sea y a veces por eso mismo, y eso será lo que busca y eso o algo como eso debe ser el anarquismo. Yo lo siento, pero no puedo decirlo bien.*
>
> Manuel Rojas. *Sombras contra el muro*

Con dieciséis años casi recién cumplidos, el futuro escritor Manuel Rojas, luego de una travesía de cuatro días desde Mendoza, logra cruzar la Cordillera de los Andes y llega a Santiago la noche del lunes 29 de abril de 1912. Junto a la alternancia de palacetes neoclásicos y polvorientas casonas de adobe y teja, bajo la hilera de árboles y faroles a gas encendidos de la Alameda de las Delicias, se encamina hasta la calle Brasil. Lo acompaña un compañero de faenas cordilleranas de apellido Laguna, de quien se despide con un apretón de manos, pensando que algún día se volverían a encontrar. Pero esto no llegará a ocurrir y, tiempo después, Laguna quedaría inmortalizado en uno de los cuentos iniciales del narrador.[1]

La noche del 25 de abril de ese año Rojas había iniciado una caminata desde Mendoza con la intención de quedarse en Las Leñas, estación del ferrocarril trasandino ubicada en la Cordillera a unos 3.400 metros de altura. Lo acompañan Laureano Carvajal y Luis Toledo, dos anarquistas chilenos, miembros de la Sociedad de Resistencia de Oficios Varios, que volvían a Chile. Cubriendo algunos tramos escondidos en vagones de carga y otros a pie, llegan, la tarde del 27 de abril, a un campamento de faena levantado entre Puente del Inca y Las Cuevas. Ahí Rojas se reencuentra con Laguna, a

quien había conocido poco tiempo atrás trabajando como peón del ferrocarril. Carvajal lo convence de que sigan hasta Chile y al grupo se suma Laguna, que finalmente llega con Rojas a Santiago, habiendo tomado el tren en Los Andes. Los anarquistas se quedarían en esta ciudad cordillerana.

Luego de despedirse de su compañero, Rojas se dirige a un conventillo de la misma calle Brasil, entre Andes y Mapocho, donde en una pieza viven dos anarquistas que ofician de peluqueros: Teodoro Brown Suárez (1891-?) y Víctor Manuel Garrido Gutiérrez (1897-?). El local, ubicado en Andes N° 2009, era conocido como la "Peluquería del Pueblo".[2] En él se daban cita simpatizantes anarquistas para discutir sus ideas y planificar estrategias de acción. El 8 de noviembre de 1913 fue allanado por la policía en busca de explosivos y material subversivo que pudiera proporcionar pistas sobre los autores de los atentados perpetrados por esos días. En esa ocasión fueron aprehendidos los dos peluqueros y otro libertario de nombre Voltaire Argandoña Molina. Manuel Rojas logra escabullirse, pero es capturado días después, quedando dos días detenido.

Brown y Garrido habían sido hospedados en Mendoza por doña Dorotea Sepúlveda, madre del escritor, quien los había albergado por un tiempo cuando estos huían de Chile escapando de la justicia, empeñada en perseguir a los simpatizantes y miembros activos del anarquismo. Ambos peluqueros formaban parte de la Sociedad de Resistencia de Oficios Varios[3] y eran acusados de un atentado con explosivos en contra del Convento de las Carmelitas de la calle Independencia, hecho acontecido la noche del 21 de diciembre de 1911.

"Peluquería del pueblo", ubicada en la calle Andes n° 2009, entre Brasil y Martínez de Rozas. 1912.
Imagen publicada en el diario *La Mañana* del 2 de enero de 1912 bajo el título "La Sociedad de los Anarquistas". En el pie de foto se lee: "Vista de la casa que ocupa en la calle Andes 2009 la Sociedad de Resistencia de Oficios Varios, formada por algunos anarquistas y que fue allanada hace algunos días por disposición de la justicia".

Este fue el lugar de residencia de Manuel Rojas cuando recién llega a Santiago, desde Mendoza, a fines de abril de 1912.

Gentileza del Archivo Histórico *La Revuelta* - Región Chilena.

Continuaban así los vínculos del escritor con el mundo anarquista, con militantes de diversas posturas: desde individualistas hasta aquellos que promovían la acción directa y violenta contra las estructuras establecidas. Ya durante su estadía de casi dos años en Mendoza, Rojas se había relacionado y compartido oficios con libertarios chilenos y argentinos. Incluso el ideario ácrata, no sabemos si voluntariamente o producto del azar, formó parte de la atmósfera de su infancia en Buenos Aires y Rosario. Rojas pasó parte importante de su infancia en distintos barrios de estas ciudades, dos activos centros anarquistas de Argentina en esos años, y estuvo siempre en contacto con militantes revolucionarios. En Boedo, barrio del sur poniente de la capital argentina que el escritor recuerda con especial afecto, vivió en una casa de inquilinato ubicada en la calle Colombres N° 727, donde, en la habitación que daba a la calle, "vivía un sastre socialista que me enseñó a cantar la canción llamada *Hijos del Pueblo*" (Manuel Rojas, *Imágenes de Infancia y Adolescencia,* Zig Zag, 1983, página 52). A este sector de la ciudad había llegado un número importante de inmigrantes europeos que traían consigo ideas revolucionarias anarquistas y socialistas. En aquel barrio, identificado con el tango como expresión popular, residían varios libertarios y se reunían en locales del mismo lugar; incluso el tango, en sus orígenes, tuvo autores que militaron en esa corriente en forma permanente o esporádica.[4]

Casi 50 años más tarde Rojas señalaría:

> Tengo una formación ideológica socialista, más bien dicho, una formación anarquista, formación que no he dejado nunca, por más que las circunstancias de la vida y de mi vida me hayan reducido al solitario trabajo de escritor.[5]

Dos días después de ese reencuentro con Brown y Garrido en el conventillo de la calle Brasil, se realizó en Santiago una multitudinaria conmemoración del Día de los Trabajadores. En la exitosa convocatoria de ese 1 de mayo, que superó con creces a la del año anterior, tuvo una activa participación la Sociedad de Resistencia ya mencionada y, por la cercanía de Rojas con los peluqueros anarquistas, es muy probable que éste se haya

sumado al grupo de obreros que recorrió el centro de la ciudad, desfiló por la Alameda y llegó finalmente a la plazuela de la Recoleta a escuchar la arenga de los líderes. En los estandartes y pancartas que portaban se leía: “Sin Dios ni Amo”, “El Ejército es la Escuela del Crimen”, “Protección a la Infancia”, “Instrucción a la Mujer”, etc. Pocos días después la revista *Zig Zag* publicó varias fotos donde se apreciaba a los manifestantes agrupados en torno a los letreros con las consignas citadas.

Se sabe que tanto Brown[6] como Garrido hicieron uso de la palabra sumándose como oradores de ese acto. En un extenso monólogo de su novela *Mejor que el vino,* Rojas recuerda:

> En estos nueve años han sucedido algunas cosas [el narrador se ubica temporalmente en 1921], así como sucedieron en los nueve años anteriores. ¿Qué irá a pasar en los nueve años que vienen? En los míos hubo una guerra mundial y se desarrolló un arte, el cinematógrafo; desapareció un imperio, el ruso, y en su reemplazo nació una república llamada de los trabajadores… Siempre hay gente pobre, tuberculosis, niños que mueren de hambre, conventillos, tifus exantemático y tifus abdominal… Hay gente, claro está, que pelea por los pobres y contra la tuberculosis… En esta pelea se metieron algunos buenos tipos, unos allá, otros acá, y casi todos sin ponerse de acuerdo, … ¿Quién fue el primero? ¿Qué importa? Ingenuos o sistematizados, soñadores o de acción, realistas o románticos, líricos o terroristas, encontraron un terreno riquísimo; los hombres formaron grupos, células, federaciones, hasta una Internacional, sin olvidar a los que se fueron al campo a vivir según algunas de esas doctrinas [7]Ocurrieron cosas divertidas, cosas desagradables y cosas trágicas… y en algunas partes la sangre llegó al río y a veces lo llenó. Fueron asesinados, de frente o por la espalda, colgados de horcas o deshechos por las bombas, reyes, presidentes, príncipes, zares, trabajadores, escritores, hombres y mujeres. Por su parte, los revolucionarios se pelearon entre sí. Y la pelea sigue, entre ellos y contra los demás. La lucha no ha hecho más que empezar; siempre está recién empezando.[8]

Tras este panorama de los cambios sociales sucedidos en las primeras décadas del siglo XX, Rojas encauza la mirada a su propia participación en acciones que promovían aquellos cambios:

> Estuve en ella [en la lucha]. Escribí terribles proclamas y amenacé con volar con dinamita la ciudad si el gobierno de Chile no ponía en libertad a un carpintero anarquista, amigo mío. No lo pusieron en libertad; al contrario: tomaron presos a otros más, entre ellos a mí, que no conocía la dinamita más que de nombre y que le tengo terror a los sonidos demasiados fuertes. Estuve preso y me llené de piojos y de sarna. Una vez, para un “Primero de Mayo”, desfilé con un estandarte en que se leía: “El Ejército es la escuela del crimen”. Pero tenía otra cosa adentro, algo que, a pesar de estar metido dentro de aquello o tener que ver algo con aquello, necesitaba, para surgir, experiencia y reposo. Tenía, además, que ganarme la vida, comer, subsistir, y esto me

llevaba de allá para acá y entre esto y lo otro me separaron de los demás.[9]

Manuel Rojas llegaba a una ciudad contrastada. Un Santiago donde crecía vertiginosamente una población que vivía en la pobreza y se incrementaba la migración del campo invadiendo una ciudad incapaz de resolver la demanda por vivienda, situación que era ocultada, o discretamente mencionada, por quienes tomaban las decisiones políticas y sociales del país. La mayor parte de los hombres públicos no demostraba voluntad para resolver lo que se llamaría la Cuestión Social, concepto que identificó a la dramática condición de pobreza que afectaba a miles de chilenos que se volcaban a la capital en busca de trabajo. Esta situación iría creciendo con afluentes como la cesantía del salitre, que traería, desde el norte y de vuelta a la capital y a otras ciudades, a numerosos obreros cargando sobre sus hombros, ya no sacos de caliche, sino el peso de sus hambrientas y desamparadas familias. Este proceso culminaría en 1920, cuando el presidente Arturo Alessandri Palma cierra el periodo de la República Parlamentaria, marcadamente oligárquica, y abre nuevas expectativas a una masa obrera disconforme apoyada, entre otros, por un sector no menor de estudiantes sensibilizados con la situación social que se vivía.

Para 1912 se estimaba que unas cien mil personas, aproximadamente un cuarto de la población total de Santiago, vivían en conventillos con un promedio de tres habitantes por pieza, y que, en muchos casos, llegaba a diez. Con ello se elevaron los niveles de enfermedades, analfabetismo, desnutrición, alcoholismo y mortalidad infantil,[10] fortaleciendo el descontento y la agitación popular, que buscaba contrarrestar esa desmejorada y crítica situación.

Ese año Santiago tuvo además un invierno inclemente acrecentado por una gran nevazón que, a fines de junio, cubrió los campos desde el valle central al Sur. El frío extremo se trasformaba, una vez más, en un cruel enemigo de la pobreza.

1 de Mayo, Santiago, 1912. La imagen muestra parte de los asistentes a la manifestación, algunos de ellos agrupados junto a un estandarte donde se lee: "¡Abajo el servicio militar obligatorio! El ejército es la escuela del crimen. Protestamos de todas las masacres mundiales cometidas por las autoridades"
En la parte superior de la foto se puede ver a la policía montada que vigila de cerca a los manifestantes.
Revista *Zig Zag*, N° 377, Santiago, 11 de mayo de 1912.

Por esos días, la indiferencia del poder hacia los obreros quedaría en evidencia en la explosión de un polvorín en Sewell, cercano a cocinerías y lugares de reunión de los mineros, que costó la vida a más de cuarenta trabajadores. El reconocimiento de la gravedad de lo acontecido por parte de las autoridades fue tardío y negligente.

Este ambiente adverso a los más necesitados seguramente ayudó a exacerbar el ánimo de rencor del joven carpintero anarquista Efraín Plaza Olmedo, quien protagoniza un trágico hecho la tarde del sábado 13 de julio de 1912 en la calle Huérfanos, pleno centro de Santiago. Esa tarde Plaza Olmedo dispara a los transeúntes, hiriendo de muerte a dos jóvenes. Al ser interrogado explica su acción por el odio que siente hacia la burguesía por el abuso de ésta a la clase obrera.

En los interrogatorios siguientes a su detención declara que el revólver usado lo habría adquirido con el propósito de matar al Presidente Pedro Montt y a algunos jefes militares involucrados en la matanza ocurrida en la Escuela Santa María de Iquique en 1907. Ninguno de esos objetivos los cumplió; Montt moriría en Europa el año del Centenario. Tras un largo juicio, es encarcelado hasta ser beneficiado por un indulto en 1925. Poco tiempo después muere en circunstancias nunca esclarecidas.

Manuel Rojas narra este periodo de su vida especialmente en la novela *Sombras contra el muro*[11] obra que, junto a *Hijo de Ladrón*, *Mejor que el vino* y *La oscura vida radiante*, integra la tetralogía novelística rojiana

fundamental. Como es sabido, en estas cuatro novelas el autor presenta y construye al protagonista Aniceto Hevia con los rasgos sicológicos de su propia personalidad y le confiere una vida donde muchos de los acontecimientos y personajes pertenecen a su propia existencia. Según el mismo Rojas, *Sombras contra el muro* corresponde al periodo de la *formación política, mental y social del personaje*[12] que se completará más tarde en *La oscura vida radiante.*

Estos rasgos autobiográficos de sus novelas y cuentos son de amplio cono-cimiento en el mundo literario y, aunque el límite entre lo ficcionado y lo real es difuso, no hay que perder de vista que se trata de relatos literarios, no crónicas ni documentos históricos. Sin embargo, el cruce de estos escritos con las propias aclaraciones del autor y la documentación historiográfica reciente nos han permitido precisar con nitidez aquellos retratos de personajes reales, aclarar el tipo de (no militancia del autor y las consecuencias que conllevó para su formación ideológica y política).

En sus páginas encontramos un certero relato de aquella agitación anarquista post centenario:

> ...se encontró cara a cara con el anarquismo, el ideal y el sueño de los hombres, sin gobierno, sin religión, sin ejército, sin policía, el apoyo mutuo, la conquista del pan, así hablaba Zaratustra, la sociedad futura, oh hermano, antes que esclavo prefiere morir... muchos eran tipógrafos o profesores o carpinteros, ¿por qué no?, sí, ¿por qué no?, el ser humano, la mujer, el niño, ni más arriba ni más abajo, iguales siempre, el primero entre sus iguales: ¿cómo hacerlo?, ¿cómo llegar a ello?, no hay más que un medio: la revolución, sí, la Revolución, la huelga general, la Grande, abolición de la propiedad, socialización de los medios de producción, el amor libre, el libre acuerdo, parecía un sueño, tal vez o seguramente era un sueño, pero quién sabe si alguna vez todo fue un sueño y todo fue, no obstante, realizado o se realizará... lo esencial era trabajar para realizarlo, pronto, mientras más pronto mejor, organicemos sindicatos, internacionales, confederaciones, coopere, compañero, hay que publicar un periódico, una hoja, cualquier cosa, "La Protesta", "Avanti", "La Batalla", "El Libertario", "Freedom", "La Bandera Roja", hay que ayudar a los huelguistas del calzado, se murió el compañero Rodríguez, coopere, compañero, hay que ayudar a la familia del camarada, necesitamos dinero, dinero, dinero, ¿de dónde sacar más dinero?, pero el anarquismo no significa beneficencia, sí, pero mientras llega la revolución hay que ayudar, ayudar... (SCM, pp. 27 y 28).

Solidaridad y participación activa. Cocinerías de Avenida Matta, reuniones en el Centro de Estudios Sociales Francisco Ferrer, Tocornal 683. Cuchilleros nocturnos: el Loica, el Cheto, el Coipo e innumerables conventillos del barrio Mapocho. Prostitutas tristes y miserables;

agrupaciones de panaderos, zapateros y tipógrafos; oficios temporales para sobrevivir: pintor de carruajes, tranvías y casas, consueta y aprendiz de actor en teatros de obreros, estreno de los primeros dramas campesinos de Acevedo Hernández. Incansables lecturas y encendidos escritos iniciales para *La Batalla* de Santiago y *La Protesta* de Buenos Aires, algunas incursiones poéticas; mítines solidarios en la Alameda. Testigo de reuniones clandestinas que promueven la *acción directa*: preparación de explosivos, allanamientos y detenciones por sospecha. Todo esto formó parte de la vida del Manuel Rojas de aquellos días.

Encarnándose en el joven Aniceto Hevia, Manuel Rojas expone su propia idea del anarquismo, con rasgos de ingenuidad e incluso de humor:

> ...Aniceto tiene del anarquismo una idea casi poética: es un ideal, algo que uno quisiese que sucediera o existiera, un mundo en que todo fuese de todos, en que no existiese propiedad privada de la tierra ni de los bienes; por eso lo primero que hay que hacer cuando llegue la revolución es quemar el Registro de Bienes Raíces; en que el amor sea libre, no limitado por leyes; sin policía, porque no será necesaria; sin ejército porque no habrá guerras; destruyendo la propiedad se acaban las guerras; sin iglesias, porque el amor entre los seres humanos habrá ya efectivamente nacido y todos seremos uno (SCM, p. 188).

Numerosos son los seres de aquellos años en la vida del escritor y, como se ha dicho, muchos de esos hombres y mujeres forman parte de las novelas mencionadas. La historiografía social reciente ha permitido que algunos de esos protagonistas sean arrancados de la ficción y surjan como actores reales de acontecimientos que permanecieron ocultos o subestimados por muchos años. En este sentido se destaca el camino revisionista que abre Gabriel Salazar en busca de la reconstrucción del proyecto político popular y, sobre todo, el trabajo de autores como Alberto Harambour, Luis Vitale, Peter DeShazo, Eduardo Godoy y especialmente Sergio Grez Toso, con su completo y minucioso libro *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de "la Idea" en Chile 1893-1915,* que nos han permitido comprobar que seres novelados por Rojas existieron efectivamente y, lo que es más notable, nos ha permitido confirmar y comprobar que el autor fue testigo y, en muchos casos, protagonista directo de hechos que constituyen la "otra historia" de esa época. Numerosos pasajes de *Sombras contra el muro* aparecen entonces como una "historia novelada", de esa época. Al respecto el ensayista Grínor Rojo es categórico*:* "Es el ideal anarquista nacional y mundial, cuya presencia alguna vez entre nosotros, *Sombras contra el muro*

registra más y mejor de lo que ninguna otra novela chilena lo ha hecho jamás".[13]

La posición al margen del sistema y de las instituciones oficiales de la mayoría de estos personajes restringe la información que de ellos podemos tener y es frecuente que solo se obtengan datos fragmentados de sus vidas a través de testimonios de ellos mismos o de testigos cercanos. Aun más escaso es contar con retratos, fotográficos o pictóricos, que ilustren sobre sus rasgos físicos. Por eso el relato de Rojas, que se detiene muchas veces en una fiel descripción física y sicológica, se constituye en un aporte decisivo que ayuda a completar el conocimiento de aquellos libertarios.

Velorio del angelito, ca. 1939, de Arturo Gordon (1883-1944), figura destacada de la llamada Generación del 13. Óleo sobre tela, 45 x 56 cms. Colección Patrimonial del Museo Nacional de Bellas Artes, Chile.

Sergio Grez distingue a los activistas de la corriente libertaria entre *propagandistas* y *difusores,* clasificación que recoge del historiador argentino Juan Suriano,[14] y señala que la frontera entre estos grupos y los simples militantes era algo difusa. Sin embargo esta distinción nos permite entender los roles y comportamientos de varios centenares de libertarios que se movían en torno a mitines, sociedades de resistencia, reuniones, charlas instructivas, conspiraciones y prensa clandestina.

Los *propagandistas* compensaban su escasa formación intelectual con una activa participación en las movilizaciones, fueran éstas actos públicos o conflictos laborales. Este grupo, de gran convicción doctrinaria, lo integraban panaderos, albañiles, tipógrafos, zapateros, peluqueros, carpinteros, etc. La modalidad laboral de los trabajadores independientes, al margen de salarios fijos y órdenes de patrones, hacía que zapateros y

carpinteros fueran los más numerosos y participativos. En un discursivo repaso a su oficio, el peluquero Brown señala: "...soy el dueño de mi boliche; en consecuencia, nadie me explota; no tengo oficiales, o sea, no exploto a nadie; nadie me manda y trabajo las horas que quiero; es casi el anarquismo..." (SCM, p. 42).

Por su parte los *difusores* se ubicaban por sobre los anteriores y se hacían cargo de motivar a los militantes a través de la exposición del ideario en periódicos, donde figuraban como colaboradores y organizaban actividades proselitistas como veladas culturales. Muchos de ellos tenían una especial vocación por la enseñanza. Sus integrantes eran periodistas, maestros, escritores y, minoritariamente, trabajadores de oficios manuales. El grupo de *La Batalla*, encabezado por el carpintero catalán Moisés Pascual Prat, es reconocido como uno de los más sólidos intelectualmente y logró hacer perdurar el periódico quincenal desde fines de 1912 hasta comienzos de 1916. En él participaron nombres como José Domingo Gómez Rojas (*Frai Chicote*), Sady Zañartu, José Santos González Vera y, como se ha dicho, el propio Manuel Rojas (*Tremalk Naik, Manuel F. Rojas* y *MR*). En este segmento anarquista encontramos la mayor parte de la militancia extranjera, como los argentinos Inocencio Pellegrini y José L. Pica o el español José Clota.[15]

Entre las actividades que reforzaban la difusión de los postulados libertarios, los paseos campestres o pícnics eran promovidos como una forma de distracción ilustrada, disfrute de la naturaleza y vida sana. Muy tempranamente en Buenos Aires, alrededor de 1907, Manuel Rojas parece haber participado de uno de estos paseos. En su breve estadía en el Barrio de Las Ranas, considerado el primer asentamiento marginal de esa capital, un obrero de la talabartería en la que Rojas trabaja temporalmente organiza un paseo a la Isla Maciel (*Manuel Rojas.* "Infancia en el Barrio de las Ranas". Diario *La Opinión*, Buenos Aires, 19 diciembre de 1971). Este lugar de recreación, situado en la ribera sur del Riachuelo, era disfrutado por una gama muy amplia de la sociedad bonaerense, especialmente los fines de semana. Suriano señala que este lugar, por su amplitud, era uno de los más concurridos por los ácratas de esa época, por lo tanto, si bien Rojas no describe el evento como una actividad libertaria, perfectamente podría tratarse de eso.[16]

Harambour plantea que no existía una homogeneidad ideológica, ni en las posturas de los libertarios y ni en su praxis. Los diversos matices de las ideas que confesaban sus militantes dejaban al descubierto un variado espectro con no pocos significados equívocos. Estaban los que entendían la acción directa como rechazo a la intervención estatal y otros para los cuales significaba violencia individual o colectiva; los que justificaban y promovían el sabotaje y los que lo consideraban un *delito* y aceptaban la comunidad de intereses entre patrones y obreros.[17]

Esta multiplicidad de opiniones nos licencia para hablar no de *anarquismo,* sino más bien de *anarquismos,* al menos en los años del Centenario; de individuos que adhieren, identificándose de distinta manera, con ciertas posturas que iban en pro de una sociedad futura exenta de propiedad individual, igualitaria entre hombres y mujeres; sin guerras ni religión.

Este heterogéneo panorama de militantes es narrado por Rojas en una conversación entre Aniceto Hevia y Teodoro Brown. Después de que el peluquero reconoce que entre los anarquistas se confunden e infiltran individuos con intenciones ajenas a la militancia, ladrones o estafadores, simuladores o aprovechadores, describe el perfil mayoritario del anarquista:

> ...La mayoría de los anarquistas son gente de buena fe; pueden ser tontos o pueden ser ingenuos, pero tienen buena fe; algunos son muy ignorantes: no conocen más que dos o tres palabras y en eso basan todo, libertad, solidaridad, todos para uno y uno para todos, pero trabajan, se las machucan de algún modo, principalmente como obreros; los intelectuales no duran; estudian una carrera y se los come; tienen que formarse... (SCM, pp. 143 y 144)

De entre todos aquellos individuos quiero destacar dos figuras de origen y vocación diversa. Con ambos Manuel Rojas entabló una relación directa y dejó un testimonio que nos permite reconstruir y completar aspectos de sus personalidades y salvar ciertos vacíos del relato histórico. Uno es el carpintero chileno Ernesto Serrano Saavedra, con una militancia más cercana a los *propagandistas,* y el otro, el argentino Daniel Antuñano, identificado más bien con los llamados *difusores.*

Un carpintero triste y solitario

No es posible establecer con exactitud el origen de Ernesto Serrano Saavedra. Por algunos escasos antecedentes puedo suponer que llegó de

Valparaíso a Santiago con el propósito de instalar un taller de carpintería junto a dos o tres ayudantes, actividad que habría desarrollado anteriormente en el puerto. Sobre este carpintero, Manuel Rojas escribe:

> [Aniceto Hevia] Miró a Serrano y advirtió que Serrano tenía también un aire solitario y triste... Moreno, bajo, bien vestido, tocado con un curioso sombrero que le daba aire de lo que no era, pues era un 'carpintero mueblista' y parecía un 'comerciante' acomodado... Tenía una hermosa y seria cara, una cara de finos rasgos, aunque una cara triste, casi sombría...
>
> Ambos frecuentaban el mismo centro de estudios sociales... Parecía un hombre que no tuviese íntimos, que viviera solo, aunque Aniceto sabía que era casado y tenía un hijo; lo que no tenía era amigos... (SCM, pp. 73 y 74).

La mujer de Serrano era Hortensia Quinio,[18] quien en la novela aparece con el nombre de Blanca y con solo un hijo, aunque realmente eran dos los hijos de la pareja e incluso, a la muerte de Serrano, su mujer esperaba un tercero.

Rojas insiste en la condición triste y solitaria de Serrano, tristeza y soledad cuyo origen se devela más adelante:

> –A usted le pasa algo –dijo. Después, viendo que Aniceto callaba, agregó–: A mí también.
> –A usted le pasa algo siempre –afirmó Aniceto.
> –Tal vez –aceptó Serrano–. ¿Ha notado algo?
> –Sí –aseguró Aniceto–. Lo encuentro un hombre triste. Además siempre lo veo solo.
> –Es la pura verdad...
> Después Serrano volvió a hablar:
> –¿Sabe por qué? No, ¿no es cierto? Se lo voy a contar. Hay un grupo de compañeros que me cree soplón. Digo compañeros por decir algo. Un traidor. No tengo cómo demostrar que no lo soy. Peor aún: las cosas que hago me hacen aparecer más sospechoso... (SCM, p. 75).

En el relato se describe cómo durante un mítin, poco antes de este encuentro con Aniceto, Serrano le había arrebatado a un policía un compañero anarquista que llevaba detenido. El policía, desconcertado, no opuso resistencia, motivando la suspicacia de los que allí se encontraban. Serrano continúa develando el origen de su aislamiento:

> –Hace años dirigí una huelga en Valparaíso y la huelga se perdió. Era una gran mueblería y yo era uno de los maestros. Duró meses y la gallada sufrió bastante. Por fin, tuvo que volver a trabajar. Yo tenía un tallercito en mi casa y me defendí más o menos. Todo eso hizo sospechar a esos compañeros que había recibido una coima y que gracias a esa coima me había ido para arriba. ¿Comprende? ¿Cómo podía, cómo podría demostrar a esos crestones que eso no era ni es cierto? Los odio y ellos me odian; hablan de mí y cuentan mentiras y son muchos ya los que por lo menos me tienen de sospechoso... no he dejado de ser un obrero revolucionario, pero, a pesar de todo, ya me ve: solo como un perro. ¿Qué puedo hacer? (SCM, pp.75 y 76).

Ernesto Serrano muere la madrugada del lunes 23 de junio de 1913 en el hospital San Juan de Dios, víctima aparentemente de una insuficiencia cardíaca. Ahí había logrado ingresar gracias a la insistencia de quienes lo socorrieron. Dice Rojas: "Miró por última vez el rostro de su compañera que lo acompañó en horas de tristeza y de alegría…"[19] y, con ciertas licencias literarias, relata los momentos de su muerte y velatorio:

> …Serrano se sintió mal durante una reunión y pidió que lo llevaran a su casa, y los camaradas, en vez de trasladarlo a la Asistencia Pública, llegaron con él a su casa de la cité Santa Margarita, en donde entre el llanto de la mujer y la escasa ayuda que podían prestarle los dos carpinteros que lo llevaron, pasó la noche. Uno de ellos fue a la Asistencia Pública y vino un médico y aconsejó no moverlo y que se le pusieran unas inyecciones que recetó. El mismo camarada que fue a la Asistencia Pública se encargó de ir a buscar las inyecciones; cuando volvió, una hora más tarde, Serrano estaba muerto. "Dijo el médico que era del corazón", dice Blanca cada cierto rato, cuando alguien recién llegado se lo pregunta, y a medida que la frase es repetida va perdiendo su interés y su emoción… (SCM, pp.136 y 137).

La narración continúa dando cuenta de ciertos momentos de tensión:

> Otro hombre entra y con él un vaho de licor, de seguro aguardiente, no desagradable, sin embargo, y su entrada produce una especie de sobresalto entre los anarquistas y simpatizantes amigos de Serrano que allí se hallan: es el compañero Prado, uno de los jefes del grupo que tildaba a Serrano de soplón… Da la mano a Blanca.
> –La acompaño en el sentimiento… –dice, y se detiene, sin saber qué tratamiento dar a Blanca; por fin se resuelve–: compañera. ¿Puedo llamarla compañera, no es cierto?
>
> Ella, que recibe la mano del hombre entre las suyas como si se tratara de algo inerte, contesta en la misma inerte forma un "sí" tan débil que apenas se oye. Pero el hombre no la oye o no quiere oírla… Parece pensativo, quizás también sorprendido, ¿quién lo iba a pensar?, murió, nunca supimos y ya no sabremos la verdadera verdad, ¿eran habladurías, quién tuvo la culpa?, negro Serrano, te retiraste, te separaste de tus compañeros, ¿tuvo la culpa tu mujer?, ¿nos abandonaste por ella?, no te lo pidió, te agarró, ¿qué sacaste?…volviste cuando te llenaste, pero volviste marcado, nunca lo sabremos, te llamábamos soplón y echabas los bofes trabajando, nunca dejaste de trabajar, tu casa es como la de cualquier maestro carpintero… En el Puerto éramos jóvenes y tomábamos el sábado, seguíamos el domingo y el lunes amanecíamos duros y más tiesos que el trinquete de la "Esmeralda"… Cuando nos hicimos anarquistas no tomamos más, aguardiente por lo menos, únicamente vino, tú la cortaste para siempre, yo no… puchas, ñato, negro compañero del Puerto, ¿qué te pasó? Tan tieso y tan hombre y caíste…
> –¿Por qué habrá venido? –pregunta Voltaire, una vez en la calle–. Es uno de los peores cuchillos que tuvo Serrano.
> –Quién sabe –murmura Aniceto–; fueron muy compañeros y a lo mejor no lo odiaba tanto como él creía. Lo vi secarse una lágrima (SCM, pp.139 y 140).

El caso de Serrano sin duda deja una huella profunda en el joven Manuel

Rojas y es muy probable que él haya sido realmente uno de sus confidentes. Tras su muerte, motivado tal vez por esa impresión y como conocedor de la verdad, decide escribir una nota en el periódico *La Batalla* de la primera quincena de julio de 1913, reivindicando la figura del carpintero:

> Su muerte acaecida en la cama de un hospital pobre, fue para muchos una revelación. Serrano no era lo que pensaban muchos.
>
> Muchas veces, aun unos pocos días antes de morir, se dudaba de él.
>
> Y mucho antes también, en voz baja se le había llamado... ¿para qué decirlo? No importa. A pesar de eso él no había decaído en la lucha. Un deseo de ver la realización de sus ensueños revolucionarios. Y por eso, a pesar de muchos, siguió de frente. Impertérrito...
>
> Deja una compañera y dos hijos. Ellos quizás cuando sean grandes, levantarán la misma bandera que, sobre su cabeza de perseguido vagabundo del ideal, hizo ondear, al pregonar con todo el entusiasmo sincero de su corazón, el advenimiento de la Anarquía.
> Y por fin. El mejor recuerdo que de él podemos hacer es proseguir la obra que él empezó.
>
> Y basta.[20]

En el mismo ejemplar, Leonardo Vogel, otro colaborador del periódico, contradice una crónica anónima aparecida en el periódico anarquista *El Productor* donde se pone en duda la integridad moral de Serrano: "Fue el camarada Serrano –expresaba la nota– un ardiente y entusiasta propagandista de nuestras ideas, pero su obra se esterilizó por la enajenación de criterio que embarga a muchos de nuestros compañeros".[21] Con vehemencia Vogel replica:

Esto... es completamente erróneo: falso, vil, y por consiguiente, es absolutamente hostil a la verdad de los hechos. Y continúa: Le calumniaban los débiles, los medrosos, los eunucos del alma, los incurables enfermos del ánimo, esos miopes del espíritu, que no ven o no quieren ver más allá de las narices, y no pudiendo ni siquiera admirar la obra de los fuertes, de los sanos, de los íntegros, se complacen con calumniarlas y mancharla con el lodo de la pusilanimidad.[22]

Por último José, Santos González Vera, muy cercano a Rojas, asegura que el primer cuento escrito por su compañero de vocación, de vida e ideales, "tuvo por fin vindicar a un ácrata amigo suyo, sindicado por el bando contrario de soplón policial".[23] El propio Rojas recuerda que, tras escribir algunas poesías teñidas por el modernismo imperante, "las peores que se hayan escrito en el hemisferio sur", se decide a escribir un cuento: "Entre los

anarquistas que conocía se contaba uno a quien el bando contrario sindicaba de soplón policíaco. Ese fue el tema de mi cuento".[24] Recuerda también que lo leyó en una velada literario-musical que organizó el grupo anarquista cercano a Rojas, pero definitivamente dicho relato tempranero se perdió. Sin embargo, es casi seguro que el protagonista fuera el carpintero Serrano.

Tras la muerte de Serrano, su viuda se une a otro compañero de Rojas: Voltaire Argandoña Molina. La pareja comparte, a partir del mes de noviembre de 1913, días de implacable persecución policial, cárcel y tortura. Bajo la presión de los interrogatorios diría que su marido le confesó, en su lecho de muerte, que él había sido el autor del atentado al Convento de las Carmelitas. Verdad o no, con ello liberaba definitivamente de sospecha a los miembros de la Sociedad de Resistencia de Oficios Varios.

Hortensia Quinio abandonaría la prisión en mayo de 1915, tras cumplir una condena de 541 días.

Su recuerdo le servirá a Rojas para construir a Esperanza, personaje femenino de su novela *Hijo de Ladrón*, mujer del carpintero Jacinto y vecina de Alfonso Echeverría –"El Filósofo"– y Cristián, compañeros de Aniceto Hevia en Valparaíso. Al develar el origen de algunos personajes de esa novela, Rojas señala:

> Esperanza es el vago recuerdo de una mujer [Hortensia Quinio]; a quién traté recién llegado a Chile, mujer de un carpintero anarquista [Ernesto Serrano]; amigo mío, a quien aprecié mucho y que murió por esos días. Su mujer, un ser suave y dulce quedó con un hijo. Tuvo amores con un joven anarquista [Voltaire Argandoña]; el joven anarquista fue condenado, por andar con explosivos, a tres años de presidio –por esos años existía el presidio en Santiago, en el lugar que hoy ocupa la Escuela de Ingeniería–, y ella, no sé gracias a qué extrañas combinaciones, se convirtió en la amante de un ladrón llamado Atilio, espantoso ser, ordinario y cuchillero, con quien la encontré, años después, en Osorno. Ignoro qué destino tuvo su hijo, a quien mi madre recogió un tiempo en la ieza en que vivíamos y que luego fue entregado a un señor de Valparaíso, que se hizo cargo de él.[25]

Según Rojas, sin que él se lo propusiera, algunos personajes de *Hijo de Ladrón* representan ciertos símbolos o prototipos humanos. Esperanza "es la generosidad femenina, la mujer del pueblo, chilena, española o universal, que se conforma con su suerte".[26] Curiosamente, la caracterización del personaje literario que aparece en dicha novela parece más cercano a la verdadera personalidad de Hortensia Quinio que la de Blanca, la mujer del carpintero Serrano en *Sombras contra el muro*. En esta se le describe como

un ser vacío y mustio:

> ...la verdad es que la mujer, aparte de su aparente atractivo, es un poco irritante. Aniceto la observa durante unos minutos y se le ocurre un ser a quien la vida se le hubiera terminado, por lo menos la vida del pensamiento, o no la hubiese tenido nunca...
> Parece inepta, con sus grandes ojos claros y su modo de caminar que da la impresión que está maneada (SCM, p. 138).

Estos datos vendrían a desmentir la afirmación que hace Carlos Vicuña Fuentes en su libro *La Tiranía en Chile* respecto a que Hortensia Quinio habría muerto poco tiempo después de abandonar la cárcel.[27] Su compañero es recogido por Rojas como el *Maldito Atilio* en el relato *Canto y baile*; y reconoce que la personificación que hace de él es muy fiel:

> Era un hombre como de veintiocho años, alto y delgado, con movimientos de autómata en todo su cuerpo; los brazos le colgaban fláccidamente de los enjutos hombros; tenía un rostro grande, huesudo, lampiño, de color mate, linfático, sin expresión, de labios finos y descoloridos... Todo él daba una fuerte impresión de frialdad que hacía encogerse a las mujeres como ante una culebra. Se llamaba Atilio, apodado El Maldito, es decir, el cuchillero sin valor.[28]

Argandoña, por su parte, recupera la libertad a fines de 1916, habiendo cumplido una condena de tres años. A partir de ese momento es poco lo que se sabe de este compañero de Rojas. Algunos indicios lo señalan como militante de la IWW (*Industrial Worlds Workers*), pero no se cuenta con bases documentales.[29]

Parecía cerrarse un círculo de hechos donde Manuel Rojas fue mucho más que un simple observador, recogiendo impresiones que llevaría más tarde a sus relatos.

Un predicador obstinado y viajero

Tampoco es posible establecer con exactitud cuándo se encontraron por vez primera Manuel Rojas y Daniel Antuñano. Pero sí podemos suponer que ese primer encuentro se llevó a cabo en el Centro de Estudios Sociales Francisco Ferrer, que ambos frecuentaban. En un acto realizado en la sede de calle Tocornal 683, el viernes 10 de enero de 1913, Rojas lee un texto de su autoría titulado “Patria” y Antuñano, a su vez, presenta un análisis crítico del panorama social del momento bajo el nombre de “Varios Problemas”.[30] Como personaje de *Sombras contra el muro*, el mismo Rojas lo describe así:

> ...llegó del otro lado de la cordillera, blanco, grande, cordial, con alpargatas, limpio, tampoco se sabía en qué trabajaba, tenía gran empeño en enseñar, ¿enseñar qué?, lo que aprendiera; el

> obrero no tiene tiempo de estudiar ni de aprender nada, la sociedad capitalista se lo impide; es necesario que lo haga alguien y le enseñe, hay que fundar una Escuela Moderna, como la que quería Ferrer... (SCM, p. 164).

En otro escrito, a propósito de su muerte, Rojas lo recuerda:

> Tenía la frente grande, rubio, fornido, ojos serenos de apóstol. En la tribuna su voz convencía. No era un gran cerebro, era una gran alma. Cuando le conocí y le oí discutir comprendí que no era un gran convencido, era un gran entusiasta, un entusiasta que no convencía con razones fuertes y lógicas sino que convencía con sus ojos serenos. Oyéndole hablar, un poeta me dijo que el alma de Cristo se había repartido entre las almas grandes haciéndolas más grandes aún y que Antuñano tenía un pedazo de esa alma... Así era él: un entusiasta, una gran alma, un buen corazón.[31]

Ambos compartían, además del acento argentino,[32] una inquietud intelectual que Rojas volcaba en colaboraciones para periódicos anarquistas y Antuñano en una obsesiva vocación por difundir el pensamiento libertario. Son muy escasos los antecedentes que se tienen de Antuñano. "De su vida no sé nada –señala Rojas–. No sé dónde nació. No se me ha ocurrido preguntar a una de esas aves vagabundas dónde nacieron".[33] Sabemos, sin embargo, que había nacido en la localidad campesina y gaucha de Lobos, provincia de Buenos Aires, y desde allí había emprendido un viaje misionero y proselitista. Con la prédica de su palabra redentora recorre las costas del Pacífico hasta Panamá; más tarde, las autoridades del Perú lo deportan[34] y regresa a Chile. Antuñano pertenecía a aquellos libertarios que, en palabras de Rojas, "venían de alguna parte, seres iluminados o sombríos, a veces sin gran preparación pero apasionados por conocer y enseñar algo que aprendían, ya que en general se trataba de autodidactos..." (SCM, p. 163).

Por eso, para desentrañar algo de sus obsesiones y comprender su errabunda existencia, debemos revisar los propósitos y estrategias del proyecto cultural libertario al cual Antuñano le entregó gran parte de su vida. Para esto recojo el estudio que Juan Suriano hace de la situación en la región argentina de la cual provenía Antuñano. Según el historiador trasandino, la difusión del ideario libertario se sustentaba en un trípode que comprendía: la creación de centros culturales (centros de estudios), la prensa propia y una propuesta pedagógica alternativa. Antuñano participó activamente de estos tres difusores, particularmente con la disertación de la palabra y con sus escritos.

La educación y las actividades culturales eran consideradas por el

anarquismo como cuestiones fundamentales para que los individuos alcanzaran una conciencia libre. Esto los llevó a tratar de poner en marcha un proyecto alternativo a la formación que impartía hegemónicamente el Estado apoyándose en el oscurantismo religioso. La enseñanza estatal se cuestionaba por propiciar valores patrióticos y nacionalistas en oposición a la sociedad sin fronteras que promovían y a la que aspiraban los anarquistas. La educación religiosa, fundada en dogmas de fe, aparecía como una falacia de la sociedad burguesa que fomentaba la sumisión al sistema opresor imperante.

Como contrapartida, los anarquistas fundaban sus principios educacionales en una confianza casi religiosa en la razón y en las ciencias como instrumentos capaces de transformar la sociedad, suprimir la ignorancia y combatir la miseria popular. Sin ser dichos atributos exclusivos de los libertarios, éstos le asignaban poderes excepcionales. Esta fe inquebrantable los conduciría a optar por una Educación Racionalista, atribuyéndole a las ciencias sociales las mismas estructuras lógicas que caracterizaban a las ciencias naturales, "el mundo humano se sometía a las leyes que regían los fenómenos físicos para hallar su equilibrio natural en un mundo donde la naturaleza debía constituirse en la base de la filosofía anarquista.[35] De ahí que la sociedad capitalista desestructuraba y separaba a los hombres que 'naturalmente' eran iguales.

Uno de los modelos inspiradores de los libertarios era la escuela alternativa creada por Francisco Ferrer en España.[36] En ella se promovía la coeducación de sexos, un sistema inédito para esos años. El programa que se impartía incluía ciencias y enseñanzas humanistas, se fomentaba la no competitividad, el disfrute de la naturaleza y el desarrollo integral de los niños. Sin embargo, el contexto educacional y social en que se desarrolló esta iniciativa de Ferrer era muy distinto al que se vivía en Argentina. Los altos índices de analfabetismo y la educación en manos de la Iglesia española propiciaban una tenaz disidencia libertaria. En cambio, Argentina había consolidado una educación estatal eficiente, capaz de cubrir todos los sectores sociales a través de una apropiada infraestructura. Este escenario menos propicio, sumado a otros factores adversos, algunos surgidos de las propias filas anarquistas, debilitarán estas iniciativas pedagógicas hasta hacerlas desaparecer.

Por esto, durante la primera década del siglo XX son escasas las experiencias que lograron concretar estos principios e intenciones revolucionarias. Tal vez lo más destacado sea la creación en 1906 de la Escuela Laica de Lanús y luego escuelas similares en Villa Crespo, Centro y Luján, que funcionaron dificultosamente y llegaron solo a un medio millar de alumnos, hasta desaparecer entre 1909 y 1910. En esos años se inicia una fuerte represión hacia el mundo anarquista, que se acentuó luego del asesinato del jefe de la policía Ramón L. Falcón, signado como el causante de la muerte de numerosos manifestantes durante la conmemoración del 1 de mayo de 1909. Los albores del Centenario acentuaron esta persecución; se buscaba tener una "fiesta en paz" y los anarquistas ocupaban una destacada posición como agentes perturbadores. Además, la aplicación de la Ley de Residencia, que regía desde 1902, permitía expulsar del país a cualquier inmigrante sin juicio previo, y se dirigió, sobre todo en sus primeros tiempos de aplicación, contra los anarquistas, socialistas y movimientos de resistencia obrera en general.

El impacto de aquella ley en los adherentes anarquistas no fue menor, ya que una buena parte de las figuras revolucionarias más destacadas eran europeas, principalmente españoles e italianos.

Pero el debilitamiento hasta la desaparición de estas iniciativas educacionales no solo se explica por la acción de un Estado represor. El eficiente sistema educacional público argentino, dotado de un numeroso y preparado contingente de profesores y una apropiada infraestructura, superaba sobradamente la oferta libertaria, precaria en instalaciones y carente de maestros instruidos en la Educación Racional. Por otra parte, la adhesión de los propios anarquistas era limitada y reticente, actitud a la que se sumaba el desinterés de la numerosa población de inmigrantes, mayoritariamente obrera, que prefirieron la educación que ofrecía el Estado como una forma de integrarse social y culturalmente, asimilando en las aulas los valores locales.

A estas dificultades se sumó la divergencia y discrepancia entre los mismos ácratas; unos pensaban que la educación debía conducir a la revolución a través de la transformación de los individuos y otros, por el contrario, pensaban que en una sociedad capitalista no era posible implementar una sistema alternativo y era necesario cambiar primero a la

sociedad.

No es posible establecer con certeza si todas estas circunstancias motivaron la emigración de Daniel Antuñano en busca de escenarios más propicios para su trabajo de difusión del pensamiento revolucionario. Es probable que las tenazas estatales que se cerraron para anular a los anarquistas, o la escasa receptividad de las propias filas libertarias hacia un proyecto educativo propio, lo hayan decidido a desarrollar su empecinada vocación pedagógica lejos de su tierra natal.

Escribe Rojas con la voz de Antuñano:

> ...quería hacer poesía con la ciencia, enseñar cómo se desenvuelven las formas vitales, las semillas, los embriones, los corpúsculos, los fetos, ¿qué somos?, hay una belleza y un misterio en todo esto, la vida brota y ha brotado y sigue brotando como por arte de magia y sujeta, no obstante, a tremendas leyes, leyes que no se pueden romper sin peligro, la escala es muy larga, parece no tener principio ni fin, es eterna, si los camaradas fundan una Escuela Moderna, por pobre que sea, yo seré el profesor, enseñaré lo que sé y lo que vaya aprendiendo, no un profesor propiamente dicho sino un estudioso, uno que estudia al mismo paso que sus alumnos, me conformo con que me den de comer, pero el obrero, mucho más si no es especializado, que es muy escaso, gana muy poco, un poco que apenas le alcanza para subsistir... (SCM, p. 164).

Sin duda, el panorama en la educación pública que Antuñano encontraría en Chile sería muy distinto al argentino.[37] Según el censo de 1907, el 62,5 % de los niños crecía sin recibir instrucción de ningún tipo, engrosando el índice de analfabetismo de toda la población, que llegaba a un 60%.[38] Esta desalentadora situación se acentuaba con el ingreso al profesorado de individuos que se incorporaban a esas funciones más por favoritismo e influencia política que por merecimiento y preparación reales.[39] Así como declinaba el nivel del magisterio, también lo hacía el aprecio que la población tenía hacia él. Antuñano hablaba de un magisterio con una preparación mediocre: "...a cualquier asno se le concede título –señala–; basta que tenga diplomas y recomendaciones..."[40]

Sus textos, publicados en Chile preferentemente en el periódico quincenal *La Batalla*, contienen una pretenciosa grandilocuencia; son, muchas veces, confusos y no siempre logran dar con un lenguaje accesible a los lectores. Este aspecto lo hace notar un redactor de *La Batalla,* contrastando el lenguaje y temática de Antuñano con el de Manuel Rojas:

> Antes de insertar "Varios Problemas" de D. Antuñano, creemos necesario manifestar nuestra opinión, más que como compañero, como amigo: antes que tratar de varios problemas

> superficial y lacónicamente escritos y leídos ante un auditorio, que conoce poco y no muy bien, es bajo nuestro concepto y de algunos concurrentes, casi inútil.
>
> Más acertado y útil, tanto Antuñano como otros, sería imitaran a Rojas disertando sobre Patriotismo, Militarismo, Religión y otros mil problemas que aún mal esbozados, darían más luz y provecho. Damos la opinión para bien de la propaganda y seguro que Antuñano antes que tomarlo a mal recapacitará sobre lo dicho.[41]

Esta recomendación surgía a propósito de la presentación realizada por Antuñano en el Centro de Estudios Sociales Francisco Ferrer, ocasión, como ya se ha comentado, en la que coincide con Manuel Rojas.

En sus escritos aparecen varios temas comunes al discurso anarquista. El despertar de las conciencias y el conocimiento a través de la Educación Racional:

> ...así como un niño pasa 5 años estudiando para no aprender más que vagamente algunas nociones, con el mismo tiempo en una escuela racionalista, adquiriría un sinnúmero de conocimiento; no solo en letras y números, así como en astronomía, aprendería a estimar lo que es nuestro globo estudiando por separado ríos, lagos, montañas, flora y fauna y todo aquello que al niño se le ocurriese preguntar.[42]

La crítica frontal al patriotismo militarista:

> Tienen el hábito, casi la totalidad de los gobiernos constituidos, de inculcar en la juventud el odio, ya en la escuela como en el cuartel, en la iglesia como en la tribuna; todo tiende al odio, ya de raza, de nación, de culto, de clase y así sucesivamente.[43]

El cuestionamiento a la educación adormecedora del Estado:

> Los niños salen del colegio hechos vasallos en vez de salir instruidos... el niño que más méritos adquiere en esas escuelas, no será nunca el que más pregunte por el afán de saber, sino aquel que aprende lo que el señor maestro le quiere enseñar...[44]

La participación igualitaria de la mujer en una nueva sociedad:

> ...no es de caracteres pueriles o extraviados formar un hogar libre, es decir, donde la mujer y el hombre gocen de su voluntad sin que el compañero ponga obstáculo o se disguste.[45]

La denuncia del divorcio entre una clase dirigente y un pueblo ignorante y oprimido:

> Es el favor que le hace a un pueblo un parlamento, un poder ejecutivo, que hoy y mañana renovado, se interesa poco en que al pueblo, a ese pueblo que no pisa los congresos, ni los clubs, ni pasea en automóviles y vive fuera del radio de las academias y centros de sports, le suceda lo que le sucede.[46]

Antuñano buscó incesantemente los espacios para su oratoria, para la publicación de sus opiniones y, sobre todo, para la formación de escuelas de difusión ideológica. Precisamente a esa misión autoimpuesta de crear lugares para instruir a hombres y mujeres en las ciencias y en el pensamiento se vincula su último y más trágico momento: su temprana muerte.

Hacia mediados de la década siguiente al Centenario la presión social crece, los efectos de la Primera Guerra Mundial se hacen sentir en la economía, sobre todo, en la industria del salitre; miles de obreros del nitrato, desempleados, se desplazan con sus familias hacia Santiago y Valparaíso, especialmente; son alojados en albergues y luego abandonados a su suerte. Se organizan "Ollas del Pobre" para repartir cientos de raciones diarias de comida a los cesantes. En ese contexto de crisis los anarquistas, junto a socialistas y demócratas, organizan diferentes estrategias para movilizar a los trabajadores descontentos y exigir medidas que alivien la situación. Una de ellas fue crear la Liga de Arrendatarios, para protestar contra la carestía de los arriendos, reducir los cánones, suspender los lanzamientos y demandar el cumplimiento de las normas de higiene.

Se suceden numerosas manifestaciones callejeras que son aprovechadas por los libertarios para desplegar su estrategia propagandista, difundir sus consignas doctrinarias y llegar a sectores en donde antes habían estado ausentes. Es en este escenario, propicio para la expansión de la corriente anarquista, donde se logran concretar algunas iniciativas que se venían gestando hacía algún tiempo. En Valparaíso, gracias al trabajo de figuras como Luis A. Pardo y Juan Onofre Chamorro,[47] se desarrolló una estrategia similar a la de los militantes de Santiago y, a partir de la segunda mitad de 1914, las Ligas de Arrendatarios de Valparaíso y Viña del Mar impulsan manifestaciones masivas con la activa participación de mujeres.

Hacia fines de 1913 la militancia revolucionaria había logrado constituir en Valparaíso, después de un sostenido esfuerzo, un grupo denominado Agrupación "Defensa y Despertar de la Mujer", que creó una pequeña "escuela racionalista", asumiendo la dirección Daniel Antuñano, su principal gestor.[48] En aquellos años éste parece ser el único lugar de instrucción ácrata que se logró concretar.

> ...Daniel tuvo que irse, blanco, alto, limpio, pensando en lo que deseaba, en lo que le gustaría; en el Puerto los compañeros le pusieron una Escuela Moderna, los I.W.W., los Trabajadores

Industriales del Mundo, que tenían un buen sindicato, pagaron todo, no era mucho, pero eran trabajadores que ganaban bastante, marítimos casi todos... (SCM, p. 164).

Sin pan y sin trabajo (1892-1893), del pintor argentino Ernesto de Cárcova (1866-1927). *Colección Museo de Bellas Artes. Buenos Aires.*

En esta actividad, a la que se entregó con la pasión y el entusiasmo que lo distinguía, lo encontró la muerte una noche de finales de marzo de 1915.

El relato de ese momento, que hace Manuel Rojas, surge como un contrapunto que va creciendo en tensión hasta su desenlace. Los protagonistas son Daniel Antuñano y el tren, más precisamente el maquinista de la locomotora, que corre desde Santiago a Valparaíso:

...un otoño más rápido aquí que allá, imperceptible en algunas partes, lento en Chile...; Daniel enseñaba el huevo, ¿qué es el huevo, de cuántas partes está constituido? El maquinista del tren expreso que sale de Santiago a las cinco de la tarde lo había aprendido y lo olvidó. La membrana vitelina, la cámara de aire, la yema, el embrión, el misterio. La escuela estaba en Viña del Mar y el tren venía ya por El Salto. Los alumnos eran en su mayoría adultos, obreros que querían aprender algo o ir a alguna parte donde se enseñara algo, siempre es agradable aprender algo y la chaqueta blanca de Daniel se veía más blanca al anochecer; llevaba el huevo en la mano y a veces lo miraba como interrogándolo sobre su misterio, ¿de dónde vienes, cómo y por qué te endureces? Quebradizo y eterno... El maquinista encendió un cigarrillo: llegaba a la estación de Viña del Mar y el Puerto estaba un poco más allá, los rieles que van desde Viña del Mar hasta Valparaíso, casi por la orilla misma del mar, tocando las olas, brillaban con las luces de la carretera que corre al lado. Abrazos, besos, qué hubo; la estación, que estaba llena, se vacía. La máquina tiene una sirena ronca y fuerte, puede oírse casi desde Bellavista, pongamos que se oye hasta el Barón, es bastante. El huevo brilla también en la oscuridad y brilla más cuando Daniel lo mira a la luz de uno de los focos del alumbrado. Hay un paso más acá de la estación de Viña del Mar, el de Agua Santa, es peligroso, pero los viñamarinos saben ya por instinto a qué horas llegan los trenes, qué trenes son, viene el Ordinario, viene el Expreso de las ocho de la mañana, pero si saben algo de trenes no saben casi nada del huevo, excepto que se come... Al salir de la

> estación el tren está a nivel de la calle, pero enseguida, sin que se sepa por qué, la calle se hunde y el tren corre a alto nivel; cuando llega frente al Cerro Castillo la calle, sin que tampoco se sepa por qué, ha subido y tren y calle están al mismo nivel: ahí se encontraron el hombre del huevo y la locomotora; el maquinista vio una chaqueta blanca y nada más, una chaqueta que desapareció, tragada por la Mikado, que vibraba como un enorme caballo que ha empezado a correr... (SCM, pp. 164-166).

Al llegar al paso a nivel, Antuñano, aparentemente distraído, continúa su marcha y solo se detiene en medio de la vía, al advertir tardíamente la aproximación del tren. Retrocede para evitar que la locomotora lo alcance, pero no logra darse cuenta de que, en sentido contrario, viene otro tren que finalmente lo arrolla.

> Nadie vio el huevo, aunque era blanco; desapareció; su sustancia era breve, a pesar de su eternidad, y apenas perceptible al lado de lo que se vio, sangre, una chaqueta blanca llena de tierra, de grasa, de piedrecitas, además del hombre destrozado. ¿Qué es el huevo? Los obreros se aburrieron de esperar al profesor y se fueron: nunca sabrían lo que es un huevo; la Escuela Moderna desapareció: nadie se interesó por ella, nunca llegó un nuevo profesor. (SCM, p. 166).

En poco más de dos páginas Manuel Rojas describe la breve existencia y el fatal desenlace de Antuñano. Pero parece ser que este desafortunado accidente encierra, para el escritor, mucho más que el descuido de un distraído transeúnte que no advierte el paso de una corpulenta máquina a vapor. Esa fatal coincidencia, que termina con la vida de este revolucionario, parece expresar la inutilidad de una lucha que es avasallada (arrollada) por un sistema (máquina-maquinaria) superior y poderoso. Es el cruce definitivo de los esfuerzos de un grupo que lucha por cambiar una sociedad injusta, inmerso en la misma sociedad y sistema donde, irremediablemente, debe salir a buscar el pan necesario para subsistir.

Myron I. Lichtblau va más allá en su análisis:

> El mensaje de Rojas es inconfundible: como fenómeno político el anarquismo ha de fracasar porque va en contra de la naturaleza humana y porque pugna con aquellas fuerzas que amortiguan los deseos de los anarquistas. Según él, por muy deficientes e injustas que sean las leyes de la sociedad, éstas son imprescindibles. La ausencia de todo control, de todo gobierno, no significa una sociedad mejor sino la anulación de la sociedad.[49]

Según Lichtblau, la ingenua postura ideológica de los personajes pobres y desorientados contribuye a definir la ironía que caracteriza a toda la novela. Esta apreciación no es compartida por Grínor Rojo, quien descarta que esa ironía conlleve una descalificación total o parcial de Rojas hacia el mundo anarquista y su ideario. Sí se reconoce desazón por las luchas de aquellos

compañeros que no logran dar con sus objetivos y terminan perseguidos o encarcelados, pero esto no debe confundirse con resignación. Hay en Rojas-Hevia una simpatía solidaria hacia sus compañeros, incluso una complicidad en los planes de "acción directa" donde él no llega a participar efectivamente, pero no una negación de los principios libertarios que los movilizan.

Por su parte, Darío A. Cortés, analizando la estructura de la novela, escribe: "...tiene una estructura circular que sirve para subrayar el pesimismo y frustración que afecta a todos los participantes de comienzo a fin".[50] Pero para Rojas no es una renuncia; es, por el contrario, un motivo para la búsqueda de otras estrategias; de ahí la imagen definitiva del "muro", que sirve para el título, donde se proyectan las sombras anónimas de los que luchan por alcanzar la cima de ese paredón:

> Se imaginó que un muro muy alto, como el de los Lamentos o como los de Jericó, se erguía delante de todos ellos y de otros como ellos, un muro que no se podía penetrar ni subir y ante el cual no hacían más que hablar, gritar, llorar y morir; detrás del muro existía una posibilidad de amor, de justicia, de abundancia, de paz, pero miles de individuos, acompañados de sus sirvientes, estaban en lo alto y, aunque no disfrutaban más que guiñapos que se disputaban con dientes y uñas, impedían que nadie entrara o subiera. Había que buscar y encontrar armas más finas y más poderosas que las palabras y el llanto para subir o penetrar el muro (SCM, pp. 230 y 231).

La misma noche del fatal accidente un grupo de compañeros de Valparaíso se reúne para dirigirse a Viña del Mar y estar junto al cuerpo del malogrado Antuñano. Integrado, entre otros, por figuras destacadas del puerto como Modesto Oyarzún[51] y José Lejo Pica,[52] el grupo se encamina a la sede de la Federación Obrera Regional de Chile (FORCH), en cuyo salón se encontraba el féretro.

Al entrar al recinto advierten asombrados que el ataúd se ha dispuesto para un velatorio, rodeado de varios candelabros con sus respectivos velones encendidos. El asombro pronto se transformó en ira ante aquel acto inconsecuente e inaceptable para un libertario. Oyarzún y otros les hacen ver a los presentes "la inutilidad del ceremonial fetichista"[53] y, ante la sorpresa y rechazo de algunas mujeres que rezaban devotamente, suspenden el velorio como un último acto de lealtad hacia el malogrado compañero:

> Era posible tolerar una ofensa semejante hecha a un compañero tan hombre, tan desprejuiciado como lo fue Antuñano que pocos días antes de la catástrofe había estado en controversia con un

> socialista parlamentario de la localidad rebatiéndole victoriosamente sus teorías legalitarias con la rotunda afirmación de que: "todo hombre que fuera al parlamento diciendo ir para la defensa de los intereses del pueblo o era un pillo o era un tonto".[54]

La mayoría de los asistentes apoyan la actitud y se pone fin al velorio como ritual religioso.

La noche del día siguiente un numeroso grupo concurre al entierro de Antuñano en el cementerio de Caleta Abarca. El reloj marca las ocho y un largo cortejo se pone en movimiento comenzando a construirse un episodio con rasgos teatrales, evocando una escena pictórica goyesca por el drama, los protagonistas y la localización espacio-temporal en que los hechos se suceden: "...más de quinientos compañeros y compañeras se ponían en marcha, precedidos de antorchas un grupo de compañeros bien desprejuiciados formando en columna detrás del carro fúnebre entonaron, ante la admiración de los transeúntes, las vibrantes estrofas de la Internacional y del Hijo del Pueblo, y otros himnos revolucionarios...".[55] La descripción nos recuerda aquella oscura escena de "La romería de San Isidro" de Goya. Una noche sin cielo donde hombres y mujeres oscuros, rostros con gestos de lamento, canto y devoción en larga procesión se pierden en la penumbra, entre colinas sinuosas y tan oscuras como la vestimenta de los romeros.

La romería de San Isidro, de Francisco de Goya, 1819-1823.

Como si este último trayecto del inquieto camino de Daniel Antuñano lo hubiese inspirado o como si el poeta hubiese participado de los hechos, los versos de "Entierro de campo" de Carlos Pezoa Véliz[56] también nos evocan, misteriosamente, esta escena:

Con un cadáver a cuestas,
camino del cementerio,
meditabundos avanzan
los pobres angarilleros.
Cuatro faroles descienden

por Marga-Marga hacia el pueblo,
cuatro luces melancólicas
que hace llorar sus reflejos;
cuatro maderos de encina,
cuatro acompañantes viejos...
Y como empieza la lluvia,
doy mi adiós a aquel entierro,
pico espuela a mi caballo
y en la montaña me interno.

Y allá en la montaña oscura,
¿quién era?, llorando pienso:
—¡Algún pobre diablo anónimo
que vino un día de lejos,
alguno que amó los campos,
que amó el sol, que amó el sendero,
por donde se va a la vida,
por donde él, pobre labriego,
halló una tarde el olvido,
enfermo, cansado, viejo.

González Vera, al parecer, sí fue testigo directo de esos hechos durante su estadía en Valparaíso. Al igual que en el caso del peluquero Brown, González Vera se refiere a Daniel Antuñano con otro nombre: Juan Carlos Usodimare:

> ...tenía escasamente treinta años. Era alto, blanco, rubio; vino de Buenos Aires y sostuvo una pequeña escuela racionalista en Viña del Mar. Era un proyecto en movimiento, serio, con el candor de los maestros natos, y vivía en un mundo irreal. Era de esos prójimos que no transan con el ambiente y que, cuando sustentan una idea en beneficio social y, además, son geniales, la imponen.[57]

El mismo González Vera participa de los funerales de Antuñano y entrega una versión, en gran parte coincidente con la de José L. Pica, pero con colores más poéticos, intensos y profundos:

> Al atardecer condujimos el ataúd al cementerio. En cada cuadra éramos reemplazados. El camino era largo. Tras el cajón venían varios gremios con sus estandartes rojos.
>
> Tan pronto como el cortejo se movió, las antorchas fueron encendidas. La fúnebre comitiva asumió un aspecto raro, preocupador.

A medio camino una voz alzó un canto y todas las gargantas se animaron y conmovieron:

Arriba los pobres del mundo
de pie, los esclavos sin pan...

Los pasos perdieron su fatiga y la pesadumbre dejó de oprimir a los acompañantes. Cada uno ponía en el cantar la angustia propia.

Las voces se unieron a la voz del mar y repercutieron en las colinas próximas.

El cementerio hallábase en el costado de una ondulación del camino y, al igual de otros cementerios, imponía en su contorno un silencio de sueño. Al llegar, el portero nos examinó con receloso espanto.

Una vez que el ataúd bajó a la sepultura, unos tras otros echaron un puñado de tierra,... y comenzó un discurso. Y cuando uno callaba subía el siguiente... Cuando no hubo nadie que deseando hablar no lo hiciera, salimos. Era ya la medianoche. El portero volvió a examinarnos. [58]

En el periódico *La Batalla,* el argentino José Lejo Pica relata los hechos que siguieron al cortejo: "...luego ya en el cementerio comenzaron los discursos y entre compañeros y compañeras desfilaron por la tribuna unas diez o doce personas entre los cuales algunos hablaron de la necesidad imperiosa de proseguir bregando por la continuación de la obra racionalista en Viña del Mar".[59]

Otro libertario del puerto, Emilio Meza, no se inhibe en el recuerdo:

Fue, ante todo, Antuñano, un rebelde, un valiente, un combativo, un sublevado siempre. Edificó con amor y fustigó con ira. Iras rojas, iras santas, iras sublimes. Acción e idea. Luz que alumbra y hacha que destruye.

Eso era.

...Era uno de esos cerebros de luz que pasan por la vida, como un astro luminoso alumbrando la noche de la ignorancia en la conciencia de los hombres y los pueblos.
... La Parca, inexorable y fatal, ha venido a tronchar en pleno florecimiento intelectual, una inteligencia hermosa, una actividad y una energía bien difícil de igualar, en estos tiempos de apatía y vacilaciones.

Nos ha arrebatado en mitad del camino, en plena jornada, cuando aún no había visto coronada con la aureola del éxito la más bella aspiración de la vida: Ese vergel de educación racionalista que con tan risueñas y halagadoras perspectivas había fundado.[60]

Al pie de su escrito, Meza señala:

Es una impresión sincera de la admiración que me merecen el talento y el alma de este magno luchador. El único, acaso, por lo menos en esta tierra de mercantilismo y renunciaciones, que

merecía, como alguien ha dicho, el bello y dulce nombre de ANARQUISTA.[61]

Por último, Manuel Rojas rescata una anécdota:

...me viene a la memoria un recuerdo de él. En un mitin lo tomaron preso y lo condujeron a una comisaría con las manos amarradas. Y él iba sonriendo y diciendo a los estúpidos burgueses que lo miraban aterrorizado:

–No se asuste, amigo, aquí llevan a la verdad presa.

Y cantaba:

Hijo del Pueblo te oprimen cadenas.[62]

Se sabe que, tras la muerte de Antuñano, el proyecto de la escuela racionalista de Viña del Mar no fue posible de continuar. Desconocemos si esa experiencia se logró materializar posteriormente en otro lugar, por lo tanto, no está claro si este propósito educativo anarquista tuvo más adherentes.

Muchos compañeros de Rojas de aquellos años se pierden en el tiempo. El propio escritor desconocía el rumbo de varios que habían compartido con él la pobreza, los ideales y la esperanza de una sociedad más justa. Ernesto Serrano y Daniel Antuñano representan una parte de ese contingente, la parte más heroica, comprometida, inclaudicable y fiel hasta la muerte. Uno, aislado y triste por la sospecha y la mirada acusadora de sus compañeros, el otro, con su infatigable vocación misionera; uno con su adherencia silenciosa, el otro con fe en la palabra y en una nueva educación liberadora; uno yéndose estigmatizado y sin posibilidad de auto reivindicarse, el otro cayendo trágicamente en plena misión.

Manuel Rojas y su oficio de escritor como opción anarquista

Ya he dicho que la llegada a Chile de Manuel Rojas prolongó y afianzó la relación de éste con el mundo libertario, a tal punto que el primer texto publicado que conocemos, firmado con el seudónimo de *Tremalk Naik* y escrito a los 16 años, es una defensa de Efraín Plaza Olmedo, el joven anarquista cuya acción ya ha sido comentada.

Los caminos que, en años posteriores, fue tomando su pensamiento ideológico es sin duda tema de otro análisis. He citado lo que él mismo afirma sobre la persistencia del ideario anarquista durante su vida y, en

cierta ocasión, a la pregunta: "¿Manuel Rojas es un anarquista?", el escritor respondió: "Tuve una infancia difícil; fui aprendiz de eso y estotro… leí muchos libros anarquistas. Siempre he sido un tipo disconforme".[63]

He dicho también que desconfío del escepticismo ideológico que Lichtblau le atribuye a Rojas o de la falta de bases teóricas que afirma Cortés cuando señala, cayendo, según Álvarez, en un *argumento circular*,[64] que su pensamiento tiene origen en "su propio idealismo y la prioridad del hombre como ser humano".[65] ¿Acaso éstos no son, precisamente, rasgos distintivos presentes en el discurso anarquista? En la superficie de sus escritos, sin subyacencias o segundas lecturas, se hace sentir la pulsión del pensamiento libertario que se funde con la postura humanista del autor.

Revisando un temprano ensayo de Rojas titulado "La creación en el trabajo",[66] (1937), surgen pistas que nos ayudan a explicar el origen y la relación de su *solitario trabajo de escritor* con el pensamiento libertario. En la primera parte de ese escrito el autor constata la pérdida de la actitud creadora presente en el trabajo del obrero antes del advenimiento de la industrialización capitalista, pasando a ser una anónima pieza de la cadena productiva. Ejemplifica esto revisando la evolución histórica del oficio de linotipista que Rojas llegó a conocer y dominar hacia fines de la segunda década del siglo pasado. A esta rutinaria y alienante condición del trabajador –magistralmente escenificada por Charlot en *Tiempos Modernos*, contemporánea al escrito citado, o por Fritz Lang en *Metrópolis* (1926)– Rojas propone una salida y desahogo posible: concebir el trabajo individual como el entusiasta aporte a un proyecto común que persigue alcanzar el bienestar colectivo. Y como ejemplo destaca la pretensión de los emergentes estados comunista y nacionalsocialista. No olvidemos que el texto es anterior a la Segunda Guerra Mundial y, por lo tanto, a sus consecuencias.

En este sentido, rescato la reflexión de González Vera respecto de las variadas y múltiples ocupaciones que desempeñó Rojas desde muy temprana edad, particularmente sobre su escasa permanencia y constante mudanza en aquellos oficios:

> No cabría decir que los dejara por arribismo. Se convirtió en anarquista siendo muy joven y éstos ansían abolir las clases, y aman los oficios, sobre todo los manuales, porque pretenden organizar una sociedad en que solo haya trabajadores. Algo vago, indeciso, lo conducía a cambiar de tarea cada cierto tiempo.[67]

Acaso entonces Rojas visualiza su quehacer literario como un *oficio* –del vocablo latín *officium*, fusión de *opus* y *facere*, obra y hacer– que debe prioritariamente contribuir, con paciente perseverancia, a la construcción de un proyecto colectivo de sociedad *basada en el amor y el trabajo.*[68] Su esmerada labor de escritor parece prolongar su condición de obrero, independiente e insubordinado. Esto a pesar de que, a comienzos de los 70, Rojas reconocía: "Yo fui obrero hasta los 32 años",[69] dando a entender que abandonaba tal condición, en su estado más puro y literal, en 1928, al despedirse de su "querido oficio de linotipista"[70] y aceptar el ofrecimiento de Eduardo Barrios para incorporarse a la Biblioteca Nacional como bibliotecario tercero. Esta ocupación le permitirá, sin eximirlo de frecuentes sobresaltos económicos, seguir escribiendo y que, insisto, reorientará su condición de obrero sin desnaturalizarla.

Manuel Rojas trabajando en su banco carpintero del taller de su casa. Circa 1961.
Foto de Hans Ehrmann.

Las opiniones que Rojas expuso en los años 60 –década en la que, en plena madurez política, se ocupa de *Sombras contra el muro* (1964) y de *La oscura vida radiante* (1971)–, la opinión de Rojas, digo, sobre el rol del escritor en el contexto latinoamericano especialmente, se enlazan con aquella voluntad de aportar a un proyecto común y ésta, arriesgamos a llamar, "segunda etapa de obrero" se asimila a la de un observador crítico

primero y comprometido después. No debe confundirse con la posición de un escritor políticamente militante, actitud ajena a un Rojas que mantuvo una condición de no militancia, salvo su fugaz adhesión al Partido Socialista que, como se sabe, duró hasta que esta agrupación decidió apoyar a Ibáñez en 1951. Sin ir más lejos, otro rasgo de su credo anarquista.

En esos años de Guerra Fría, la historia social y política de Latinoamérica estaba atravesada por la lucha por materializar proyectos sociales y políticos que revolucionaran, en toda la amplia dimensión de la palabra, las estructuras existentes. Esto, muchas veces de la mano de un redescubrimiento identitario que reconociera los orígenes culturales de nuestros países. Entonces, muchas voces se levantaron para reorientar el papel de los intelectuales en la construcción de dichos proyectos y suprimir la distancia entre las élites creadoras y un pueblo marginado por años de los beneficios de una cultura propia.

Eran también los tiempos de los bloqueos e intervencionismos, y una mayoritaria intelectualidad se atrincheraba tomando posiciones para promover la emancipación de los imperialismos; sobre todo del norteamericano que, a unos pocos, no les incomodaba. Había entre los escritores de este continente un *idioma* común, pero no necesariamente un *lenguaje* común.[71]

En medio de este debate Rojas reflexiona sobre la misión del escritor, asignándole a la literatura la inequívoca misión de acercar los *grandes* temas, con claridad y sencillez, a un lector proletario. Esto fue erróneamente interpretado por algunos como un rechazo a la exploración de nuevas formas estilísticas que, *boom* mediante, enriquecieron la propuesta literaria latinoamericana y la posicionaron en el mundo. Claro que no había tal, ya que Rojas reconoce que incluso en su propia obra, posterior a *Lanchas en la bahía* (1932), sobrepoblada de metáforas, y particularmente en su, hasta entonces, trilogía fundamental, la organicidad estilística se alejaba del lector no iniciado: "Había perdido la sencillez –reconoce– y, lo que es peor, la claridad: pretendía ser confuso, jugaba con el tiempo y con el espacio, no decía quién hablaba y dónde estaba el que lo hacía: quería jugar a las escondidas con el lector".[72] Por cierto no debe interpretarse esto como una tardía confesión de culpabilidad, ni menos como la negación de una obra producida, a esas alturas, casi en su totalidad. Se trata de fijar un rol

identitario entre autor-tema-estilo-lector y, además, provocar la nivelación cultural apropiada, e incluso alfabetizadora, de la gran masa del proletariado, permitiéndole el acceso y comprensión de la palabra impresa.

Todo esto a pesar de que entre sus protagonistas literarios no solo abundan los marginados, sino que se presentaban –evito el uso del término "se denunciaban", para alejar cualquier sospecha panfletaria ajena a nuestro autor–, las amenazas e injusticias que por años habían padecido.

Entrando frontalmente en el debate, expone estas ideas en marzo de 1967, durante el Segundo Congreso Latinoamericano de Escritores que con carácter itinerante se desarrolla en Ciudad de México, Guanajuato y Guadalajara.[73]

Comienza Rojas con estas palabras: "La literatura es un arte social y cumple por ello una función social".[74] Y prosigue:

> ...hablo, en primer lugar, como novelista y como cuentista; además, como individuo que estima que el escritor tiene, ante el mundo y principalmente ante el pueblo, la responsabilidad de velar porque las mejores normas de libertad, de ética y de respeto al ser humano, sobre todo en lo que se refiere al proletariado, que es la clase social que hoy tiene menos defensa, rijan en su país y en todos los países de América Latina.[75]

Esta disociación se cruza entonces con la misión del *obrero* que quiere aportar su oficio y el producto de su trabajo a una causa colectiva de doble connotación e implicancia: compartir solidariamente con *otros obreros* que usan, como él, las herramientas de la creación literaria y buscar, a través de esas obras, disminuir, hasta hacer desaparecer, la distancia entre autor y lector. Será entonces esa la base de la praxis anarquista de Rojas, que se proyecta desde su lejana infancia de niño solitario y andariego involuntario; inquieto y atento observador de ambientes y seres próximos o lejanos. "Salí del pueblo –dice– y escribí como podría empezar a hacerlo cualquier hombre del pueblo, con muchos defectos, con una sintaxis no muy católica, disonancias, lenguaje reducido. Pero, claro está, no me quedé ahí. Al tiempo que me ganaba la vida como obrero, leí, estudié, observé".[76] Y continuó, debo insistir, con su condición de obrero desde otra dimensión, la del que aporta su trabajo porque cree y lucha por conquistar una vida mejor para todos, sin exclusiones.

En el epígrafe que inicia estas líneas, Rojas se pregunta: "¿Qué es el anarquismo, qué es la anarquía?". En el texto, ambas interrogantes quedan

irresueltas desde el punto de vista doctrinario. Pero eso poco importa, ya que la dimensión poética que alcanza ese párrafo –monólogo curiosamente reiterado en tres momentos distintos del relato, como se puede comprobar en las tres ediciones que existen *de Sombras contra el muro*–[77] apela a la incapacidad del joven Hevia-Rojas para expresar algo que no solo obedece a una convicción racional, sino que surge como un profundo sentimiento de amor y libertad. "Yo lo siento –concluye– pero no puedo decirlo bien".

Por eso la enseñanza silenciosa de un carpintero solitario y la porfiada prédica de un apóstol errante no solo fueron taumaturgamente transformadas por Manuel Rojas en material literario, sino que forman parte esencial del carácter indeclinablemente libertario y siempre humanista del profundo y universal torrente de su obra.

[1] Ver "Breve biografía" en *Antología Autobiográfica*, Santiago: LOM, 2008, *Imágenes de Infancia y Adolescencia*, Santiago: Zig Zag, 1994, p. 171. Esta travesía es relatada memorialísticamente en *Imágenes de Infancia y Adolescencia* y con algunas transformaciones en *Hijo de ladrón* (1951) y en el cuento "Laguna". Hay también una breve mención en *Mejor que el vino* (1959).

[2] En *Sombras contra el muro* Rojas dice: "Es una peluquería de barrio, modesta, tan modesta que no es más que la pieza de un conventillo, pero mira a la calle –por un lado, es claro– y ésa es su única ventaja (por el otro lado da al mero conventillo...). La peluquería está bien tenida, limpia, recién pintada con cal; es cierto que no tiene agua –para obtenerla es necesario tomar un balde e ir a buscarla al patio–, pero Teodoro y Víctor se las arreglan con botellas, la clientela no es exigente, formada por vecinos, buena gente, que se corta el pelo una vez a las quinientas..." (SCM, pp. 53 y 54). Los escasos y fragmentados antecedentes que existen por ahora de ambos peluqueros han sido entregados por Eduardo Godoy S. en "Teodoro Brown y Víctor Garrido: La historia de dos peluqueros anarquistas a comienzos del siglo XX". Santiago de Chile: Periódico mensual *El Surco* N°25, abril 2011. p. 6.

[3] Ver "La Sociedad en Resistencia de Oficios Varios y el 'horizonte anarquista', Santiago de Chile, 1911-1912", de Alberto Harambour Ross, en *América Latina y el Mundo. Exploraciones en torno a identidades, discursos y genealogías*, Eds. Lucía Stetcher y Natalia Cisternas, Santiago Centro de Estudios Culturales de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, 2005.

[4] Hacia 1922, en torno a un concurso del diario *La Montaña,* se congrega un grupo de escritores de tendencia socialista, anarquista y comunista, que sería bautizado como el Grupo Boedo. Considerado como el contrapunto del llamado Grupo de Florida, integrado por Borges y otros, pusieron la mirada en los temas sociales y proletarios. Elías Castelnuovo, escritor de origen uruguayo que resultara ganador en el concurso, considera a Manuel Rojas como uno de los fundadores del grupo junto a Álvaro Yunque, Roberto Mariani y Leónidas Barletta. Recordemos que Rojas obtiene el segundo premio del concurso, el primero de su carrera literaria, con el cuento "Laguna".

[5] Manuel Rojas, *Viaje al País de los Profetas,* Buenos Aires: Zlotopioro, 1969. p. 17.

[6] González Vera, en su cadena de aprendizajes inconclusos, fue un discípulo fugaz de Teodoro Brown en aquel local del barrio Mapocho. Aunque con otro nombre, Gualterio Stones, describe a su maestro como un incansable difusor del ideario anarquista que, aprovechando la pasividad de

sus clientes, inmovilizados en el sillón del peluquero, solía explayarse transmitiendo las ideas que extraía de los libros. González Vera destaca la excentricidad de Brown como su rasgo más distintivo: "Su monólogo solía rematarlo con una risotada o con un salto mortal. Caía limpiamente sobre una mano y un pie. En seguida sentábase con esa seriedad del que acaba de comulgar. Era la excentricidad inglesa que le fluía desde los huesos" (José Santos González Vera, *Cuando era muchacho*, Nascimento, Santiago de Chile, 1969, pág. 136).

[7] Se refiere a aquellos proyectos que basaban el progreso humano en contacto directo con la naturaleza y el trabajo de la tierra como forma de sustento de una vida en comunidad. En Chile, inspirados en los principios de alimentación sana y ejercicios de meditación promovidos por León Tolstoy, los escritores D´Halmar y Santivan establecieron la llamada "Colonia Tolstoyana" en una parcela de tierra facilitada por el poeta Magallanes Moure en San Bernardo.

[8] Manuel Rojas, *Mejor que el vino*. Santiago: Zig Zag, 2ª edición, 1959, pp. 14-15.

[9] Manuel Rojas, op. cit., pp. 15-16. En ediciones posteriores de la novela, algunas frases de este párrafo fueron suprimidas y otras cambiadas, suponemos que por el propio autor.

[10] Gonzalo Vial señala que, en el año del Centenario, más de la mitad de los muertos eran menores de 5 años y casi un tercio menores de un año. La explicación más convincente a estas desalentadoras cifras estaba en el hacinamiento y la ignorancia de la población más desvalida. Así, la presencia de la muerte en los sectores más pobres se percibía como algo habitual, una posibilidad cercana y una situación muy próxima a la cotidianidad (Andrés Baeza en "Chile 1910. El Centenario de la muerte", en *Historias del Siglo XX Chileno*, Santiago: Vergara, 2008.)

[11] Las citas textuales de *Sombras contra el muro* (SCM) que se harán más adelante corresponden a la primera edición de *Zig Zag*, 1964, Santiago, y están referidas al final de las mismas con el número de página correspondiente.

[12] Manuel Rojas, *Historia breve de la literatura chilena*. Santiago: Zig Zag, 1964, p 158.

[13] Grínor Rojo, "La contrabildungsroman de Manuel Rojas", *Revista Chilena de Literatura*, Stgo. de Chile, Noviembre 2009.

[14] Juan Suriano, *Anarquistas. Cultura política libertaria en Buenos Aires 1890-1910*. Buenos Aires, Manantial: 2004.

[15] Sergio Grez describe a Pellegrini como un verdadero apóstol de la causa libertaria, un apasionado escritor de crónicas, poesías y ensayos, pero que no rehuía la participación en huelgas y manifestaciones. Sus días concluyen en un hospital de Perú en 1908. Al emigrante y repartidor de pan, el español José Lejo Pica, González Vera lo recuerda como un viajero inquieto, con aspiraciones de escritor y gran narrador, capaz de representar y distinguir la voz de los personajes en sus relatos: "Era imposible no escucharle", señala (González Vera, *Cuando era muchacho*). Manuel Rojas describe al zapatero catalán José Clota como un "anarquista español que tiene una nuez más grande que la del Quijote y que en flacura anda por ahí no más con el Hombre de la Mancha... con su gorra y sus pantalones baratos, de esos casi sin forma, jamás planchados... Era un incansable orador, podía hablar del *Único y su Propiedad* hasta que el auditorio, si es que quedaba alguien, cayera al suelo, dormido, o hasta que su manzana de Adán... se agostara o gastara".

[16] Aquel Barrio de las Ranas tenía una estructura administrativa autónoma, con líderes guiados por postulados como la oposición a las formas estatales, traducidas en valores como el ejército, la familia, la escuela, y, por otro lado, les asignaban importancia a las relaciones de trabajo y a la integración de la mujer como fuerza productiva. Todo esto le permite a la investigadora Celia Guevara definir a este sector marginal como una comunidad con bases anarquistas (Celia Guevara, "Pobreza y marginación: el Barrio de las Ranas, 1887-1917", en *Buenos Aires 1910. El*

imaginario para una gran capital. Buenos Aires: Universitaria, 1999).

[17] Alberto Harambour, op. cit.

[18] Los aspectos más significativos de la vida militante de Hortensia Quinio están documentados en el minucioso ensayo de Eduardo A. Godoy Sepúlveda "Sepan que la tiranía de Arriba, Enjendra la Rebelión de Abajo'. Represión contra los anarquistas: La historia de Voltaire Argandoña y Hortensia Quinio (Santiago, 1913)", en *Cuadernos de Historia* 27, Dpto. de Ciencias Históricas de la U. de Chile, sept. 2007.

[19] Manuel Rojas, "Ernesto Serrano", *La Batalla*, Santiago, primera quincena julio de 1913.

[20] Manuel Rojas, "Ernesto Serrano", op. cit.

[21] S/firma, "Crónica Ernesto Serrano", en *El Productor,* Santiago, N° 19, julio, 1913. p. 4.

[22] Leonardo Vogel, "Ernesto Serrano. Rectificación a una crónica de *'El Productor'"*. en *La Batalla*, Santiago, primera quincena de julio, 1913.

[23] José Santos González Vera, "Manuel Rojas", en *Algunos*. Santiago: Nascimento, 1967, p. 225.

[24] Manuel Rojas, "Algo sobre mi experiencia literaria", en *Obras Completas de Manuel Rojas*, editorial Santiago: Zig Zag, 1961.

[25] Manuel Rojas, *Antología Autobiográfica*, Santiago: LOM, 2008, p. 104.

[26] Manuel Rojas, *Antología…* Ibíd.

[27] Carlos Vicuña Fuentes, *La Tiranía en Chile*. Santiago: LOM, 2002, p. 97.

[28] Manuel Rojas, "Canto y baile", en *Cuentos*. Buenos Aires: Sudamericana, 1970. p. 242.

[29] Eduardo A. Godoy Sepúlveda, "Voltaire Argandoña Molina: La vida fragmentaria de un luchador", Revista bimensual *Vendaval,* N° 1, diciembre 2009. pp. 22 a 26.

[30] "Las Conferencias del Centro de Estudios Sociales Francisco Ferrer", en *La Batalla,* segunda quincena de enero, 1913.

[31] Manuel Rojas, "Un telegrama", en *La Batalla*, segunda quincena de abril, 1915.

[32] Sabemos que, por esos años, Rojas era considerado de esa nacionalidad. El poeta José Domingo Gómez Rojas se refiere a él como "bohemio argentino" al dedicarle los versos del poema "En el Hospital", en su libro *Rebeldías Líricas* (1913). En *Hijo de ladrón* el protagonista admite que "mi modo de hablar no se prestaba a equívocos: lo hiciera como lo hiciese, en voz alta o a media voz, era un argentino, más aún, un bonaerense… a pesar de que mi tono, por ser descendiente de personas de lengua española, era suave, sin las estridencias del descendiente de italianos". Rojas reconoce que "durante muchos años se consideró argentino, pues no tenía una alternativa: viví gran parte de mi infancia y de mi adolescencia en Argentina, estudié en esa tierra…" (Manuel Rojas, "Nacionalidad". Diario *Clarín* de Santiago de Chile, 11 de enero de 1972, p. 5). En un episodio de *Sombras contra el muro* se refiere a su protagonista, Rojas-Hevia, como "joven argentino" SCM, p. 158.

[33] Manuel Rojas, "Un telegrama", op. cit.

[34] En la primavera de 1914 Antuñano es expulsado por las autoridades peruanas, acusado de sublevar a obreros y campesinos que –en palabras de él mismo– "cruzan por una esclavitud inconcebible". Sin embargo, el destierro era indiferente a su tenaz vocación, "porque la propaganda aquí como allá, se lleva adelante a pesar de todos los obstáculos que nos quieran poner" (Daniel Antuñano, "Lei de Residencia", en *La Batalla*, segunda quincena de noviembre, 1914).

[35] Juan Suriano, "Anarquistas…", op. cit. pp. 218 y 219.

[36] Francisco Ferrer Guardia (1859-1909) fue un destacado catalán, promotor de las ideas anarquistas

y un convencido de que, a través de un modelo de educación alternativo, se podía lograr un individuo libre e integral. En 1886 se exilia en Francia tras la persecución ejercida en España a todos los que habían apoyado el fracasado intento por instaurar la República. Ahí toma contacto con libertarios como Jean Greve, Jean Jaurés, Anselmo Lorenzo y otros. De vuelta en Barcelona, y gracias a una cuantiosa herencia, logra en 1901 crear la Escuela Moderna por cuyas aulas pasaron un centenar de alumnos, a pesar de las contínuas clausuras y persecuciones encabezadas por la Iglesia y los sectores políticos más conservadores. Su modelo formativo privilegiaba la instrucción científica y el contacto directo con la naturaleza. En 1909, Ferrer sería acusado de instigar una revuelta anticlerical en Barcelona, conocida como la "Semana Trágica", siendo apresado y luego fusilado sin mayores pruebas de su culpabilidad.

[37] El propio Manuel Rojas, al comentar el regreso a Argentina con su madre, en 1904, señala: "Mi madre, que tenía mucha fe en la educación argentina, decidió liquidar un negocio que había puesto allá en Santiago. Y me vine con ella a Buenos Aires". (*Manuel Rojas,* "Infancia en el Barrio de las Ranas"*,* en *La Opinión,* Buenos Aires, 19 de en diciembre de 1971).

[38] Darío Salas, *El problema nacional*. Stgo. de Chile, 1917. Citado por Amanda Labarca, *Historia de la Enseñanza en Chile*, Publicaciones de la U. de Chile, 1939.

[39] Amanda Labarca, *Historia…* op. cit.

[40] Daniel Antuñano, "Educación Racionalista", periódico *La Batalla*, segunda quincena de diciembre, 1913.

[41] "Las Conferencias del Centro…", Ibíd.

[42] Daniel Antuñano, "Educación Racionalista", en *La Batalla*, segunda quincena de diciembre, 1913.

[43] Daniel Antuñano, "Educación…". Ibíd.

[44] Daniel Antuñano, "Lo que estamos viviendo", en *La Batalla*, primera quincena de febrero, 1915.

[45] Daniel Antuñano, "Preliminares del amor", en *La Batalla*, primera quincena de abril, 1915.

[46] Daniel Antuñano, "Lo que estamos…". Ibíd.

[47] En 1914 Manuel Rojas debe refugiarse en Valparaíso a raíz de un incidente callejero en el que se vio involucrado y donde resultó herido un individuo. Buscando ocupación, conoce al activo dirigente anarcosindicalista del Puerto Juan Onofre Chamorro, secretario general de la FORCH y posteriormente primer secretario de la IWW. Parte de esa estadía en Valparaíso es narrada en su novela *Lanchas en la bahía.*

[48] "Escuela racionalista de Viña del Mar",en *La Batalla*, Santiago, primera quincena de junio de 1915.

[49] Myron I. Lichtblau, "El tono irónico en *Sombras contra el muro*", en *Manuel Rojas, Estudios críticos.*Eds. Naín Gómez y Emmanuel Tornés, Santiago: Universidad de Santiago, 2005.

[50] Darío A. Cortés, *La Narrativa Anarquista de Manuel Rojas*, Madrid: Pliegos, España, 1986. p. 134.

[51] En 1923, Rojas decide quedarse en Buenos Aires, luego de que la compañía de teatro de la pareja argentina formada por Arturo Mario y María Padín, en la que trabajaba como apuntador, pone fin a la gira que se iniciara en Santiago el año anterior. Rojas vive en esa ciudad junto a la actriz Dalila Barrios y debe buscar un trabajo y un techo. Modesto Oyarzún Marín, que por esos años vivía en Buenos Aires y que había conocido a Rojas en Valparaíso, le consigue refugio en casa del anarquista Benito Rosas. En la novela *Mejor que el vino,* Oyarzún figura con el nombre de Enrique Gallardo y Rosas con el propio. Tal vez la única descripción física que se conoce de Oyarzún es la que Rojas hace en esta novela y que él mismo declara como muy fiel: "Es un obrero calificado, calderero, anarquista sindicalista. En los tiempos en que Aniceto lo conoció era hombre que repartía sus horas, lo mejor que podía, entre el Sindicato de Metalúrgicos y las mujeres. No se sabía en Valparaíso, exactamente, cuál era su mayor pasión, si el sindicalismo o

el bello sexo... Era soltero. Es un hombre de estatura regular, esbelto, levemente encorvado de espalda, curvatura que está compensada con otra, leve también, de sus piernas, lo cual da a su cuerpo, mirado de perfil, una insospechada línea de elegancia... Para colmo, aunque no viste ropas finas, tiene el aspecto de salir de la tienda de un sastre de primera categoría". (*Mejor que el vino*, Santiago: LOM, 2008, p. 77).

[52] Ver nota 36.

[53] José Lejo Pica, "De Valparaíso, Daniel Antuñano", periódico *La Batalla*, segunda quincena de abril, 1915.

[54] José Lejo Pica. Ibíd.

[55] José Lejo Pica. Ibíd.

[56] Este poema aparece en el libro póstumo recopilatorio titulado *Alma Chilena* (1911; LOM, 2008) y es imposible que el entierro de Antuñano lo inspirara, ya que Pezoa Véliz muere en 1908. El poeta aparece mencionado en la novela de Rojas *La oscura vida radiante* con su seudónimo "Juan Mauro Bío Bío".

[57] José Santos González Vera, "Una Mujer" en "Vidas Mínimas", Ed. LOM, Stgo. de Chile, 1996, p. 94.

[58] José Santos González Vera, ob. cit. pág 95.

[59] José Lejo Pica. Ibíd.

[60] Emilio Meza, "Daniel Antuñano", en *La Batalla*, segunda quincena de abril, 1915.

[61] Emilio Meza. Ibíd.

[62] Manuel Rojas, "Un telegrama". Ibíd.

[63] "Manuel Rojas", entrevista de Antonio Avaria, revista *Árbol de Letras* N° 5, Edit. Universitaria, abril 1968, pp. 42 a 45

[64] Ignacio Álvarez. *Novela y Nación en el siglo XX chileno. Ficción literaria e identidad.* Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2008, p.115. Álvarez señala que los primeros artículos libertarios de Rojas aparecen más líricos y menos doctrinarios que los que escribe contemporáneamente González Vera. El conocimiento de una serie de escritos que son recopilados aquí por primera vez, nos lleva a no compartir esa apreciación; por el contrario, el joven Rojas expresa sus radicales posturas con una encendida y lacerante prosa, con moderados tintes de lirismo: "Gritó en contra de las injusticias sociales y su grito repercutió en los horizontes oscuros de los desiertos áridos del salitre. Su extremado amor por los de abajo prevaleció y su odio para los de arriba explotó rabioso por la negra boca del revólver", ("Efraín Plaza Olmedo") o "Luchando contra las injusticias sociales. Contra las sombras infamantes que ahogan a los pueblos. Contra el baluarte de la explotación. Contra la tiranía gubernamental. Y contra todas las vallas que se opongan a la realización de nuestros ideales" ("Gritos de combate").

[65] Darío A. Cortés, "El anarquismo de Manuel Rojas", en *Literatura chilena: creación y crítica.* Ediciones de La Frontera, Los Ángeles, California, EE.UU., abril-junio 1985, p. 12.

[66] Manuel Rojas, "La creación en el trabajo", en *De la poesía a la Revolución*. Santiago: Ercilla, 1938, pp. 156-166.

[67] José Santos González Vera, "Manuel Rojas", en *Algunos*, op. cit. p. 225.

[68] Manuel Rojas, *La oscura vida radiante*, Santiago: LOM, 2007, p. 382.

[69] "Manuel Rojas. Infancia en el Barrio de las Ranas", en *La Opinión,* op. cit.

[70] Manuel Rojas, "Algo sobre mi experiencia literaria", en *Obras Completas de MR.* Santiago: Zig Zag, 1961. p. 15.

[71] Esta aseveración corresponde a lo señalado en el texto de la Declaración del *Segundo Congreso Latinoamericano de Escritores* realizado en México en 1967. Dicho documento es firmado por Mario Benedetti, Alejo Carpentier, Roberto Fernández Retamar, Nicolás Guillén, Enrique Lihn, Augusto Monterroso, M. Antonio Montes de Oca y Manuel Rojas, entre otros.

[72] Manuel Rojas, "Responsabilidad del escritor ante América Latina y el mundo entero", ponencia del escritor leída por él en el *Segundo Congreso Latinoamericano de Escritores* realizado en México en marzo de 1967. Revista *Casa* de Casa de Las Américas, N° 43, julio-agosto, 1967, pp. 106-109, La Habana, Cuba.

[73] Como suele ocurrir en las convocatorias a este tipo de encuentros, se vieron enfrentadas posturas divergentes antes y durante el evento. Por un lado, los autores más jóvenes como Carlos Monsiváis alegaban discriminación y falta de representatividad de los organizadores; otros se marginaron argumentando distintas razones y no faltaron los que quisieron promover la formación de una comunidad amplia que reuniera, sin exclusiones, a todos los escritores de este continente. Las pugnas y las diferencias políticas e ideológicas impidieron una participación más variada y numerosa. Ver al respecto "Sobre el Segundo Congreso Latinoamericano de Escritores", en la revista *Casa* de Casa de Las Américas, N° 43, julio-agosto, 1967, pp. 97-112, La Habana, Cuba.

[74] Manuel Rojas, "Responsabilidad del escritor...", op. cit. p. 106.

[75] Manuel Rojas. Ibíd. p. 107.

[76] Manuel Rojas. Ibíd. p. 108.

[77] En las únicas tres ediciones de esta novela (Zig Zag, 1964 y 1966, y Quimantú, 1973), este texto aparece al final de la segunda parte primero y luego se repite dos veces, una vez sin cambios y otra con modificaciones menores, en la quinta parte.

Bibliografía

a) Libros

Álvarez, Ignacio. *Novela y nación en el siglo XX chileno. Ficción literaria e identidad.* Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2008.

Baeza, Andrés. "El centenario de la muerte". En *Historias del siglo XX chileno.* Santiago: Vergara, 2008, pp. 19-80.

Cortés, Darío A. *La narrativa anarquista de Manuel Rojas.* Madrid: Pliegos, 1986.

El anarquismo de Manuel Rojas. Los Ángeles: Ediciones de La Frontera, EEUU. Revista *Literatura chilena: creación y crítica.* abril-junio 1985.

Godoy Sepúlveda, Eduardo A. "Sepan que la tiranía de Arriba, Enjendra la Rebelión de Abajo. Represión contra los anarquistas: La historia de Voltaire Argandoña y Hortensia Quinio (Santiago, 1913)". Santiago de Chile: *Cuadernos de Historia* 27, Dpto. de Ciencias Históricas de la U. de Chile, 2007.

"Voltaire Argandoña Molina: La fragmentaria vida de un luchador". Santiago de Chile: Revista *Vendaval* N°1, 2009, pp. 22-26.

"Teodoro Brown y Víctor Garrido: La historia de dos peluqueros anarquistas a comienzos del siglo XX". Santiago: Periódico mensual *El Surco* N°25, abril 2011. p. 6.

González Vera, José Santos. *Algunos.* Santiago: Nascimento, 1967.

Cuando era muchacho. Santiago: Nascimento, 1969.

Vidas Mínimas. Santiago: LOM, 1996.

Guevara, Celia. "Pobreza y marginación: el Barrio de las Ranas, 1887-1917". En *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital.* Eds. Margarita Gutman y Thomas Reese, Buenos Aires: Universitaria, 1999, pp. 281-293.

Grez Toso, Sergio. *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de "la Idea" en Chile 1893-1915.* Santiago: LOM, 2007.

Harambour Ross, Alberto. "La Sociedad en Resistencia de Oficios Varios y el 'horizonte anarquista', *Santiago de Chile, 1911-1912".* En *América Latina y el Mundo. Exploraciones en torno a identidades, discursos y genealogías*, Eds. Lucía Stetcher y Natalia Cisternas, Santiago: Centro de Estudios Culturales de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, 2005.

"Jesto y Palabra, Idea y Acción. La historia de Efraín Plaza Olmedo". Colectivo Oficios Varios *Arriba quemando el sol.* Santiago: LOM, 2004, pp. 137-193.

Labarca, Amanda. *Historia de la enseñanza en Chile.* Santiago: Universitaria, 1939.

Lichtblau, Myron I. "El tono irónico en *Sombras contra el muro*". *Manuel Rojas. Estudios críticos.* Eds. Naín Nómez y Emmanuel Tornés. Santiago: Universidad de Santiago, 2005, pp. 255-265.

Moraga Valle, Fabio y Carlos Vega Delgado. *José Domingo Gómez Rojas, Vida y obra.* Punta Arenas: Editorial Atelí, 1997.

Nómez, Naín Y Emmanuel Tornés Eds. *Manuel Rojas, Estudios críticos.* Santiago: Universidad de

Santiago, 2005.

Pezoa Véliz, Carlos. *Alma chilena. Carlos Pezóa Veliz. Obras completas 1912.* Santiago: LOM, 2008.

Rojas, Manuel. *De la poesía a la Revolución.* Santiago: Ercilla. 1938.

"Algo sobre mi experiencia literaria". En *Obras completas.* Santiago: Zig Zag, 1961.

Historia breve de la literatura chilena. Santiago: Zig Zag, 1964.

Sombras contra el muro. Santiago: Zig Zag, 1964.

Lanchas en la bahía. Santiago: Zig Zag, 1967.

Viaje al país de los profetas. Buenos Aires: Zlotopioro, 1969.

"Hablo de mis cuentos". En *Cuentos,* Buenos Aires: Sudamericana, 1970.

La oscura vida radiante. Buenos Aires: Sudamericana, 1971. Santiago: LOM, 2007.

Imágenes de infancia y adolescencia. Santiago: Zig Zag, 1986.

Páginas excluidas, Ed. Federico Schopf. Santiago: Universitaria, 1997.

Hijo de ladrón. Santiago: Zig Zag, 2006.

Mejor que el vino. Santiago: Zig Zag, 1959. Santiago: LOM, 2008.

Antología autobiográfica. Santiago: LOM, 2008.

Suriano, Juan. *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires 1890-1910.* Buenos Aires: Manantial, 2001.

Auge y caída del anarquismo. Argentina 1880-1930. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2009.

Varios Autores. *Boedo. Un barrio con historias.* Buenos Aires: Ed. Aníbal Lomba, Comisión para la preservación del patrimonio cultural de la ciudad de Buenos Aires, 2006

Vicuña Fuentes, Carlos. *La tiranía en Chile.* Santiago: LOM, 2002.

b) Artículos

Antuñano, Daniel. "*Varios problemas"* (extracto). Diario quincenal *La Batalla*, Santiago de Chile, segunda quincena de enero, 1913.

"Ciencia social". Diario quincenal *La Batalla*, Santiago de Chile, primera quincena de octubre, 1913.

"Educación racionalista". Diario quincenal *La Batalla*, Santiago de Chile, segunda quincena de diciembre, 1913.

"Lei de residencia". Diario quincenal *La Batalla*, Santiago de Chile, segunda quincena de noviembre, 1914.

"Lo que estamos viendo". Diario quincenal *La Batalla*, Santiago de Chile, primera quincena de febrero, 1915.

"De las deducciones lógicas". Diario quincenal *La Batalla*, Santiago de Chile, primera quincena de marzo, 1915.

"Preliminares del amor". Diario quincenal *La Batalla*, Santiago de Chile, primera quincena de abril, 1915.

Ardiles Gray, Julio. "Manuel Rojas. Infancia en el Barrio de las Ranas". Diario *La Opinión,* Buenos Aires, 19 de diciembre de 1971.

Avaria, Antonio. "Entrevista a Manuel Rojas". Revista *Arbol de Letras* N° 5. Santiago de Chile:

Universitaria, 1968. 42-45.

Meza, Emilio. “Daniel Antuñano”. Diario quincenal *La Batalla*, Santiago de Chile, primera quincena de abril, 1915.

Pica, José L. “De Valparaíso-Daniel Antuñano”. Diario quincenal *La Batalla*, Santiago de Chile, segunda quincena de abril, 1915.

Rojas, Manuel. “Efraín Plaza Olmedo”. Diario quincenal *La Batalla*, Santiago de Chile, primera quincena de noviembre, 1912. 1-2. Firmado con el seudónimo *Tremalk Naik*.

“Nacionalidad”. Diario *Clarín*, Santiago de Chile, 11 de Enero de 1972, página 5.

“Ernesto Serrano”. Diario quincenal *La Batalla*, Santiago de Chile, primera quincena de julio, 1913. Firmado como *MR*.

“Un telegrama”. Diario quincenal *La Batalla*, Santiago de Chile, segunda quincena de abril, 1915.

“Responsabilidad del escritor ante América Latina y el mundo entero”. Revista *Casa de Las Américas*, La Habana, Cuba. N° 43, julio-agosto, 1967.

Rojo, Grínor. “La contrabildungsroman de Manuel Rojas”. *Revista chilena de literatura* N° 75. Santiago de Chile: Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Departamento de Literatura, 2009.

Vogel, Leonardo. “Ernesto Serrano. Rectificación a una crónica de ‘El Productor’. Diario quincenal *La Batalla*, Santiago de Chile, primera quincena de agosto, 1913.